

# MODOS DE ASEDIO

Ojeda, Ana

*Modos de asedio. Nuevas cenizas* / Ana Ojeda y Mariano Fiszman -1a ed.-  
Buenos Aires: El 8vo. loco, 2007.

272 p.; 19x14 cm. (69/ Argentina es Latinoamérica)

ISBN 978-987-22685-3-4

1. Literatura Argentina. I. Fiszman, Mariano II. Título  
CDD A860

---

colección 69/ Argentina es Latinoamérica  
#1: Ojeda • Fiszman

© Ana Ojeda

© EDICIONES EL 8VO. LOCO

Entre Ríos 1583, PB, depto.: A/ Ciudad Autónoma de Buenos Aires

*el8vo.loco@gmail.com*

Diseño *budubu@gmail.com*

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA - *Printed in Argentina*

anaojeda

# MODOS DE ASEDIO

---

SEGUIDO DE UNA ENTREVISTA A CARGO DE  
ROCCO CARBONE



EL 8vo. LOCO  
EDICIONES

*A la liebre que al despertar encontré junto a mí.*

**D**e pronto vino la primavera y florecí como un naranjo. Él era italiano y había viajado a Buenos Aires en busca de bibliografía para escribir su tesis de doctorado sobre lo grotesco en *Los siete locos*. Nos conocimos en el Instituto de Literatura Argentina Rick Red, ubicado en el primer piso del alguna vez magnífico edificio de la UBA que hoy domina la esquina de 25 de Mayo y Perón, y se dedica a asombrar a peatones y peatonas con su interminable capacidad para venirse abajo cada día un poco más.

Yo acababa de cumplir 24 años y había terminado de cursar la carrera de Letras el año anterior. Era habitué de la biblioteca de 25 de Mayo porque vivía con mi hermana en un PH que ostentaba en su curriculum vitae la borla inigualable de haber sido, durante los primeros años del siglo XX, la imprenta El Invencible. En ella, la movida cultural de los veinte había entrado como agitación y había salido hecha libro. A pesar de mi orgullo ciudadano y de un esfuerzo de concentración mental considerable (“Qué frío bárbaro hace”, etc.), la ex imprenta era más oscura que nido de carancho, patria de polillas, arañas y mosquitos con un ansia de sangre digna de mayores dimensiones. La humedad, un goterón en mitad del comedor y la poca ventilación de los ambientes, sumados a –literalmente– toneladas de polvo con una voluntad de aquerenciamiento pocas veces vista, pronto incidieron en mi talante, dado a ciertas veleidades claustrofóbicas heredadas de mi padre. Así, sin nada mejor que hacer que escribir las monografías que me faltaban para recibirme de licenciada en Letras, sentía más mío el Instituto de Literatura Argentina que el PH al que volvía a regañadientes por las noches, ubicado del lado de acá (sur) de Entre Ríos, en la frontera entre San Cristóbal y Constitución. Este último, barrio desconocido, tierra del Otro, ponía a mi madre particularmente nerviosa debido a que, cada vez que venía de visita, se cruzaba en Solís con “hordas de travestis” que exhibían sus implantes mamarios con una despreocupación

tal que hacía que su primer comentario, luego del “Hola, ¿cómo están?” de rigor, fuera siempre: “Lindo barrio el que eligieron para mudarse, che”.

8 La mañana en que esta historia da comienzo, el invierno, encariñado con Buenos Aires, vendía cara su retirada y, a pesar de que septiembre ya había desgranado su primera semana, la temperatura se resistía a subir por encima de los diez grados. Una mañana invernal, entonces, salí a la calle a eso de las ocho y media, recién bañada, con la cara llena de sueño, pero feliz de que el sol no se cansara de visitarnos. Observé durante un momento el movimiento cocheril y humano de la frontera sancristobalense y luego, con ganas de caminar, tomé por Entre Ríos hacia el Congreso. Tardé alrededor de media hora en llegar hasta Corrientes y Callao, y luego otra media hora más para llegar al Bajo, tomar por 25 de Mayo, retroceder tres cuadras hasta Perón, entrar en el edificio de la UBA y detenerme un momento en el bar de la planta baja, ¿qué tal?, ¿cómo andás?, todo bien, por suerte, ¿y vos? y, acá, laburando, ¿una Lágrima?, mediana, por favor. Tiempo justo para hojear el *Clarín* por arriba, entendimiento con el FMI, según el Gobierno el organismo cedió, y salir con el vaso de telgopor y la leche con café humeando en la mano hacia el primer piso, la mirada ausente y una sola pregunta acaparando la capacidad procesadora de mi cerebro: ¿cómo demostrar que “La Refalosa”, de Ascasubi, transforma la risa (o el humor) en denuncia inapelable? Es decir, ¿cómo probar que en ella hay una intención cierta de apelar a la risa? ¿Cómo saber si “La Refalosa” hace reír (o sonreír) a todo el mundo, y no sólo a mí, gustadora de retruécanos y calembours, diamantes que eran antes de amantes de tu mujer?

Al llegar al primer piso, medio centenar de escalones por sobre la planta baja, me crucé con Patricia, la ayudante de la bibliotecaria de la mañana, que bajaba a buscar algo para desayunar, ¿qué tal?, todo bien, ¿vos?, bien, gracias. Me detuve

un momento delante de uno de los espejos ubicados sobre los bancos de madera que enmarcan el hall, presidido por una estufa resabio del ex hotel para gente riquísima, actualmente decrepito conjunto de aulas contrahechas, hogar de personas con inquietudes idiomáticas (Inglés - Francés - Alemán - Portugués - Japonés - Español para Extranjeros, Consultas en Secretaría, de 09:00 a 21:00) y de bibliotecas especializadas que responden al rutilante nombre de “institutos”: Instituto de Literatura Argentina, Instituto de Literatura Hispanoamericana, Instituto de Filología y así.

Esa mañana me había atado el pelo en una cola alta, raya al medio, gomita negra. Mi cara, tal vez algo más alargada, seguía siendo la de la nena que reventaba de orgullo porque se consideraba la lectora más joven del mundo de *Los versos satánicos*. Los mismos ojos marrones de siempre, las mismas pecas –tan conocidas que sólo las advertía cuando alguien me preguntaba si siempre las había tenido–, los labios gruesos, dadivosos, que yo consideraba el punto fuerte de mi anatomía, mi arma de seducción, ni aritos, ni pintura de ningún tipo, tal vez un poco de ojeras (en Entre Ríos, cada vez que caía desmayada en la cama me convertía en presa fácil de mosquitos-Ptedirolácticos, los verdaderos dueños de la casa). Rostro, en fin, de una joven con una notable capacidad para autoentretenerse y sin problemas existenciales de importancia, a no ser la inexplicable falta de interés que le provocaba el sexo opuesto.

Le di un sorbo a la Lágrima, comprobé que, en efecto, tres sacarinas eran mi medida de dulcificación justa y doblé a mano izquierda para entrar en un segundo hall más íntimo y con piso de madera, a cuya derecha se encontraba la puerta de doble hoja gris, entrada del Instituto de Literatura Argentina Richard Rot.

Como el punto arroz o la receta del budín de pan, el porqué –en veinticuatro años– nunca nadie me había llamado la

atención lo suficiente como para que yo considerara una desgracia el que no me invitara (el muy bastardo) ni siquiera a tomar un café, me resultaba incomprensible, por un lado, y fascinante, por el otro. La exacerbación de mi constitución naturalmente solitaria, unida al placer que me producía la lectura, cuyos picos orgásmicos se producían cuando descubría libros como los de Bukowski, por ejemplo, o los de Boris Vian, Vlady Kociancich, Machado de Assis o Di Benedetto, Marechal, Cortázar, Luis Rafael Sánchez, o *Músicos y relojeros*, de Alicia Steimberg, *El loro de Flaubert*, de Julian Barnes, la biografía de Balzac escrita por Stephan Zweig o la del portentoso Lope de Vega, de Luis Astrana Marin, volvieron posible y hasta lógico que atravesara los años de mi adolescencia y juventud en una soledad sólo interrumpida por la compañía de mis hermanos, tipos y tipas que saben.

IO

Franqué la puerta del instituto (abierto de lunes a viernes de 08:00 a 12:30 y de 14:30 a 19:00) evaluando la posibilidad de, en algún momento, sustituir la Lágrima por un café con leche, más grande y efectivo en la lucha contra la terquedad de mis párpados, pesados como persianas de hierro cuando se les colaba la luz del sol antes de las diez y media de la mañana. En la mesa de madera oscura y usada que, a esa altura, yo ya consideraba mía, vi (cosa rara a esa hora) a un muchacho morocho, barba corta pero evidentemente briosa, anteojos colorados enmarcando un par de ojos almendrados de una dulzura llamativa, las pestañas más largas que había visto en mi vida, camiseta roja, Io non ho votato Berlusconi, saco de hilo rojo, bolso de tela verde deslavado, cigarrillos L&M light, encendedor amarillo con una estrellita roja en el medio. Con la naturalidad de los que se saben dueños de casa, saludé al desconocido y a Marta, la bibliotecaria, verdadero fichero viviente del instituto, y me senté donde me sentaba todos los días, es decir, frente al muchacho, justo delante del fichero temático. Mientras sacaba de mi mochila cuadernos, biromes,

libros y fotocopias varias y me aprestaba a comenzar mi día de trabajo, noté que Marta tenía algunas dificultades para reconstruir el camino del 126, colectivo que, partiendo de Retiro, llegaba a la esquina de Puán y Pedro Goyena, actual domicilio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Dado que el 126 era el colectivo que tomaba yo todos los días para ir y volver cuando todavía vivía en casa de mis padres y que, por esta razón, sabía su recorrido de memoria, llené con facilidad los huecos de la reconstrucción de Marta, feliz de resultar de utilidad y de saber algo tan notablemente bien. El muchacho, algo mareado, según me pareció, me agradeció las informaciones en un castellano que, comprendí enseguida, no era porteño.

Por ese entonces, con el dólar a tres pesos, no era extraño toparse con estudiantes europeos y yanquis venidos a Buenos Aires en una suerte de viaje antropológico hacia la semilla, el desorden primitivo y abigarrado, la cara escondida y fecunda de la miseria tercermundista, de manera que –un poco rencorosa, lo confieso– le contesté de nada con una sonrisa pura urbanidad y me zambullí en lo mío: al fin y al cabo, Ascasubi, ¿qué corno se proponía con “La Refalosa”?

II

El problema de leer gauchesca hoy es que se trata de una literatura con exigencias. A diferencia de *Una excursión a los indios ranqueles*, por ejemplo, que –como diría Cortázar– le basta con que uno se mansillice en el momento de la lectura y se acabó, para acercarse a Ascasubi, a Hidalgo, a Del Campo hay que disponer de cierto capital simbólico en forma de, por un lado, vocabulario, y por el otro, historia. Yo, que carecía de ambos, contaba, sin embargo, con una terquedad considerable, que funcionaba de la siguiente manera:

## DIÁLOGO GAUCHI-QUEJOSO:

YO

¿Cómo anda, aparcerero?  
 Ayer terminé el *Paulino Lucero*  
 y, ¡aijuna!, no me gustó nada.  
 Le parecerá fulero,  
 pero castigué el libro entero  
 con una tremenda patada.

MI EMPECINAMIENTO

Aguantesé, nomás, compañero,  
 y en lugar de otro gesto grosero,  
 sientesé, vuelva al libro  
 e intenteló de nuevo.

12

Ameno, el sistema, no era, pero al cabo de un par de meses, y luego de haber transitado alguna que otra cosita sobre Rosas, unitarios y federales, Caseros, Pavón, Sarmiento, Oribe, el sitio a Montevideo, el conde de Lautrémont y demás, la *Ida* del Martín Fierro me resultaba incluso divertida. Seguía, sin embargo, con la dificultad del vocabulario, que por arcaico o deformado me resultaba imposible encontrar en los inadecuados diccionarios que tenía al alcance de la mano, el *Pequeño Larousse Ilustrado* y el de la Real Academia. Fue entonces cuando la bondad de Marta detectó mis bufidos de frustración y, munida de su sapiencia infinita, me alcanzó la edición del *Martín Fierro* anotada por Tiscornia que, si bien resultaba algo incómoda por sus dimensiones monumentales, contaba, al final, con un vocabulario que me solucionó la vida. Así, cada mañana, al llegar al instituto, lo primero que hacía era sacar el mamotreto de Tiscornia del estante y ubicarlo frente a mí en la mesa destinada a estudiantes o investigadores (cuatro lugares

con posibilidad de agregar una silla más), abrirlo en la sección “Vocabulario” y salir en busca de Marta para importunarla con mis ganas de charlar de cualquier cosa, a esa hora, en un día de trabajo como cualquier otro.

Esa mañana de septiembre, ya se dieron cuenta, al encontrar a Marta hablando con los ojos almendrados, me olvidé de ir a buscar a Tiscornia. Más bien, me limité a tomar asiento y me enfrasqué en la lectura solitaria de Ascasubi hasta que me topé con el vocablo “pangaré”. ¿Qué era un pangaré? Por el contexto, se trataba de un tipo particular de caballo, eso era evidente. No olvidemos que existe la palabra pingo, de fonética similar, todavía funcional gracias a la popular frase “En la cancha se ven los pingos”. Pero, ¿de qué tipo de equino se trataba? Mordisqueándome las uñas, levanté la mirada y la dejé vagar sin propósito por la habitación. Cada cierto tiempo veía cómo el dedo índice del muchacho sentado frente a mí devolvía los anteojos, que se habían deslizado hacia abajo por su nariz, a su lugar primigenio de manera automática. Algo en él me llamaba la atención. Era como si pudiera sentir su apacibilidad, una tranquilidad interior que atraía a mi neurotiguez, consecuencia de que me encontraba en las postrimerías de mi carrera –a un paso que parecía no terminar nunca– y de que estaba viviendo en un lugar que no soportaba. Había algo en ese muchacho que le hablaba a mi cuerpo y le decía: “Soy un remanso de paz”.

Me encontraba en medio de estas importantes consideraciones cuando de pronto los ojos se pronunciaron. Querían saber adónde quedaba el cuarto de Internet de la universidad. Su ingenuidad me conmovió. Sonriendo satisfecha –de pronto me sentía una porteña verdadera (¿Cómo va? Mal, pero acostumbrada)– le expliqué que en Buenos Aires la Internet se consultaba en los locutorios, un peso la hora, y que había uno Telecom en Corrientes y 25 de Mayo, a tres cuadras de donde nos encontrábamos. Él sonrió para agradecerme las

informaciones. Sus ojos se fijaron en los míos por primera vez y algo me hizo cosquillas en el estómago. Un calorcito agradable se extendió por todo mi cuerpo, hasta que tuve una sensación de bienestar desconocida, plena de tranquilidad y de la novedosa percepción de no necesitar nada más.

# Carlos

---

*No sé porqué imaginé que estábamos unidos y me sentí mejor.*

08:25 a.m.



El teléfono sonó varias veces antes de que Carlos se decidiera a estirar un brazo por encima de su cabeza y, siempre con los ojos cerrados, descolgara el tubo, quién es el desubicado que llama a esta hora, sí, hola, hable. La noche anterior, qué negros cambalacheros son todos, tanto lío por una infidelidad, che, ni que se fuera a terminar el mundo, hacerlo tomar para que se calmara, para que no se le ocurriera hacer una estupidez, porque cuando se ponía en pedo se le venía encima una tristeza milenaria, si en el fondo es un maricón, y si no, bueh, se desmayaba directo y era todavía mejor, que se encargara el alma caritativa que lo encontrara tirado. Entonces, lógico, ahora un dolor nauseabundo en cuerpo y alma. Mens enferma in corpore todavía más, pensó Carlos mientras buscaba los cigarrillos a tientas en la semioscuridad de la habitación y con voz de sargento le preguntaba al tubo qué hacía a esa hora en el centro.

Acostumbrado a levantarse alrededor del mediodía, era de dominio público que no funcionaba “de madrugada”. La llamada fue breve, pero después de cortar Carlos de todas formas no pudo retomar el sueño. Lo peor, además, era que él iba a tener que informarle la nueva a Aargau, que seguro iba a sucumbir, poner el grito en el cielo, los ojos en blanco, no te creo, decime que no es verdad, patadas contra la pared y el puño golpeando con furia la mesa para terminar sobre la cama, sollozo desprotegido sobre la almohada de plumas, cadáver que alguna vez había sido juventud rebozante en brazos de su abuela.

Carlos se pasó la mano por el pelo (marrón sin pretensiones de originalidad, “marrón vulgar”, decía él, “marrón aburrido”) y buscó entre los libros que tenía apilados al lado de la cama la caja de cigarrillos que había dejado la noche anterior, señalando algún lugar intermedio de *La guaracha del Macho Camacho*. Porque llegara a la hora que llegara, tenía que estar muy tomado o fumado o ambos para no leer aunque más no fuera un párrafo, nulle die sine linea había dicho Sartre y él le hacía caso a su manera.

En la penumbra de la habitación, la caja de cigarrillos se negaba a aparecer, y Carlos, horrorizado ante la idea de enfrentar sus ojos a un chorro de luz artificial a esas horas infectas, se conformó con un pucho solitario que encontró medio aplastado debajo del capítulo 32 de *Rayuela*, bebé Rocamadour, bebé bebé. Con cara de que no sabía si encontraría a la Maga, pero que en todo caso estaba tranquilo porque confiaba en el azar objetivo más que Dalí y Breton juntos, lo encendió y retuvo el humo hasta que no pudo más, presa abierta de pronto, niebla que sale a borbotones imparables, desorden lleno de vida y muerte. Tenía un dolor en la zona de la espalda, molestia que lo torturaba día y noche con su sordina insistente. Dolor de sus pulmones asmáticos que no querían más smog, que se quejaban, pulmones que Carlos, presa de una despreocupación infantiloides, se obstinaba en torturar. Resignado, apagó el cigarrillo recién encendido sobre la repisa de la ventana que comunicaba su habitación con el patio. Hacía casi un año que se había mudado con Aargau a esa casa y todavía no lograba acostumbrarse a su arquitectura sui generis. La construcción primigenia, según el muchacho sonrisa Discepolín que habían mandado los de D'Amelio Propiedades para tasarla, databa de principios de 1900, o sea, se caía a pedazos de vieja. Originalmente de una sola planta, inquilinos sucesivos habían ido subdividiendo el espacio hasta convertir esa hermosa casa de principio de siglo en un adefesio amorfo, con dos pisos sumidos en una eterna media luz, huecos comunicantes sin ton ni son, escaleras que apenas se mantenían en pie, cerramientos mugrientos y ventanas que no funcionaban. Pero era barata, de manera que permitía volver realidad el sueño de la emancipación a los veintipico sin tener que pedirle nada a nadie.

Carlos se puso ambas manos en la nuca y sonrió al pensar que él, sin ayudas de ninguna especie, había logrado lo mismo que la mayoría de sus compañeros de secundario, si no más. Al

fin y al cabo, ¿cuántos podían vanagloriarse de una autosuficiencia económica como la suya? Vivía solo –esto es, emancipado de sus padres–, trabajaba, se mantenía. Lo único que faltaba en su vida, como en las peores películas de Hollywood, era el amor. Desde su juventud más juventud, siempre había preferido las relaciones casuales a los compromisos pseudom matrimoniales, vienen mis viejos, tendríamos que comer con ellos el domingo, no te molesta, ¿no? La libertad de espíritu que le daba saber que todos los días tenían nombre de mujer –de mujeres diferentes– le gustaba más de lo que él mismo podía explicar. Pero ahora, de pronto, todo cambiaba. Después de la llamadita, se volvía evidente que hasta ahí había cambiado de mujer como de pañuelo porque Aargau estaba junto a él, como siempre, como el día en que se habían conocido.

Cada uno hacía su vida, sin embargo. Ninguno de los dos se atrevía a plantear abiertamente la posibilidad de una relación que incluyera el sexo de postre. Querer transformar esa amistad en algo más comportaba, para Carlos, algo pecaminoso, prohibido e indecible. Cobarde de una cobardía aprendida en los golpes de la vida, él prefería pájaro en mano, al menos en lo que respectaba a Aargau, porque esa relación era, tal vez, lo único de su vida que no estaba dispuesto a apostar, lo único sagrado en su existencia de no creyente convencido.

Por más que lo despreciara en otros aspectos, a causa del orgullo que le causaba ganar mucho y comprarse vaqueros Levis y camisas Hugo Boss, de pronto entendía la desesperación de hombre traicionado que Ringkler le había escupido frente a un maxikiosco abierto las veinticuatro horas, mientras la cerveza, que no alcanzaba para despacharlo, lo iba mareando poco a poco, hasta volverlo inofensivo, hasta dejarlo calmadamente triste, cachorro abandonado una mañana algo fría en la ciudad de Buenos Aires.

El festejo comenzó bien, todos contentos porque cuando la novia de Ringkler cumple años, Ringkler tira la casa por la ventana. Puro orgullo del anfitrión, que se sabía poseedor de la causa material de miradas masculinas vuelta y vuelta, no existía peatón que se privara del panorama bamboleante de semejante pedazo de feminidad. Los amigos y amigas de siempre, con el ánimo de pachanga y alcohol habitual, se mecían al ritmo de Caetano Veloso mientras emitían opiniones autorizadas respecto de ciertas galletas endrogadas que circulaban en platos marrones de cerámica. Ringkler parecía contento, se reía fuerte y hablaba con ganas, siendo el dueño de casa se sentía responsable del nivel de diversión experimentado por los presentes y sobre todo por su novia, que circulaba agarrada a una copa de cristal llena de vino chileno de calidad superior. Entonces, sin aviso previo de ningún tipo, éramos pocos y parió la abuela. Aparece en la puerta con cara de inocencia comprada en un todo por dos pesos un tipo que nadie conoce. Un metro setenta y cinco irrumpe en esa reunión sólo apta para iniciados, quién es, nadie sabe, hasta que la Orelli se le acerca crispada como escoba usada, qué hacés acá, ¿estás loco?, pero él quiere que esa situación se termine, no soporta más la clandestinidad, ¿clandestinidad, dijo?, este tipo no respeta nada, yo quiero las cosas claras, decidite, o él o yo. Esto, ni en el cine, vieja.

El cigarrillo recién encendido y sin embargo ese maldito dolor en la espalda, barrio de los pulmones, una lástima, lo voy a tener que apagar. El cenicero, había uno en forma de boca Rolling Stone pero sin la lengua, no aparecía por ningún lado, de manera que la punta encendida del cilindrito se estrelló con violencia contra lo que hubiera sido el marco inferior de la única ventana de su habitación, si su cama no hubiera estado ubicada junto a un simple agujero, abertura sin aspavientos ni aspiraciones, que daba a un patio roñoso de baldosas coloradas.

Si algo bueno había surgido de la irrupción de José Tüffenwies en la fiesta de Ringkler, había sido la comprobación de que, tal como lo venía sospechando desde hacía un tiempo, a Carlos le resultaba imposible emborracharse. No podía, eso era todo. Tomara un vaso de cerveza o dos botellas de whisky, para él nunca llegaba el ansiado momento de la pérdida de conciencia, de la verdad, del ser uno mismo sin disfraces ni máscaras. Esto lo frustraba sobremanera porque a veces sentía fervientes deseos de ser sin darse cuenta. O de no ser, que viene a ser lo mismo.

Porque cuando Ringkler quiere, sabe ponerse pesado, la Orelli le pidió por favor que se lo llevara para que no ocurriera “una desgracia”. Esas fueron sus palabras, y este servidor, comprendiendo la gravedad de la situación, tomó al animal —que pataleaba, forcejeaba y gritaba con cara de asesino serial— de los sobacos y lo arrastró fuera del departamento, ascensor abajo, diez cuadras de insultos y escupitajos hasta un kiosco de turno, en donde tuvieron el buen tino de venderles Quilmes tras Quilmes hasta que Ringkler se calmó y terminó acurrucándose contra Carlos, los dos sentados en el cordón de la vereda intentando ver alguna estrella, pero no, imposible, entre el smog y las luces, no había manera.

Lo de Carlos había sido una bronquitis con complicaciones. Una bronquitis que se había transformado en neumonía. Mi primera internación, decía él con un orgullo idiota, al recordar esos días de lectura, caldo de espárragos y enfermeras sigilosas. La tragicomedia se desató una mañana en que se despertó porque el aire se perdía en el camino y no llegaba a sus pulmones. La boca abierta y un ruido de secadora-batidora desesperada: se ahogaba. Como tantas otras veces, fue Aargau quien acudió al desolador llamado de su cuerno de caza, pidiendo a la prepaga que mandara una ambulancia, hablando con paramédicos y doctores y, en fin, acompañándolo en la clínica.

Al cabo de unas semanas, Carlos estuvo repuesto. Las cosas volvieron entonces a la tranquilidad de siempre. Asustado por su primera experiencia hospitalaria, durante un tiempo se limitó a la módica suma de cinco cigarrillos por día, pero con el paso de las semanas, un viejo sentimiento de invulnerabilidad se apoderó de él, de cinco pasó a diez, de diez a veinte y de veinte a todos los que le permitiera la economía de su bolsillo. Y ahora, de nuevo, ese dolor de pulmones que no lo dejaba estar.

Al cerrar la puerta, Carlos le aconsejó a la Orelli que para cuando Ringkler volviera, o tuviera preparada una excusa a la altura de las circunstancias o no estuviera. Si querés te podés quedar en mi casa, le dijo (para algo habían sido lo que habían sido antes de que Ringkler apareciera en la foto), por eso no te hagás drama. Cuidate, nena, la Orelli cerró la puerta y listo. El ascensor se llevó los gritos que Ringkler misturaba con espumarajos salivosos de un blanco clara de huevo mientras la Orelli pedía a la concurrencia que se retirara en orden y con distinción porque ella tenía un asunto que atender.

22

Carlos nunca hubiera dedicado a una “bronquita entre casados” más de dos minutos de su tiempo reflexivo. O se separan o se casan, le diría después a Aargau haciendo gala de su poder de síntesis. Pero esta mañana, la llamada lo ponía de cara a una realidad irrecusable: a sus días les faltaba algo. Detrás de su formidable entusiasmo por el sexo casual, el trabajo y el estudio se agazapaba un hueco vastísimo. No era que el apercebimiento de ese pozo sin fondo fuera algo nuevo en su vida. Al contrario, desde el despertar de su deseo sexual sabía que algo no funcionaba como él quería. Conciencia de que no obtenía el amor que buscaba como se tiene conciencia de que un día va a ser by by life, by by happiness, es la muerte la que llama por el portero eléctrico.

La ceniza unida a la punta iluminada del cigarrillo, pfffssshhh, se estrelló contra la repisa del hueco que hubiera querido ser una ventana con un estrébito bebé. Frente a Carlos,

una morocha más bien bajita se arreglaba la tela interior de los bolsillos del vaquero y le preguntaba si quería que prendiera la luz. Carlos prefería seguir como estaba, de modo que le hizo que no con la cabeza y puso en el piso los libros que apolillaban sobre su cama para que Julia pudiera sentarse.

—Soy todo oídos. Contame. Explicame que quiero entender.

La morochita, un metro sesenta y cinco, señas particulares: ninguna, se cruzó de piernas y se encogió de hombros. No había nada que explicar. Estaba enamorada. Quería estar con el hombre que le hacía sentir que por fin su vida había comenzado, que el tiempo que pasaba no era parte de una rutina ni tampoco tiempo tirado al tacho, era tiempo que estaba siendo usado.

—Por fin siento que no vivo por inercia, porque existo, sino porque cada día me levanto con ganas de saber qué va a pasar en las siguientes... no sé, dieciséis, dieciocho horas.

23

Dijo que por primera vez se sentía llena de fuerza y curiosidad por el mundo que la rodeaba. Quería conocer, enterarse, quería trabajar, hacer cosas, cómo decirlo, sentía que había despertado luego de un sueño de años.

Carlos asentía con los ojos entrecerrados, al tiempo que se balanceaba hacia adelante y hacia atrás rítmicamente. Quiso saber si no le parecía egoísta de su parte desentenderse de todo y salir corriendo detrás de un tipo al que casi no conocés, que no te da ninguna seguridad, porque en el fondo ni siquiera tenés la certeza de que te corresponde, quiero decir, seguramente te quiere, pero ¿cómo estar segura de que te quiere en la misma medida en que vos lo querés a él?, y esto sumado a que, incluso si él te quiere como vos lo querés a él, no tienen ninguna seguridad de que la relación vaya a funcionar, ¿entendés lo que te estoy diciendo?

No, la morochita no entendía. Carlos se esforzó por ganar claridad. Lo que él quería saber era si no le parecía egoísta

jugarse con esa tranquilidad de espíritu por una relación que bien podía ser el resultado de un capricho o del aburrimiento o del cansancio producido por la rutina cotidiana. ¿Y si todo iba mal? Entonces tu familia va a tener que consolarte y abrigarte en las noches frías, y ayudarte a salir del agujero negro, ¿o no? ¿Qué pasaría si todos hiciéramos como vos, eh? Pensá un poco: Kant, el imperativo categórico, ésas no son pavadas, che.

24 Pero a ella, espalda contra la pared, rodillas al pecho, Kant le importaba un carajo. Ya lo dijo Arlt, la felicidad del hombre y de la humanidad no me interesan un pepino, pero en cambio el problema de mi felicidad me interesa enormemente. ¿Sabés cuál es la diferencia entre vos y yo, Carlos? Que a mí no me importa si voy y me va mal y me tengo que volver. Espero que no, espero que vaya todo bien, toco madera (y en seguida se inclinó para rozar con los dedos el soporte de la cama), pero si yo me estuviera equivocando y no nací para él y él no nació para mí, estoy dispuesta a sufrir las consecuencias. Quiero decir, para comprar cualquier cosa hay que tener con qué pagar, siempre hay que dar algo a cambio. Entonces, digamos que yo ahorré, fui prudente y responsable y considerada y ahora todo eso que junté, lo quiero gastar. Pero cómo podés estar segura, quiso saber Carlos mordisqueándose la uña de su índice derecho, cómo podés estar absolutamente segura de que sentís lo que sentís a causa de él y no por otra cosa. Porque lo estoy, Carlos, le dijo ella. Mirá, si vos no creés en el amor amor, rayo que te parte los huesos y te deja estaqueada en la mitad del patio, yo no te voy a convencer. No sé, yo siento eso y como puedo, voy a ir a buscarlo y a vivir con él y que pase lo que tenga que pasar.

Carlos estiró las piernas a lo ancho de la cama. Quería seguir preguntando, pero la morochita ya se levantaba, se arreglaba la tela de los bolsillos del jean y lo saludaba con la mano. Me tengo que ir, después nos vemos. ¿Le avisás a Aargau? ¿Me hacés ese favor? Carlos le hizo que sí con la cabeza. Gracias, no

sabés cuánto te agradezco. ¿Cuándo le vas a decir? Hoy, en la comida. No sé quién me manda a mí a quedar siempre en la mitad de estas cosas, che. Es que sos un amor, Carlos, le dijo ella, al tiempo que se inclinaba sobre la cama y le daba un beso en la mejilla. Una de sus manos se apoyó sobre el pecho de Carlos que, al sentir la presión, tosió sin ganas y apagó el cigarrillo contra la repisa de lo que no era más que la idea inconclusa de una ventana.

Lo que preocupaba a Carlos esa mañana era el hecho de saberse incapaz de un acto como el de su visitante. En lo que llevaba de trasegar cotidiano, de meta y meta vivir, no se había cruzado nunca con nadie que lo inspirara lo suficiente como para dejar todo lo que siempre había conocido y desembarcar del otro lado del mundo (fuera donde fuera), sin un peso en el bolsillo ni dirección alguna a la que acudir en caso de problemas, sin una ocupación cierta, sin seguridades de ningún tipo, sin sin, todo para estar junto a una persona, para que sus dos tiempos se convirtieran en uno solo.

25

Masajeándose el pecho con desgano, Carlos pensó que su mala fortuna amorosa llegaba a tal punto que, por ejemplo, nunca había conocido a nadie que le hiciera pensar en la posibilidad, siquiera remota, de alejarse de Aargau. De hecho, si algo tenía claro desde que se habían conocido, era que su amistad constituía un *sine qua non* para seguir adelante, única relación segura en un mar de posibilidades variables. Ni siquiera en tiempos de la Orelli —como le decía él para que se sintiera un poco Ornella Muti— se había planteado la posibilidad de terminar la *sancta* convivencia que llevaba adelante con Aargau para mudarse con quien por ese entonces creía era él mismo hecho mujer. Ni con la Orelli, ni con Carolina Jasminweg, ni con Simona Saatlenzelg, ni con Cora Moosacker. Ninguna de las relaciones que habían excedido la apasionada noche de sexo ocasional lo había hecho pensar en un cambio de vida radical.

Las manos debajo de las axilas, la mirada fija en el vano de la puerta y Simona entró pavoneándose en la habitación, segura de que Carlos la quería más de lo aconsejable para un almita escéptica como la suya. Era enorme y hermosa, un volcán rubio que circulaba por la ciudad sin más aspavientos que unos vaqueros verde agua gastadísimos, una remera negra escotada y un par de tacos. Es que a mí me gustan las mujeres bien puestas, pensó Carlos, sobándose la panza con un ademán circular. Con todo abundante y en el lugar indicado. Simona se sentó a su lado y, como en los tiempos en que él todavía pernoctaba en la casa que ella alquilaba en San Telmo, llevó su cabeza a la falda de la recién llegada, rincón que adoraba porque le permitía una inmejorable panorámica de los accidentes orográficos delanteros de Simona, Andes liliputenses que Carlos amaba con amor verdadero.

26

Simona era hija de padre alemán y madre fanática de Sophia Loren, hechos que explicaban tanto la altura de la vástaga como su nombre, de inspiración italiana. Desde chica, su vocación había sido el canto y, si bien su madre se encargó de llevarla a que audicionara para los cursos del Colón cuando todavía no sabía cantar más que “Qué linda manito que tengo yo”, con el correr del tiempo Simona prefirió el sentimiento del blues a la rigidez del canto lírico. Su apostura –imponente– y la inquebrantable confianza que tenía en sí misma no sólo la hacían una mujer notable, sino que además le permitían ganarse el pan alternando recitales de tango en bares de barrio con participaciones en las versiones nacionales de musicales extranjeros como *Cats*, *La bella y la bestia*, *Chicago* o *Cabaret*.

A los 27 años, luego de mucho trasegar, logró el sueño de la casa propia. Alquilada, pero más suya imposible, Simona dejó el hogar paterno rumbo a tres habitaciones, un patiecito techado, terraza y cocina diminuta, ubicados en el barrio de San Telmo. El día que se mudó, pegó con cinta scotch en la puerta

del baño un poster tamaño natural de Martín Palermo llenándose la boca de gol, porque la presencia palpable de Boquita, según ella se encargaba de informar a todo aquél que se interesara por la decoración, la hacía sentirse en su casa en cualquier lugar.

Tranquila por naturaleza y optimista a ultranza, militante del Dios proveerá, la única preocupación de Simona eran las uñas de sus pies, que habían comenzado a pudrirse de manera progresiva cuando, a pocos días de haber cumplido los 21, se subió por primera vez a un vehículo para estrenar el registro de conducir que había obtenido la víspera. Pasarle no le pasó nada, ni ésa, ni ninguna de las veces siguientes. Sólo protagonizó los típicos choquitos pavotes: estrolarse de punta contra un taxi al verse encerrada por un colectivo, subirse al cordón aterrando a una peatona de años al intentar una maniobra de estacionamiento demasiado briosa, hacer moco el parachoques delantero al estrellarlo contra el baúl de un Gol gris por andar distraída cantando a todo pulmón “Harto ya de estar harto, ya me cansé” y no percatarse de que el semáforo estaba rojo y, por lo tanto, todos los autos que la precedían, quietos. O, en fin, entregarse a un voluptuoso giro de ciento ochenta grados en la 9 de Julio, altura del edificio de Obras Sanitarias, al intentar detenerse frente a un intempestivo cambio de luz semafórica con el asfalto resbaloso, consecuencia de una garúa que venía cayendo desde la madrugada. Y sin embargo, sus pies, evidentemente más asustados que ella a raíz de sus proezas automovilísticas, habían contraído, primero una dishidrosis sospechosa, después una sequedad dérmica inaguantable y, por último, hongos en las uñas. No hubo zapato, zapatilla o sandalia que los hiciera cambiar de idea, cada día se le fueron pudriendo un poco más. Por eso, para Simona, todo tiempo pasado había sido de uso indiscriminado de ojotas, mientras que en el presente, la única manera de disimular la insurrección de sus uñas era recurrir al esmalte rojo rabioso o negro boca de

lobo, dependiendo de la ocasión. En la playa, por ejemplo, ya no usaba chancletas, sino alpargatas, cosa que le provocaba una tristeza enorme. No poder mostrar sus pies, flacos y largos, verdaderamente aristocráticos si no hubiera sido por, la ponía de mal humor.

Fue un día de esos, mufa por arriba, mufa por abajo, mufa por todos lados, que Carlos y Simona se conocieron. Ella, de vacaciones en Pinamar desde hacía una semana, interpretaba los grandes éxitos de Bandana y Gamberro frente al mejor restaurante de la ciudad, el Paxapoga, para pagar su parte del dos ambientes que había alquilado junto con dos amigas a doscientos metros de Bunge y Libertador, y tener lo suficiente para salir de noche. En eso pasó Carlos, bermudas hasta la rodilla, remera azul, sandalias, pucho colgando de los labios, barba de poeta trasnochado, libro bajo el brazo, chofer, por favor pare, me bajo acá, cincuenta pesos en el estuche de la guitarra, mirada de soñador, te invito a tomar una cerveza. El talante feminista de Simona, yo me pago todo desde que tengo 18 años, no pudo evitar, sin embargo, sentirse halagado por la caballerosidad de ese extraño que, por otra parte, coincidía con su ideal masculino físico-psicológico y entonces, claro, en un minuto me olvido de la mala sangre que me hace agarrar el idiota de mi novio, ex, ex novio, hablemos con propiedad, canto una más y vamos.

Poco tiempo transcurrió desde esa tarde al día en que Carlos tuvo el gusto de conocer la casa de Simona en San Telmo. Fotos pegadas en las paredes con cinta scotch o clavadas con chinchas, agarradas con clips, apoyadas encima de los estantes en los que discos long play, CDs, cassettes, libros y revistas socializaban con libertad, pequeñas esculturas bolivianas de madera, dibujos a la acuarela y algún que otro cuadro, el sillón, la mesita diminuta, todo llamaba la atención de Carlos que, por aquella época, ansiaba la independencia domiciliaria más que cualquier otra cosa.

Y entonces, lo de siempre: dos meses de sexo desenfrenado, mañana, tarde, noche, mediodía, medianoche, tres, cuatro hasta cinco veces por día, y de edénicas tranquilidades poscoito, situación tan desconocida para Carlos que en un momento llegó a preguntarse si eso no sería la felicidad. Y era, nomás. Lo comprendió el día en que Simona, explicándole su necesidad de espacio, su deseo de vivir sola, el fastidio que le provocaba encontrarlo a todas horas zumbando a su alrededor, le pidió que la entendiera, metiera violín en bolsa y se mandara mudar. Fine. Después, alguna llamada aislada, alguna felicitación de cumpleaños, alguna visita ocasional, pero ya se trataba del epílogo, la nota al pie, colofón construido mayormente alrededor de un —para Carlos— doloroso si te he visto no me acuerdo.

Además de una angina cinco días con treinta y nueve grados en la axila izquierda, dolores corporales múltiples y horribles dificultades para deglutir, la necesidad de espacio de Simona condujo a Carlos hacia un gusto tal vez demasiado vehemente por la marihuana. Su crónica escasez de fondos, por otra parte, lejos de inclinarlo hacia la contemplación filosófica de las ventajas de la moderación, lo llevó más bien a sobrevivir a base de inteligencia. Así fue cómo la avivada se convirtió en un medio de sustento tan factible como cualquier otro. Carlos el mano larga, Carlos el raterito, Carlos el si vos sos un gil, yo no tengo la culpa. Bares, cines, Mc Donald's, colectivos, colas de banco, en cualquier lugar podían aparecer esos pesos que —de eso estaba seguro—, le servían más a él que a su albacea originario. Donde aparecían a más y mejor era en la universidad. Los estudiantes, confianzudos como ellos solos, ayudaban a la casualidad de manera extraordinaria.

Con el cigarrillo entre los dedos, los pulmones llenos de humo y una sonrisa pícara, bien está lo que bien termina, Carlos sintió un dolor en la espalda y exhaló largamente. Apagó el cigarrillo contra la base del boquete y se esforzó por

distinguir las manchas de humedad del techo en la semioscuridad matutina de la habitación.

Mala suerte había sido lo suyo aquel mediodía de primavera en que la rubia tarada entró al aula y lo encontró revolviendo con una concentración pocas veces vista un bolso ajeno. ¡Yo sabía! ¡Lo sabía!, vociferaba ella y Carlos, desconcertado, cara de yo no fui, tan aturdido que no atinaba a dejar la billetera que tenía en la mano, nunca se le había pasado por la cabeza que pudieran descubrirlo, si estos son unos giles de película, ¡Chorro de mierda! ¿No te da vergüenza, hijo de puta?, y de pronto la conciencia de la gente, veinte, treinta personas, todas conocidas, compañeros de clase, hola, chau, ¿cómo estás?, un murmullo in crescendo, exclamaciones, rostros desencajados, Carlos con la billetera, Carlos estudiante, Carlos estudiante destacado, Carlos y su beca, hasta que de pronto:

30

—¡La gran puta que los parió a todos! —Aargau no acostumbraba usar malas palabras, de manera que cuando lo hacía le salían modismos que Carlos llegaría a encontrar hermosamente expresivos—. ¿Qué carajos pasa acá? Cerrá el pico, histérica. O la calman o aterrizas en el Borda sin escalas del golpe que le voy a dar.

Aargau pedía que abrieran cancha. Aargau avanzaba por entre la multitud repartiendo codazos y puntapiés. Aargau insultaba porque tenía derecho, porque la billetera que Carlos todavía tenía en su mano, era la suya. Al llegar frente a él y mirarlo, Aargau vio a un Carlos perdido, avergonzado, un Carlos sin beca, Carlos queriendo volver para atrás, pero comprendiendo que ya era demasiado tarde y entonces, contra todos los pronósticos, le tiró una cuerda. Se rió y dijo que se trataba de un malentendido. Ellos eran amigos, compartían mucho más que los cigarrillos y las charlas de café. No como otros, y miró a la rubia que había empezado todo el escándalo, que se cuelgan la amistad como la escarapela, una vez al año.

Las manos acariciando los hilos de la colcha, los ojos cerrados, Carlos se preguntó una vez más porqué Aargau lo había ayudado. No se conocían más que superficialmente, no tenía porqué y sin embargo, lo había hecho. Después del episodio, en todo caso, Carlos se resignó frente al hecho de que no estaba en su naturaleza convertirse en un drogadicto de respeto y volvió a sus líos de polleras, tal vez no tan contestatarios, pero sí mucho más tranquilos. Puro placer, como solía decir él mismo.

Puro placer para vos, le aclaró desde la silla que estaba junto a la barra de metal en la que Carlos colgaba su ropa una muchacha más bien alta, pero encorvada, pelo corto negro, ojos claros. Puro placer para vos, porque para los demás, para mí, por ejemplo, no fue nada placentero enterarme. Fue más bien desagradable. Porque, bueno, que no fuera la única en tu vida, todavía, pero ¿tenías que estar saliendo con otras dos más al mismo tiempo? ¿Qué pretendías? ¿Qué buscabas, Carlos? Contestá, decime. Carlos, el cigarrillo todavía en la boca, los ojos convertidos en una ranura marrón, exhaló cansado. El sexo era el problema. Una timidez imbanicable era el problema. La eterna disyuntiva entre el violín y la vida, la vida o el violín era el problema. Carolina Jasminweg era una hermosa mujer, esto Carlos lo reconocía sin inconvenientes, tal vez un poco añorada para su gusto, es verdad, pero en líneas generales agradable. Conmoverse de esa manera a causa de unas cuantas notas torcidas en un concierto de domingo a la noche en una escuelita de barrio, no sé, a Carlos le pareció de una dulzura notable. Tenía que conocerla, de manera que con un pañuelo sucio en la mano avanzó hacia ella, no llores, che, si te salió muy bien, no te preocupes que nadie se dio cuenta de nada. Carolina, aferrada al estuche de su violín, le sonrió con timidez y aceptó su invitación a tomar una cerveza “por ahí”.

Estirando las piernas sobre la cama, Carlos observó a Carolina con detenimiento. Desde el cuello hacia abajo,

empezando por los pechos, no demasiado grandes, pero firmes, tersísimos, para acariciar y besar, la panza, linda, las piernas, largas y firmes, más anchas en la parte de arriba, en donde una mata de pelo desordenado alborota el deseo. El culo, aunque aplastado contra la silla, podía adivinarlo abundante, una gloria de dadivosidad. Carolina era una hermosa mujer, pero tan cerrada frente a cualquier novedad, tan amante de la rutina, jamás una mano en una zona inconveniente, nunca una fantasía erótica para compartir, nunca un sí, tocá ahí que me gusta. Pasada la emoción primera, Carlos pronto se dio cuenta de que hacer el amor con ella era más aburrido que lavarse los dientes a la noche. Y claro, por más que comprendía que Carolina no lo hacía a propósito, que el dilema de si dedicarse a la música como el resto de su familia o a lo que ella consideraba “la vida” (ser secretaria o telefonista) la paralizaba, terminó por cansarse y mandarla a freír churros. Que en el momento de la ruptura él se encontrara frecuentando a otras dos señoritas, no fue más que una casualidad. Sobre todo porque a una de las dos la dejó tirada por ahí poco después, harto de las mujeres deprimidas de profesión.

Cora Moosacker, linda no era, pero sí interesante, al menos al principio, y además poeta, cosa que atraía a Carlos sobremanera. La había conocido en el Centro Cultural Ricardo Rojas, una de las noches de *La voz del erizo*, ciclo de lecturas poéticas dirigido por Delfina Muschietti. Cora leyó un poema suyo –menjunje inenarrable, recordó Carlos reacomodándose en la cama– y a la salida pasó a saludar al muchacho que lo había convencido de que lo acompañara porque no te podés imaginar lo que son esas reuniones. La relación comenzó esa noche y murió poco después. Hija única de padres psicólogos o psicoanalistas, la cuestión nunca le había quedado clara, Cora resultó una neurótica inaguantable. Pesimista y depresiva como pocas, Carlos terminó aconsejándole que se comprara un perro

y le pidió que, por favor, no lo llamara más. Así que, ¿ves?, es como si te hubiera engañado con una sola, porque la otra no vale la pena ni contarla. Sos un turro, opinó Carolina haciendo puchero en una esquina de la habitación. Los demás no te importan nada, ¿no?, te dan lo mismo, agregó levantándose de la silla, tomando el estuche del violín y saliendo por la puerta de la habitación, siempre abierta para los amigos. Carlos le hizo chau con la mano. Poco a poco, la pieza comenzaba a iluminarse con los rayos de sol que filtraba el cerramiento del patio. Carlos se disponía a tomar *Zama* cuando de pronto oyó el timbre de calle. Cómo estamos hoy, pensó mientras dejaba la cama con un disgusto notable. Arrastrando unas pantuflas azules que le regalara su abuela para su cumpleaños número 18, llegó a la puerta y le abrió a la mujer que hacía sonar rítmicamente sus uñas contra la pared. Nena, ¿te parecen éstas horas para una visita?, ay, ya lo sé, disculpame, che, pero necesito hablar con vos. Camino a la pieza, Carlos le ofreció algo para tomar y la Orelli quiso un mate. Bueno, hacelo, en la cocina está todo, yo voy un momento al baño. Ah, y no le pongas azúcar, odío el mate dulce. La Orelli dejó su bolso sobre la silla que momentos antes había ocupado Carolina y se dirigió a la cocina. Puso a hervir agua en una pava de ocho pesos, puro aluminio patrio, abollones por todos lados, pérdida en el pico, imposibilidad de hacer coincidir la tapa con la obesidad metálica del cuerpo, tomó el porongo de debajo de una pila de platos y vasos sucios, lo enjuagó, lo llenó con Cruz de Malta, sumergió la bombilla en el verdor seco, abrió la canilla de agua fría e inundó el mate hasta casi el tope. Chupó hasta vaciarlo y, satisfecha, se dispuso a esperar a la pava. ¿Falta mucho?, preguntó Carlos camino a la habitación. No, ya casi estaba. La Orelli metió el agua caliente en un termo de metal que había sobre la heladera y lo siguió. A ver, Orelli, decime qué se te ofrece. ¿Qué puedo hacer por vos, además de emborrachar a tu novio, convertirme en el único testigo de su

desolación infinita y convencerlo de que, si lo engañaste, fue sin mala intención? Qué guacho que sos cuando querés, che. Orelli le ofreció el primer mate. Carlos se lo aceptó y, antes incluso de la primera chupada (chupada profunda, confianzuda, chupada ‘e gaucho matrero, pensó Carlos) sintió que retrocedía en el tiempo, que el pasado, gracias a Proust, volvía a instalarse en el presente. De pronto, esa mañana era una de las tantas que habían seguido al caluroso miércoles en que Carlos vio la pelirrojidad impactante de la Orelli esperando el 126 a escasos doscientos metros de la Casa Rosada. A pesar de que un amigo lo esperaba en Güerrín para almorzar, Carlos no pudo menos que acercarse. Tu nombre, decime tu nombre, es lo único que quiero saber, te lo juro. ¿Qué te cuesta? Dale, no te hagás la antipática, que te sale mal. Qué linda sos, te lo digo con todo respeto. Decime tu nombre, dale, si no, bueno, pasame tu número de teléfono, es lo mínimo que podés hacer, mientras la Orelli, el ego por las nubes, sonreía muerta de placer, a mí los hombres se me tiran encima, yo cruzo y los autos se paran, deseos encochetados que se embotellan, señal de que yo tengo para elegir, de que yo, a diferencia de la mujer argentina media, puedo darme el lujo de decir: no.

El 126 doblando por Perón, la Orelli sonriente, disculpá, yo me tomo éste, Carlos yo también, qué te creste, me voy a tomar todos hasta que me des tu nombre y tu número de teléfono, te voy a seguir hasta que entiendas que yo soy diferente, que el resto de los hombres no es más que un reflejo defectuoso de mi carisma insuperablemente encantador. La Orelli riéndose de la falta de modestia, y él: sabés que es verdad, ¿o no? ¿No es verdad? Y así siguieron, Carlos entregado al ejercicio desenfrenado de su labia, la Orelli abandonándose con placer al cortejo de ese joven estrafalario pero interesante. El desenlace se dio en las inmediaciones de Carlos Calvo y Mármol, barrio de Boedo, ella tenía que bajarse y entonces, bueno, está bien, me convenciste, te doy mi número, ¿tenés

para escribir?, alegría de Carlos que produjo una Bic negra y el reverso de su boleto, no me vas a dar un número falso, ¿no?, para eso no me des nada, te prevengo, sé honesta, si no me lo querés dar, bueno, pero no me hagás ilusionar y después resulta que me atiende la enfermera jefe de una residencia para ancianos escleróticos. Pero no, nene, quedate tranquilo es el mío, vas a ver, bueno, te creo, te creo, tenés cara de que se puede confiar en vos, ¿te llamo y salimos el viernes? Tal vez, ya vamos a ver, yo te llamo y vas a ver que salimos. Sí, en fin, chau, me bajo, dame un beso por lo menos, che, si ya somos prácticamente íntim... La Orelli bajando por la puerta de atrás y Carlos, el boleto escrito en el bolsillo del pantalón, saludándola con la mano, no te lo puedo creer, ¿ya, las dos menos cuarto? Antonio me va a matar, lo planté, me mata, ahora sí que palmé, me manda un escuadrón de la muerte a que me busque y me aniquile. Y bueh, yo me bajo en Avenida de La Plata y me tomo el subte de vuelta hasta plaza de Mayo y de ahí hago la combinación y en dos minutos le explico lo que pasó y todos volvemos a ser una gran familia feliz.

35

Incluso con todas las predicciones en contra, Carlos y la Orelli formaron una pareja que funcionaba. Amantes de la variedad, ambos se engañaban a más y mejor con terceros, cuartos o quintos, para terminar descubriendo –luego de las confesiones del caso– las mieles de la reconciliación periódica. Por ese entonces Carlos ya conocía a Aargau, de manera que la inestabilidad de su relación con la Orelli no lo preocupaba. Para él, que le tenía alergia al compromiso amoroso, la amistad era lo primero, lo más importante. Podía vivir sin mujeres, pero no sin amigos. Tengo un talón de Aquiles que más griego no se puede, che, reflexionaba un poco avergonzado cuando le daba por pensar en esos temas. ¿No seré medio gay? La posibilidad no lo espantaba, desde hacía tiempo se había propuesto ser pasto verde tanto para la curiosidad como para la experimentación. Lo que lo desconcertaba, sin embargo, era el

enorme placer que el sexo opuesto le deparaba a todo nivel. Era la manía femenina de la estabilidad, del anillito o el arito o la salidita cuando uno no está de humor y no quiere ver a nadie, lo que lo sacaba de quicio. Por eso lo suyo con la Orelli funcionaba. Mientras la relación existía, lo pasaba bien, aprovechaba las bondades físico-visuales de una mina como Dios manda, deshinibida y con ganas de probar cosas nuevas. Cuando se terminaba, tomaba su campera de corderoy color crema, invitaba a Aargau a tomar una cerveza y se iban al Centro Cultural de la Cooperación a conocer más mujeres desequilibradas.

36

Y ahora, de repente, volvía a tenerla frente a él, mateando como antes, una mañana cualquiera, con la tranquilidad de quienes saben que no van a salvar el mundo, ni a cambiarlo, ni a hacer una diferencia. Ella enamorada de su novio, a pesar del alérgico a la clandestinidad, a pesar de las dificultades, Ringkler es la primera persona que quiero de verdad, te lo digo sin ningún ánimo de ofender, lo quiero, no entiendo porqué no puedo dejar de ser yo por un momento, si sé que él no es como vos, que a él estas cosas le importan. Pero entonces cómo, pensó Carlos, ¿a mí no me importan? La Orelli le ofreció un cigarrillo para poder fumarse uno ella (no, te agradezco, tengo los pulmones hechos mierda) y Carlos comprendió que la llamada de esa mañana, la morocha yéndose a Suiza en pos del hombre que quería, mandando todo al carajo sin que se le moviera un pelo, su propia dificultad para sospechar todas las ramificaciones de semejante gesto, todo volvía evidente que él, de momento, con lo único que podía contar era con la amistad de Aargau.

Dispersada la multitud de conocidos y curiosos, aplacada la fiera acusadora, vuelto todo a la normalidad de un mediodía primaveral cualquiera, Carlos le agradeció conmovido la gauchada a Aargau y le propuso un almuerzo a su cargo en Platón, un bar de Paseo Colón y Giufra, con la Facultad de Ingeniería de fondo. Aargau aceptó la invitación y hacia allí se dirigieron, un poco cohibidos al principio, Carlos sintiéndose obligado a un mea culpa que no tenía ganas de hacer, Aargau presa de la curiosidad, por fin alguien diferente, si tan sólo le gustara hablar, tal vez para él es lo mismo, tal vez también él sienta esta incomodidad, este eterno no encajar en ningún lado.

A pesar de las aprensiones, ni bien se sentaron, las palabras fluyeron sin esfuerzo. Un torrente incontenible que arrastraba consigo retazos de risas y guiños de ojos, sonrisas cómplices, golpes de puño sobre la mesa, exclamaciones de sorpresa, miradas interrogativas, cigarrillos, coincidencias y más coincidencias, para culminar en un dolor de culo notable al comprender que eran las nueve de la noche, increíble, qué rápido pasa el tiempo, che, otra vez hora de comer, esta vez te invito yo, pero a un lugar como la gente, si tenés ganas de caminar, vamos a Güerrín.

Corrientes y Uruguay y la mejor pizza de Buenos Aires fueron entonces el objetivo de esos dos deseos regocijados por el encuentro inesperado. Ambos se sentían bien, como si no hubiera habido dudas de que su lugar era ése, uno al lado del otro, disfrutándose mutuamente, aprovechando cada instante de una compañía hasta ese momento sólo entrevista en sueños. Cuadra tras cuadra de una alegría novedosa, placer de sentir la brisa templada que acompañaba ese encajar sin estridencias ni dificultades, ruidos de la ciudad que con bocinazos y aceleraciones desbocadas componía una banda sonora acorde a la placidez que Carlos y Aargau respiraban.

La sensación de estar bien sin peros ni aclaraciones, de sentir que vivía el presente sin inquietudes, libre de

aprehensiones por lo que iba a ser o había sido, fue algo que Carlos descubrió con Aargau. Ese día, por primera vez, sintió ganas de ser un Scherezado porteño y hablar sin medida ni término, deseo de no hacer nada, pero de a dos, ganas de no separarse, impactante sensación de que cuando necesitara, habría para él una ayuda, una mano, un favor.

La cena fue larga. La conversación siguió fluyendo como si el desacuerdo y la incompreensión fueran invenciones de oficinistas hastiados. Después de la grande de muzzarella con jamón vino el postre, café para Aargau, flan con dulce de leche para Carlos, que comprendía que el momento de la conclusión se acercaba de manera inevitable, muchas gracias, che, de verdad te agradezco la gauchada de esta mañana y además, qué sé yo, pasé un día bárbaro, hace mucho que no tenía un día así, estoy muy contento de que nos hayamos conocido, la verdad.

38

De Güerrín cruzaron a comprar cigarrillos en un kiosco, tras lo cual Carlos propuso que caminaran un rato, el centro de noche es increíble, sensación de vacío absoluto, desamparo que se te mete por los ojos y no se te va nunca más del cuerpo. Disfrutando de las furtividades nocturnas, parejas que atravesaban las calles con rapidez, acordes de música que interrumpían la oscuridad en andas de una velocidad que pronto reconfirmaba el imperio del silencio, los semáforos como pequeñas boyas suspendidas en el aire, Carlos y Aargau avanzaban con tranquilidad a lo largo de veredas sucias, rotas, usadas. De pronto, un paréntesis en la oscuridad y entonces dos whiskys en un bar de barrio, abierto a esas horas por puro gusto trasnochador de la familia propietaria. Y así, poco a poco, Callao se convirtió en Entre Ríos, Entre Ríos esquinó con San Juan para, en fin, rendirse a la evidencia de que eso en algún momento se terminaba, la temida despedida, ¿y si nunca más vuelvo a vivir otro día como éste?, no se puede ser tan imbécil, escuchame, Aargau, yo te doy mi teléfono y mi mail, así nos

mantenemos en contacto, sería una pena que nos perdiéramos, ¿no te parece? Aargau también le dio su teléfono, la comodidad del encuentro era mutua, y quedaron en llamarse. Abrazo fraterno de despedida frente a la puerta de Aargau, Carlos sonriente, Carlos bien por primera vez en mucho tiempo, Carlos cruzando la calle hacia atrás y gritando, llamame, o te llamo yo, es lo mismo. La pasé bien hoy, de verdad, Aargau saludando con la mano inmóvil en alto, desapareciendo detrás de una puerta blanca que estaba en un mal estado notable.

A los tres meses esa puerta también se convirtió en la de Carlos. Diferencias irreconciliables con sus progenitores acerca del significado del sintagma “algo que sirva” terminaron por volver realidad lo que para él era un sueño de larga data. Luego de una pelea con gritos, insultos y amagos de violencia física, Carlos se dirigió a su habitación, metió un par de libros en un bolso, les sumó un vaquero y tres remeras, algunos calzoncillos y medias, previendo la llegada del invierno tomó también la campera de corderoy blanco, atravesó el comedor levantando una mano, Hasta la victoria, saludó lacónico, bajó por las escaleras (la adrenalina circulaba con demasiado ímpetu por su cuerpo como para permitirle esperar el ascensor), cruzó, metió veinticinco centavos en un teléfono público y llamó a Aargau.

A pesar de ciertas desventajas arquitectónicas y de ubicación, Carlos tuvo para su nuevo hogar una adhesión ferviente y absoluta. Aargau lo ayudó a que se acomodara en la habitación que hasta ese momento había funcionado de comedor diario, y cuya puerta y una medio ventana daban al patio común, de baldosas rojizas. Como las pertenencias de Carlos eran escasas, no hubo necesidad de más muebles que el sillón cama que estaba ahí desde la mudanza de Aargau. La mesita baja que hasta ese momento había servido para almorzar y cenar, la trasladaron al primer piso, en donde organizaron, a un costado de la biblioteca, un improvisado comedor que, a pesar de su precariedad, resultó bastante acogedor.

Si bien Carlos de momento sólo tenía lo que se apelotonaba de cualquier manera en el interior de su bolso, su determinación de volver a la guarida del enemigo para recuperar –además de su biblioteca– algo más de ropa hizo que Aargau le propusiera una expedición a Once para comprar un rack. Barra de metal con ruedas como las de los negocios de ropa, el rack era mucho más barato que un perchero y cumplía la función en cuestión igual de bien. Con algunos kilos de Raid mata polillas, la ropa conservaría sin problemas su forma postsecado y se salvaría de desagradables agujeros consecuencia de la voracidad de esos bichos asquerosos igual de bien que en un armario de alcurnia.

40

Una vez que Carlos estuvo instalado, Aargau hizo café y pasaron a inaugurar el comedor para discutir sobre cuestiones económicas. Acordaron que compartirían los gastos de luz, gas, electricidad y demás cuentas, pero que la comida, visto que todavía no conocían sus rutinas respectivas, la comprarían por separado para que no se hiciera lío. Pronto, sin embargo, se sorprendieron prestándose desde la leche a los porotos, yendo juntos al supermercado y, en fin, ocupándose de mantener provista la heladera de manera conjunta sin mayores altercados. Sobre la limpieza ese día no se dijo nada, pero visto que ambos compartían, también, la capacidad de no ver la mugre hasta que se acumulaba de manera escandalosa, la costumbre terminó por establecer una limpieza mensual (a veces, bimestral) o, en su defecto, limpiezas parciales llevadas a cabo por el primero que se sorprendiera frente a la capa de tierra del patio, el color impresentable del fondo del inodoro o el olor a podrido de la heladera, la montaña de platos sucios que sobresalía de la pileta o el estado de la cocina en general.

Con Carlos instalado en el ex comedor y lo referente a las cuentas ya arreglado, Aargau le auguró una feliz estadía, le dijo que se alegraba de tenerlo ahí y se despidió porque tenía que irse a trabajar. Como la intemperividad de la mudanza no

les había dado tiempo a hacer una copia de las llaves, le dejó las suyas en la cerradura, le explicó dónde quedaba la cerrajería más cercana y le pidió que estuviera a eso de la una de la mañana para abrirle la puerta, porque era cuando volvía de laburar.

Hacía tres días que Aargau trabajaba de “che, pibe” en una propaganda de Seven Up. Estaba previsto que el rodaje durara cinco, de modo que con el final de la filmación cada vez más cercano, en el set todo el mundo empezaba a detestarse. Detrás de las sonrisas de buenas, ¿cómo anda la muchachada? podía adivinarse la envidia, comenzaban a producirse las zancadillas, el clásico es tu culpa, pelotudo, si hicieras tu trabajo como corresponde, esto no hubiera pasado, esas pequeñas cosas, en fin, que hacen de la publicidad un ambiente delicioso y familiar. Saturado por las exigencias de un director con aires de divo a quien nadie sabía cómo contentar, el equipo no veía la hora de pasar por la productora a cobrar lo que le correspondía, para olvidar de forma definitiva la dificultad que entrañaba dominar el escándalo multitudinario de setenta y cinco extras exhibiendo alegría amistad sonrisas ritmo ropa felicidad energía falsas, todo porque ¡chicos, ya salió la de doscientos cincuenta centilitros en botellita de vidrio!

41

Consciente de la deuda que tenía con Aargau, Carlos le agradeció lo que había hecho por él más conmovido que la vez en que, luego de ocho horas de proyección, salió de la sala Leopoldo Lugones convencido de que era el único argentino que había visto de un tirón todo *Berlin Alexanderplatz*, no hay, no puede haber, porteño más fanático de Fassbinder que yo, y le informó que esa noche cocinaría él. Aargau recibió la noticia con alborozo dado que por esos días volvía tan tarde, que las energías sólo le alcanzaban para sumergir su cabeza en la bolsa de pan (por lo general, duro) o, si se sentía capaz de afrontar el esfuerzo, en un plato de fideos sin más aderezo que sal fina Dos Anclas.

Esa noche, sin embargo, en lugar de la agradable velada que Carlos le había prometido, cuando tocó el timbre Aargau se encontró con que el susodicho no estaba en casa y eran las una y media y el cansancio era mortal y el hambre, atroz, y pero si me dijo que. Con la calma de los que comprenden su impotencia, Aargau tomó asiento en el gastado escalón del zaguán y se aprestó para una espera que no sabía cuánto iba a durar. Menos de quince minutos después, vio venir a Carlos por la vereda de enfrente, paso redoblado, cigarrillo en la comisura de los labios, dos pizzas en la derecha y dos cervezas de litro en la izquierda, cruce apurado, disculpame, che, no me di cuenta de la hora, en general no me pasa, pero es que hace tiempo no estoy tan contento, perdón.

42

Las llaves, al menos, las había hecho. No había sido fácil, pero la confianza en el triunfo final —tras una romería de idas y vueltas desde y hacia la cerrajería— había podido más que la obstinación de la llave recién nacida, negadora de su destino y emperrada en no hacer más que introducirse en la cerradura y dar una vuelta, sin otro efecto que un cloqueo suave y la imperterritez de la puerta, igual de cerrada que antes. Tanto le costó a Carlos hacer funcionar ese maldito pedazo de metal que cuando por fin pudo desentenderse del asunto, pagarle al cerrajero y volver en paz a su nuevo domicilio, tuvo ganas de comentar con alguien el pequeño triunfo, de manera que llamó a Antonio DiVico para ponerlo al tanto de las últimas novedades, que eran muchas, y escuchar las opiniones que un amigo como él, de toda la vida, tenía al respecto. Como Antonio andaba con tiempo, lo invitó a festejar lo que consideraba un triunfo vuelta y vuelta con una salida al cine y algunas horas de charla de café. *Fellini Roma* resultó —como esperaban— fantástica y la alegría de un cambio largamente esperado, las ganas de hablar, de proyectar hacia el futuro y censurar el pasado, hizo que ninguno de los dos reparara en la hora. A medida de que la conversación ganaba interés, los

almacenes y supermercados iban cerrando, de manera que cuando Carlos se dio cuenta de la imposibilidad de realizar la cena prometida ya era inútil suspender la velada, más bien a la vuelta pasaba por La Continental y compraba un par de pizzas, voto renovado de un almuerzo opíparo al día siguiente.

Al agotamiento de Aargau el olor de la muzzarella derretida sobre el jamón un poco endurecido, a harina con levadura y salsa de tomate, le pareció opiparérriimo, de modo que, sintiendo cómo se le llenaba la boca de saliva, despejó el zaguán y entró detrás de Carlos, que se detuvo un momento a mostrarle lo bien que funcionaba su llave, si la hubieras visto cuando me la dio el gordo de la cerrajería, no iba ni para atrás ni para adelante.

Menos de doce horas más tarde, Aargau no podía dar crédito ni a sus ojos ni a su paladar. Las capacidades culinarias del recién llegado, muy superiores a las de la media, le provocaron tal asombro que se sintió en casa ajena. Haciendo gala de su origen, como el noventa por ciento de los porteños, soy nieto de tanos, Carlos preparó pasta de entrada, carne y pescado con diferentes ensaladas de platos principales y fruta, tabla de quesos y dulces de postre. Según le explicó a Aargau mientras ponía y sacaba la mesa, servía vino blanco o tinto según el plato y se ocupaba de rellenarle el vaso del agua, su madre siempre había sido negada para la cocina, a diferencia de su abuela, que disfrutaba cantidad aderezando a lo loco en las ocasiones en que la familia se juntaba. Presa de una fascinación paralizante, Aargau observaba cómo Carlos iba y venía, hablaba, reía, comía, tomaba, probaba todo como si siempre lo hubiera hecho así. Ambos estaban contentos y sentían una comodidad agradable y a la vez extraña, comodidad de personas que se abandonan al placer que se producen mutuamente.

Un tiempo después de ese almuerzo inaugural, Carlos conoció a la Orelli. Decidido a conseguir su nombre y teléfono

se subió al 126 y le calentó la oreja durante casi una hora hasta que ella, toda sonrisas y ojos en blanco, accedió a dárselos. Tal vez porque no se permitía pensar en la posibilidad de convertir la convivencia ocasional en vida de pareja (pero de todas formas en las noches de lluvia sobre el cerramiento del patio su corazón abrigaba una esperanza estrangulada), Aargau no emitió opinión alguna sobre la conquista, pero cuando la conoció le advirtió a Romeo que la Orelli no era monja de clausura. Espero que no pretendas que semejante mina te sea fiel, sentenció oracular mientras lavaba los platos luego de una cena que la manzana de la discordia había tenido que abandonar a la mitad por problemas familiares. Apoyado contra el vano de la puerta, Carlos se cortaba las uñas y se declaraba convencido de que lo de la Orelli había sido un golpe de suerte y quería aprovechar mientras la cosa durara. Aargau se encogió de hombros, no entendía el origen de esa pasión por la posesión de cosas vistosas, en la cama son todas más o menos iguales, murmuró, una concha, dos tetas, una boca.

44

Un sentimiento extraño se coló esa noche en la habitación de Aargau. Insomne a pesar del cansancio, pasó horas mirando el techo, tratando de descifrar porqué le molestaba que la Orelli fuera tan llamativa, tan orgullosa de sí misma, tan consciente de que estaba bárbara. ¿O era la manera en que había acaparado la atención de Carlos lo que le producía ese ataque de bilis? La respuesta era obvia y Aargau lo sabía. Sin embargo, presa de un terror casi patológico a la mera posibilidad del sufrimiento, con un profundo miedo a tener miedo, se convenció de que su amistad era algo precioso y raro, y que lo peor que podía hacer en un momento como ése era sentir disconformidad o desilusión por lo que, de hecho, era la parte preferida de su vida. Aargau, entonces, se llenó de un sentimiento de agradecimiento por tener a Carlos a su lado, porque él, de todo el mundo, era su mejor amigo y consejero y, en fin, algo parecido a un compañero.

Con el tiempo, Aargau aprendió a convivir con el sentimiento de traición que comenzó a copar su vida la noche de la cena interrumpida con la Orelli. Sobre todo porque la pelirroja inaguantable (cuánto más la conozco, más tarada me parece) no era la única mujer de Carlos, que de manera intermitente aparecía con otras chicas, siempre en plan cualquiera me viene bien, total no las quiero para discutir sobre Foucault. Aargau consideraba que semejante actitud era de una indelicadeza notable para con el sexo opuesto, pero se cuidaba de comentárselo porque en el fondo prefería la intrascendencia del montón a la seriedad formal de una sola.

La revancha, satisfactoria pero triste, le llegó al machucado ego de Aargau una noche en que cenó en lo de sus padres y volvió a su casa alrededor de las tres de la mañana para encontrarse con que todas las luces –incluida la del baño– estaban prendidas y que de la radio salía la voz de Norah Jones, *If I were a painter, I would paint my reverie, if that's the only way for you to be with me*. Carlos, acomodado en uno de los sillones del comedor, leía siguiendo el ritmo de la música con un movimiento de cabeza apenas perceptible. Fumaba y hacía todo lo posible por no terminarse la última Quilmes que le quedaba de un paquete de seis. Luego de un saludo en apariencia cariñoso, y sin darle tiempo siquiera a dejar la mochila y sentarse, le comunicó que cierto Diego había llamado varias veces a lo largo de la tarde. Bah, creo que me dijo Diego porque la verdad es que el muchacho tiene alguna dificultad para articular. Es como descordinado, ¿no? Incapaz de hilar dos frases seguidas. Aargau comprendió que Carlos se cocinaba a fuego lento en un caldo de celos y sintió placer. Se esforzó por darle una explicación particularmente confusa sobre su festejante, ¿viste que a veces la gente especial de verdad es un poco aparato?, y se dispuso a emprender la retirada porque tengo un sueño de locos, nos vemos mañana. Apenas fue hacia la escalera para bajar a su pieza, Carlos apoyó

la lata vacía sobre la mesa, dejó los cuentos completos de Saer sobre el sillón y, avanzando hacia donde se encontraba Aargau, le preguntó si alguna vez había sentido el vacío que implicaba el cambio constante, como si uno estuviera atrapado en un fingimiento sin fin, algo así, y si nunca había pensado en la posibilidad de cambiar su amistad por otra cosa, un amantazgo, un noviazgo, qué sé yo, hay que tener imaginación, che, un algo que, junto con el sexo, acarreará también un satisfactorio sentimiento de propiedad mutua.

46

Aargau, que no daba crédito a lo que oía, se quedó inmóvil. Observando de reojo las latas de cerveza vacías, eligió el camino fácil y se abandonó a la conclusión de que Carlos estaba borracho. Con cara de todo bien, sea lo que sea ya va a pasar, le aconsejó que se fuera a dormir, el descanso te va a venir bien para poner las cosas en perspectiva. La falta de comprensión que suponía un comentario idiota como el que acababa de hacer Aargau hizo que Carlos palideciera de golpe. No, claro, vos no lo pensaste nunca. Soy yo el que se arruina la vida dándole vueltas a estas cosas. Y Aargau, incapaz de abandonar su papel de máquina racional, tengo todo bajo control, temor de que la declaración fuera nada más que obra del alcohol, cobarde de la cobardía peor, que es la de los cómodos, la de los que no se permiten ni siquiera ser curiosos, experimentó a su pesar el placer idiota de sentirse en control de sí, mientras dos pasos más allá Carlos se desmoronaba, presa de una idea fija.

A la mañana siguiente, ninguno de los dos comentó el episodio. Tampoco lo hicieron en los días que siguieron. Aargau se imaginó que la relación con la Orelli estaría atravesando un período negro, asumió que la responsable de las sorpresivas declaraciones no era otra que la cerveza y se dedicó a olvidar todo con un empeño y una dedicación enternecedores. Carlos, por su parte, entendiendo que si seguía en esa dirección hacía peligrar la única amistad que de ninguna manera quería perder, terminó por alegrarse de la poca

curiosidad que Aargau demostraba en torno a lo que a él le había llevado meses enteros de introspección y todo un día de autoconvencimiento y recolección de coraje. Prefirió dejar las cosas como estaban, no explicar ni pedir explicaciones tampoco, y enterrar esa noche bajo la multitud de cotidianidades que Aargau le ofrecía compartir en una especie de solución barata pero eficaz.

A pesar de lo que creía Antonio DiVico, si te le declarás va a ser peor, la amistad entre Aargau y Carlos no sólo no se resintió, sino que, al contrario, vivió un período de renacimiento. Como en los primeros tiempos, Carlos suspendió sus salidas nocturnas para ir al cine con Aargau o para quedarse y cocinar juntos, cenar mirando un video o hacerle compañía hasta la madrugada frente a la computadora, siguiendo por sobre su hombro interminables conversaciones de chat. Al redescubrimiento de las bondades de la sedentariedad contribuyó, en gran parte, la esquivez de la Orelli, que acababa de conocer a Ringkler y se entretenía simulando montones de cosas que hacer mañana, tarde y noche. Carlos, más aburrido que preocupado por las veleidades de cambio de su novia, sin pensarlo dos veces se replegó en la compañía de Aargau y las veladas conjuntas. Amante del cine italiano, era capaz de pasar horas con la nariz metida entre los estantes del único videoclub de la zona, domiciliado a cinco cuadras de distancia, para sentir el placer de encontrar *Blow Up*, *El decamerón* o *Cautivos del amor* en la sección “Extranjeras”. Antonioni, Pasolini, Bertolucci, Fellini, Visconti, Carlos disfrutaba con todos por igual.

Una tarde en que el azar del husmeo entre las góndolas llevó sus pasos hasta *Amarcord*, volvió silbando *Cambalache* por Entre Ríos y pensando en que hacía tiempo no disfrutaba de una velada consigo mismo, y que ya iba siendo hora de que la tuviera porque precisaba reflexionar acerca de algunas cositas como ser, por ejemplo, ¿estaba él conforme con la dirección que había tomado su vida?, ¿qué era esa especie de cansancio

sin término con que se levantaba cada mañana?, ¿por qué no podía sacarse de la cabeza la idea de que sus días eran pura bravata de futbolista en el banco de suplentes?

Con *Amarcord* bajo el brazo e intrigado por esa sensación de existir en el margen, pero de qué, de qué, ésa era la pregunta, margen de las cosas, margen de una existencia ansiada pero incógnita, desconocida, Carlos introdujo su llave en la puerta, abrió y avanzó por el pasillo de baldosas irregulares, la mayoría rotas y víctimas de una suciedad sin retorno, de paredes que, alguna vez blancas, eran ahora un muestrario de grisura. Sin ojos para la lamparita quemada desde hacía meses que se balanceaba cercana al techo con la brisa que se colaba a través de los huecos desvidriados de la puerta de calle, metió la llave en la primera puerta del pasillo, roja, puerta que, junto con el constante movimiento de hormigas, moscas y arañas, y el penetrante olor a humedad y vejez desastrada, constituían para él el equivalente a la alfombra marrón con flores de colores: Bienvenido.

48

Dado que Aargau, por cuestiones de trabajo, no iba a volver hasta medianoche o más, Carlos se dispuso a saborear el placer de una soirée íntima. Dejó las llaves junto al teléfono y se regodeó con lo acertado de su elección, porque si *Amarcord* era el plato fuerte de la noche, *Rocco e i suoi fratelli* era una introducción más que interesante. La frutilla de la torta no era otra que *Rocky I*, que había alquilado para terminar la noche tarareando the day of the tiger, bajar la escalera rumbo a su cuarto de a dos escalones por vez e irse a la cama de un buen humor reventadamente espectacular. Sin chequear si había mensajes en el teléfono, esta noche no estoy para nadie, se llevó la radio a la cocina y cuando Louis Armstrong entonó canciones de amor, él comenzó a cortar las verduras necesarias para preparar una tarta. Encendió el horno (rezago destartado de aquella ilusión que se llamó sustitución de importaciones) y mientras se calentaba, se sirvió un vaso de Colón malbec comprado a propósito para la ocasión.

Hacía veinte minutos que se encontraba instalado frente al televisor —un Panavisión de antes de los ochenta que había logrado sacar a escondidas de la casa de sus padres y sintonizaba en colores sólo si se encontraba de buen humor—, disfrutando de los recuerdos de infancia de Fellini, cuando de pronto ruidos de llave en la puerta, una vuelta, dos vueltas, un resoplido de alivio, Aargau que trastabilla y entra, Hola, qué rico olor, ¿qué cocinaste de exquisito, Carlos?

Suspense y curiosidad llenaron los segundos precedentes a la explicación de Aargau. Es que resultó que era todo una chantada, unos turros, querían que trabajara gratis la primera semana para después evaluar la posibilidad de pagarme, relató su voz cansada. Por suerte, en el camino de vuelta se me ocurrió pasar por Liberarte para levantarme un poco el ánimo y ¿a qué no sabés qué encontré? *Señora de nadie*, la única de la Bemberg que no vi. Carlos bufó contrariado, pero no opuso mayores objeciones al cambio de programa. Paró *Amarcord* y, ya con la tarta sobre la mesa y Aargau despotricando entre bocado y bocado contra la falta de seriedad de la gente, apretó play. Bastaron los minutos de los títulos para que las iniquidades laborales sufridas por Aargau le dejaran paso a las sufridas por Luisina Brando que, diosa y todo como era, descubría la mañana del cumpleaños de su marido que el muy perro se andaba besuqueando, el Peugeot 504 blanco estacionado en lo que parecía plena Corrientes, con una Susú Pecoraro que Aargau encontró “divina, diosa total” y Carlos “valedora de cualquier barbaridad”. Con un destroce emocional total y decidida a no soportar la humillación del engaño, Luisina dejaba hijos, hogar y marido, y se refugiaba en la casa de su madre, al principio, y en la de una tía española cultora del estilo Bernarda Alba, después. Siguiendo el consejo de la primera, se dejaba empujar a unas sesiones psicoanalíticas grupales en las que conocía a Julio Chávez que, joven y recontra pintón, interpretaba a un homosexual tímido maltratado por el mundo.

Llenos del orgullo compatriota que les producía la argentinidad de María Luisa Bemberg, qué maestra, Carlos y Aargau se comieron la tarta de verduras, se terminaron el vino, y postrearon una manzana verde por cabeza. Cada vez que, con la excusa de levantar la mesa o buscar un cuchillo, traer vasos limpios y agua fría o subir el trapo rejilla, paraban la película, aprovechaban para comentarla, hacer predicciones o censurar la conducta de los diferentes personajes, de modo que pronto coincidieron en que lo más interesante de todo era la relación sui generis que iba naciendo como por casualidad entre Luisina Brando y Julio Chávez. Aargau, sobre todo, sentía cómo aumentaba su turbación a medida de que la película se acercaba al final. Bastó que Julio, luego de romper con su novio, se tirara en la cama frente a Luisina, al tiempo que vocalizaba la multitud de sentimientos encontrados que le producía la ruptura con un “Estoy cansado de sufrir”, para que la semideclaración de Carlos volviera a su memoria con tal violencia que sintió escalofríos. Preguntándose qué habría cambiado desde la noche de las cervezas, no pudo evitar mirarlo, pero con disimulo, la cara en dirección al televisor y los ojos totalmente hacia la izquierda, en una posición tan incómoda que terminó con el cuello contracturado. A su lado, Carlos parecía absorto en la película, pero la voracidad con que encendía un cigarrillo tras otro contradecía la aparente tranquilidad de su respiración.

Para cuando llegaron los títulos finales, Julio y Luisina habían decidido que se querían lo suficiente como para intentar una relación de pareja, al menos eso parecía, el final era abierto y Aargau ya no dudaba de que lo que no había dicho la noche de la declaración, lo diría ahí, en la conversación pospelícula. Lo irrevocable de una decisión que consideraba fundamental en su vida hacía que la adrenalina circulara con rapidez anormal por su cuerpo, provocándole un estado de desorientación generalizado, de manera que tardó unos minutos en darse cuenta de que Carlos había apagado el televisor, había saludado

y se disponía a bajar a su habitación haciendo caso omiso de cualquier posibilidad de puesta en común. La casa estaba silenciosa. A lo lejos, el ruido de algún camión avanzando sobre los empalmes descuidados del asfalto de la avenida, de grillos y perros callejeros que se juntaban en el parque en modalidad serenata. Presa de la sorpresa, con la necesidad imperativa de hablar, de sacarse de encima lo que era incapaz de olvidar, Aargau avanzó hacia Carlos para preguntarle la razón de su premura por dormir.

La mano izquierda en el interruptor de la luz cercano a la escalera, la mirada fija en las vigas del techo, rebozantes de óxido e historia, rebozantes de silencio. Entre una y otra, el concreto mal pintado de blanco y con manchas de humedad, combado hacia arriba en forma de pequeños arcos, considerados –hacia un siglo– el último grito de la moda arquitectónica. A su derecha, la ventana, ancha, grande, pero sin vidrios, puro marco de metal pintado de rojo, el mismo de la puerta de entrada. Sobre la repisa, varias velas artesanales con esencias diversas vivían su inmovilidad con prestancia. Carlos, comenzando una explicación que no quería dar porque estaba de mal humor y cuando él se ponía de mal humor no podía evitar calentarse y decir lo primero que se le pasaba por la cabeza, alzaba las velas y las manoseaba sin piedad, arruinándoles sus aristocráticos cuellos de jirafa al imprimirles con brutalidad la silueta de sus dedos. A medida de que hablaba, los ojos se le iban llenando de pequeñas venas rojas y su tono se volvía cada vez más alto y cortante, producto de una indignación que Aargau no comprendía porque no parecía guardar relación alguna con su propuesta de reevaluar la relación que los unía. Agresivo sin razón, Carlos humilló a Aargau con toda la eficacia de la que era capaz. Orquestó un despiadado ataque ad hominem que, fruto de finas observaciones, parecía irrefutable hasta que, cansado, sintió las palmas transpiradas y un incipiente dolor de cabeza.

A pesar del éxito que coronó su esfuerzo por resultar convincente, su ira no era consecuencia de que Aargau no supiera qué mierda quería hacer con su vida y sí, en cambio, de la mala fortuna laboral sufrida esa mañana, de la cual no quería hablar, y que, en definitiva, no había hecho más que redundar en su ingreso inmediato al conjunto siempre creciente de jóvenes ocupados por la desocupación. De hecho, había sido ese traspie el que lo había empujado a pasarse la tarde en el videoclub, buscando algo que, en un intento algo ingenuo y definitivamente fútil, lograra levantarle el ánimo.

52 Presa del aturdimiento que le provocaba la hiel de la única persona fundamental en su vida, Aargau miraba a Carlos con toda la fijeza de que era capaz y se preguntaba cómo podía ser tan los demás me importan un pito, a mí lo único que me interesa es estar bien yo. Sabía que luego, cuando la soledad de su habitación lo llenara de una calma un poco triste, el cargo de conciencia por el ejercicio innecesario de una violencia verbal que no se correspondía con la situación lo iba a rondar hasta obligarlo a pedirle disculpas echando mano a cantidades inaguantables de humildad y arrepentimiento. De momento, sin embargo, Aargau estaba lejos del perdón y cerca de una furia contenida que le hacía apretar los puños y desviar la mirada hacia la única ventana de la casa que daba al exterior, un hueco de medio metro cuadrado con una reja incapaz de impedir nada.

Los argumentos de Carlos, a veces falsos pero siempre contundentes, se estrellaban contra las paredes formando pequeñas rosas de fuegos artificiales. Aargau, medio a caballo sobre la mesa de trabajo, trató de interrumpirlo un par de veces, hasta que comprendió que no tenía caso, que esa noche la distancia entre ellos se hacía infranqueable, volvían a ser dos personas diferentes, dos discontinuidades autosuficientes, independientes. Sin decir una palabra, se incorporó y se dirigió escaleras abajo, dejando a Carlos en

mitad de una frase, mirando un punto desconocido entre el escritorio y la puerta.

Escondese detrás del trabajo para no enfrentar las situaciones que no sabía cómo resolver era, para Aargau, una de las costumbres más molestas e infantiles de Carlos. Yo también siento cosas fuertes por vos, che, no soy de piedra, pero éste no es un buen momento, ¿entendés? Acabo de perder el laburo, estoy en el umbral de un pozo depresivo de proporciones mastodónticas, porque a mí me gusta trabajar, ¿qué carajo tenía que ver todo eso con ellos dos? Eso era lo que se preguntaba Aargau mientras entraba en su habitación, encendía la luz de escritorio que hacía las veces de velador, rebuscaba un momento en el desorden que tenía junto a la cama, nunca lo hubiera pensado, pero al final es un cagón, un cobarde con todas las letras, dio con una tableta de pastillas para dormir siempre a mano para casos de emergencia, destapó la botellita de Fanta con agua de la canilla que mantenía en la cabecera de la cama, y pensar las horas que perdí dándole vueltas al asunto, que sí, que no, cuando al final todo se resume, como siempre, a lo que quiere él, a lo que le viene bien a él, qué idiota soy, se desvistió sin parsimonia y se metió en la cama queriendo ingresar inmediatamente en un túnel de oscuridad.

De modo que cuando Carlos, media hora después, bajó con ganas de hablar, disculparse y confesarle que, en efecto, él también sentía que el nivel de entendimiento que tenían era una especie de sueño vuelto realidad, algo maravilloso y perturbador al mismo tiempo, algo que valía la pena preservar, encontró a Aargau en medio de un sueño sábana hasta la barbilla, brazos a los costados, no hay nada que puedas decir o hacer que vaya a devolver las cosas al punto en el que estaban antes de que abrieras la boca, estúpido.

La mala leche parlamentaria de Carlos, mala leche que a partir de la mañana siguiente emuló Aargau en un proceso mimético que no hacía más que confirmar hasta qué punto

compartían códigos y modos de comportamiento, redundó en que cada vez que Carlos intentaba explicar que lo que había dicho después de la película no se correspondía con lo que en verdad sentía, Aargau le pedía, por favor basta, dejémoslo así, ya fue, y si Carlos se ponía demasiado brioso y de todos modos seguía hablando, Aargau se levantaba y lo dejaba hablando solo. Junto con su incapacidad para reabrir la discusión, Carlos pronto notó que las costumbres de Aargau habían cambiado tanto que ni siquiera prometiéndole una cena principesca o una velada de cine, cigarrillos y buena conversación lograba que suspendiera sus cada vez más frecuentes salidas nocturnas.

54

El ausentismo crónico de Aargau causó un repliegue de Carlos sobre sí mismo que, molesto por lo mal que iba todo, enojado porque no encontraba la manera de arreglar lo que él mismo había descompuesto, puso en obra la milenaria técnica de huir para ser buscado. Lo trágico del asunto fue que Aargau no acusó recibo. Y además, Carlos se sentía incómodo simulando desinterés, una distracción que no terminaba nunca, cuando él lo único que quería era volver al principio, a cuando se habían conocido y se encontraban adictivos.

Sin embargo, con el paso del tiempo y la predisposición humana para el acostumbamiento, poco a poco, Carlos terminó olvidando el retortijón de estómago que le producía imaginar que algún día Aargau tal vez ya no estaría a su lado, el nudo en la garganta que sentía al pensarse solo una vez más, como antes de que se encontraran. Olvidó incluso la manía de tocar madera para conjurar la superstición de la ruptura final y resignado, aceptó lo que se le ofrecía sin preguntar ni esforzarse por cambiarlo. Así, con la tranquilidad de quien está entregado, se dio cuenta de que disfrutaba de las (espaciadas) limpiezas conjuntas, de las coincidencias inesperadas que les permitían almorzar o cenar juntos, del arreglo de una gotera o el pago compartido de las cuentas.

La resistencia a las salidas nocturnas que Carlos desarrolló por esa época pronto terminó de manera definitiva con la agonizante relación que lo unía a la Orelli, quien una mañana con poco sol le informó que se iba con su otro novio, un tipo cuya única preocupación era hacerla feliz a ella, a ella y no a la persona con la cual compartía los gastos de vivienda, y que ya estaba harta del mambo que tenía con Aargau y de su depresión de intelectual con exceso de tiempo libre.

Con la formalización de lo que de hecho había muerto hacía tiempo, Carlos se encontró, como en su adolescencia más temprana, dispuesto a disfrutar de su soledad y a volverse un soltero codiciado. Casi sin darse cuenta volvió a sus viejos amores, los primeros, originales, olvidados sin razón en el fragor de las diferentes batallas sentimentales: el cine Lorca y el Cosmos (qué caro que era), el Centro Cultural Recoleta, el Rojas, Corrientes, en fin, sus librerías y sus bares, la lectura ininterrumpida, los frustrantes intentos de escritura, sentimiento de poder, pero no lograr, de ser capaz e incapaz al mismo tiempo.

Gracias al contacto que le proveyó un amigo de un amigo, consiguió trabajo como secretario en un estudio de danza jazz, salsa y ritmos tropicales, expresión corporal, yoga y judo en el barrio de Boedo. Conócete a ti mismo era un local de una sola habitación ubicado a metros de San Juan y 33 Orientales en el que se amontonaban la recepción, el salón de clase y el medio metro cuadrado para espectadores ocasionales. En la pared derecha, al fondo, una pequeña puerta conducía al baño. La estrechez del recinto explicaba porqué los habitués concurrían de hasta cinco cuadras a la redonda con la vestimenta correspondiente ya puesta, de manera que no era raro avistar viejitos en calzas fucsias por las inmediaciones de Avenida de La Plata, nenas disfrazadas de Olga Ferri viniendo del lado de Boedo o muchachos en judoki blanco con cinturones ídem deambulando por Quintino Bocayuva.

El público de Conócete a ti mismo estaba constituido, en un cincuenta por ciento, por viejecitos jubilados (ambos sexos), y en el cincuenta por ciento restante, por niños y niñas pre adolescentes, con lo cual Carlos pronto comprendió que sus sueños de bellezas juveniles en posiciones extravagantes, sugerentes y reveladoras, no eran más que eso. Ni siquiera la apertura de una clase de danza árabe –novedad absoluta en el barrio– logró conmoverlo. Le bastó observar durante medio segundo a Yolanda, diplomada en la Academia Yasira de Danzas Árabes, sus ojeras apenas disimuladas, su mirada de dromedario cansado, la resignación de sus ademanes, para saber que tampoco los martes y jueves de cinco a seis el “estudio” (como le decía Betty, la dueña y profesora de yoga del establecimiento) iba a convertirse en un imán para las bellezas con ritmo.

56

Carlos trabajaba ocho horas en diferentes franjas horarias dependiendo del día. Sus ocupaciones variaban de acuerdo con la época del mes o del año, siendo sus obligaciones principales atender el teléfono, brindar informaciones a todo aquél que se acercara para averiguar sobre alguna clase y/o actividad extracurricular (también se organizaban fiestas de cumpleaños y se daban clases particulares de música y elongación) y cobrar las cuotas mensuales correspondientes. Dentro de su órbita entraba también la confección de cartulinas de aviso (“Jueves 27 de mayo: clase de Yolanda suspendida. Consultar semana que viene día y horario para recuperar”) o felicitación (“Muchas felicidades a Laura Rabadejo en el día de su cumpleaños”). Lunes, miércoles y viernes tenía que estar en la puerta del estudio a las nueve porque la clase de Betty, Yoga para todos, empezaba a las nueve y media, de manera que se precisaba organizar las colchonetas en el piso y barrer un poco, actividades que, si bien al principio no le atañían, pronto se consideró que le correspondían a manera de gauchada. A eso de las once y media el estudio cerraba y reabría a las dos

(expresión corporal) para volver a cerrar a las ocho de la noche, ni bien Ernesto, el profesor de judo, daba por terminada la clase y despedía a sus discípulos (pocos, pero buenos). Martes y jueves la rutina solía cambiar, no sólo porque Yolanda era muy faltadora, sino porque la clase de jazz no contaba con demasiado quórum y a menudo había que suspenderla.

En el estudio, Carlos ganaba poco, justo lo suficiente para pagar su parte de las cuentas y algo más, y además Betty le permitía leer en horas de trabajo. Le parecía que era una costumbre fantástica y no dejaba de hacérsela notar, con una especie de orgullo maternal, a todo aquél que pisaba Conócete a ti mismo por primera vez: “Carlos, nuestro secretario. Se pasa leyendo todo el día, ¿qué le parece?”.

Durante el parate del almuerzo, Carlos acostumbraba ir hasta la plaza Rivadavia, quince cuadras de ida, quince de vuelta. Si andaba con plata en los bolsillos, se sentaba en alguno de los bares de por ahí, se tomaba un café y leía todavía un rato más. A veces le pedía el diario al mozo o, si se sentía particularmente vago, se acomodaba junto a una ventana y miraba pasar a la gente por la calle. Los días de feria, cruzaba a la plaza a mirar los cachivaches expuestos con lo que le parecía un exceso notable de impudicia burguesa (el robotito Transformer de Joaquín, los zapatos que Carla no usa más, los libros del abuelo que lo único que hacían era juntar polvo en el comedor) con la distancia e imperturbabilidad del que sabe que de todas formas no puede permitirse ni una caja de fósforos. Los días en que verdaderamente andaba sin un peso, Betty lo dejaba quedarse en el estudio durante el receso del almuerzo, en cuyo caso Carlos esperaba que se fuera todo el mundo, cerraba con llave, caminaba los veinte metros que lo separaban de Korea II, el supermercado de la esquina, en donde se hacía fiar dos alfajores y una cerveza, a pagar ni bien el Ministro de Economía se lo permitiera. En general se los comía ahí mismo, charlando con los muchachos del supermercado y con el

frutero, hombre del barrio desde hacía más de veinte años, que disfrutaba retando a quien estuviera dispuesto a una partida de ajedrez en la vereda, frente a la puerta del súper. En esos casos se traían del depósito unas sillas que daban asco por lo desvencijadas, se acomodaban dos cajones de manzanas Moño Azul uno encima del otro y se dejaba paso al combate singular, ininterrumpible salvo aparición de clienta vieja.

58 Si bien en ningún momento se sentaron a discutirlo, por esa época quedó estatuido que, dado que Carlos insistía en ir al cine (los miércoles, eso sí, que era a mitad de precio) y comprar libros en Corrientes (siempre saldos) con la plata que de otra manera hubiera tenido que gastar en comida, Aargau se hacía cargo de la cena de ambos, de manera que, sin que mediara palabra alguna, Carlos siempre encontraba la heladera provista con lo esencial, así como mate, café y té sobre el estante que funcionaba de alacena, donde a veces también había alguna galletita de agua obesa a causa de la humedad que había chupado desde que habían abierto el paquete. La anuencia callada pero constante de Aargau, su falta de recriminación fueran los tiempos buenos o malos, hubiera o no para divertirse y tirar la casa por la ventana, esa manía tan suya de ser siempre el primer y en general único hinchado en las gradas de Carlos, su incondicionalidad para darle ánimos, la energía con que revoleaba su matraca solitaria, ra, ra, ra, Carlos ganará, le humedecieron los ojos la mañana en que la llamada inesperada lo despertó, incluso a pesar de que la noche anterior se había acostado tardísimo y de que en sus venas todavía circulaban ríos de alcohol.

Sentado con la espalda contra la pared, cruzado de piernas a lo indio, Carlos encendió el único cigarrillo que encontró junto a su cama, mientras observaba con fijeza la puerta de su habitación. Más allá, el patio, el pasillo, la cocina a la derecha, la habitación de Aargau a la izquierda. Chupó el filtro con ansiedad y retuvo el humo en los pulmones hasta que sintió que

ya no aguantaba más. Tosió dos o tres veces sin ganas y estrelló el único pucho que se fumaría esa mañana contra el marco de lo que para él no llegaba a ser una ventana. Acto seguido se incorporó, no sin antes localizar sus chancletas azules porque el piso de su habitación era de baldosas y como la limpieza no era su fuerte, de momento se encontraban asoladas por una capa de mugre que comenzaba a resultar repugnante. Parado delante de su cama se desperezó hasta que los huesos de su espalda sonaron. Con los brazos todavía extendidos hacia el techo, bostezó. Después, se rascó la entrepierna. Buscó una remera limpia en la estantería de metal que usaba de cajonera y se la puso. Silbando bajito avanzó por el pasillo hasta el baño, donde meó y se lavó los dientes. Se miró un instante en el espejo, apagó la luz y, sin llamar a la puerta, entró a la habitación de Aargau.



# Ankara

---

*Abre tus ojos que ya sale el sol, abre tu alma que llega el amor.  
Un día cualquiera en algún lugar, tendrás otra oportunidad.*

08:32 a.m.



Resuelta a comprobar la pregnancia literaria de la realidad, Ankara bajó al sótano, luchó durante unos momentos con las bolsas de recortes de su padre, las camas marineras desarmadas (así ocupaban menos lugar) y las cajas llenas de papeles sin clasificar, tomó una bicicleta verde con frenos rosados que hacía años le habían comprado por dos pesos a un suizo con un arranque de bronca antipatriótica y, previa ascensión a la planta baja, salió pedaleando.

Era temprano. En su casa el despertador, programado para que encendiera radio Clásica a las ocho, todavía no había sonado. A medida que avanzaba hacia Boedo, veía cómo comenzaban a aparecer secretarías, oficinistas, bancarios, agentes inmobiliarios, cadetes, técnicos en computación, cocineros, estudiantes, jubilados, trabajadores en general, que se dirigían en un ordenado concierto de direcciones y velocidades diversas hacia las paradas de los diferentes colectivos, las bocas de subte o, en fin, hacia el Gran San Juan, garage donde buena parte de los autos del barrio pasaban la noche. Los kioscos subían sus persianas metálicas, al tiempo que ponían a disposición de la distinguida clientela escolar toda clase de porquerías confeccionadas a base de azúcar y cantidades inconmesurables de colorante. Los porteros, que hacía rato habían limpiado la parcela de vereda que les correspondía, observaban el hormigúear de sus conciudadanos desde sus respectivos zaguanes o en alguno vecino que prometiera chusmerío suficiente como para compensar el esfuerzo del traslado.

La pasión mañanera de Ankara siempre había causado admiración en su círculo íntimo. Ella decía que le gustaba ver cómo se despertaba la ciudad, esa claridad repentina de la madrugada, esa brisa con vocación de caricia, la soledad de las calles que, coquetas, se abandonaban complacidas al baño matutino, pero lo cierto era que se despertaba sola, a eso de las seis y media. Luego de algunas vueltas ofuscadas en la cama, se

levantaba, se bañaba y desayunaba un café con leche y galletas de agua mientras hojeaba el *Clarín* en la cocina, intentando hacer el menor ruido posible porque en la habitación de al lado, el “comedor”, sus padres todavía dormían.

El don de abrir el ojo temprano le resultó en especial útil durante sus años de secundaria. Su madre lo consideraba una verdadera bendición porque del resto de sus hijos, ninguno había salido con esa capacidad fantástica y cada mañana tenía que sacarlos de la cama a grito pelado, remezones briosos o, incluso, a chorritos de agua helada vertidos con tranquilidad inmutable en zonas estratégicas. Alumna del turno mañana del Colegio Nacional de Buenos Aires, de lunes a viernes Ankara tenía que estar en la esquina de Bolívar y Alsina a las 07:39 (a las 07:40 tocaba el timbre y la puerta se cerraba a cal y canto para incriminar a los que llegaban tarde, imposible evitar la nefasta media falta), de modo que, como mucho, debía salir de su casa a las 07:05, 07:10 si decidía tomar el subte, siendo imprescindible que se levantara, en consecuencia, alrededor de las 06:30, horario en que de manera natural solía abrir los ojos.

Durante los meses de vacaciones, su capacidad para el desvelo matutino le permitía dedicar las trece horas de luz de un día de verano cualquiera a reflexiones acerca de las ganas abrasadoras que tenía de hacer algo, cualquier cosa que le permitiera salir de la pasividad que tendía a asimilarse con la normalidad de cualquier persona “en formación”. Bien pensado, hoy ser estudiante equivale a aceptar la suposición –errónea, aunque nadie parece darse cuenta– de que la vida es eterna y, por lo tanto, nos podemos permitir la espera que significa, primero aprender, absorber, observar, escuchar para recién después escupir, vomitar, hacer. ¿Pero qué pasa si a la mitad de la comida se nos van las ganas de seguir tragando o, peor, terror ontológico, perdemos el impulso de cagar a continuación, una vez que el almuerzo haya terminado? Esta mañana me levanté escatológica como yo sola, pensó Ankara

mientras pedaleaba con tranquilidad. Avanzaba por la orilla izquierda de San Juan que a esa hora si bien todavía no estaba llena a reventar, ya presentaba su desorden habitual, los bocinazos ofuscados de aquellos que no soportaban la lentitud que se permitían ciertos compatriotas para sobrepasar un colectivo o un taxi detenidos, los frenazos violentos a causa de una indecisión frente a un semáforo amarillo o porque, en un amague de pasada con rojo, un pelotudo se había asomado en la perpendicular y había pretendido pasar él también.

Pero no es verdad. No tenemos todo el tiempo del mundo. Al contrario, ¿no es cierto? Al llegar a la esquina de Colombres, Ankara se sorprendió. “Las reinas”, como se las conocía en el barrio, cruzaban por la mitad de la calle hacia el locutorio de Telefónica. En general, madre e hija salían cuando caía la tarde, el brazo de una en el de la otra, tacos altos para las dos, centímetros de uñas plásticas al descubierto, la madre teñida de negro azabache y la hija desteñida de rubia platinada, dos pares de labios pintados de rojo, miradas cargadas de rimmel y actitudes de condesas condenadas a vagar por un barrio abandonado de la gracia de Dios. Pero ahí estaban esa mañana y Ankara lo consideró una señal, no por nada había salido con el propósito de poner a prueba las bondades del azar objetivo que reptaba por debajo de Buenos Aires, preparada de antemano para cantidades de encuentros en apariencia casuales que en realidad no lo eran tanto o, más bien, no lo eran para nada.

No, no tenemos todo el tiempo del mundo. Por ejemplo, en este momento lo que yo tendría que hacer es seguir las y no dejarlas tranquilas hasta que me dieran su autorización para filmarlas. Pedírsele así nomás, hola, una preguntita, ¿no les gustaría? Pero en lugar de eso, sigo pedaleando, las dejo ir, las pierdo, incluso sabiendo que si prohijara una reverenda porquería, igual sería un éxito porque todo el barrio querría verla, irían al cine muertos de curiosidad y sedientos de

información, ¿quiénes son exactamente estas dos mujeres que acostumbramos llamar “Las reinas”?

A pesar de su ansia de hacer sin detenerse a reflexionar, a Ankara no la sorprendieron, al terminar la secundaria, sus ganas de seguir estudiando. Después de todo, sus padres, hijos de una época en la que todo el mundo era universitario interrumpu, le habían inculcado desde su más tierna infancia que el estudio y la vida eran, para una joven mujer como ella, la misma cosa. Obra del destino familiar, entonces, el que Ankara se inscribiera en el Ciclo Básico Común (CBC) con la intención de, luego de un año y las seis materias correspondientes, comenzar la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Al poco tiempo, sin embargo, cambió de idea. La catarata de estudiantes que pugnaba por entrar en aulas con una capacidad de cincuenta bancos entre los descolados, los que no tenían mesita y los que, aunque enteros, cojeaban o amagaban con desarmarse en cualquier momento, terminó por convencerla de que ella estaba buscando otra cosa. Durante algunas semanas, Ankara paseó su desilusión por Buenos Aires hasta que una mañana se encontró a su antiguo profesor de video a la entrada del Colegio, quien le comentó de la Fundación Universidad del Cine (FUC), una universidad prácticamente recién nacida para estudiar asuntos relativos a la industria cinematográfica.

66

Al principio, la sugerencia le pareció una locura. Había disfrutado el taller de video organizado por el Departamento de Extensión Cultural del Colegio, pero de ahí a plantearse el cine como aquello que le diera sentido al resto de su vida, Ankara no lo veía para nada claro. Era verdad, eso sí, que a ella le correspondía el honor de haber ideado, realizado y exhibido el cortometraje probablemente más exitoso de toda la historia del taller: *Enemigo al acecho*, un documental acerca de los chicos y chicas que, para costearse los gastos que les suponía el estudio universitario pasaban sus mañanas o sus tardes reclusos en la

oscuridad de los claustros contabilizando faltas, tomando lista o poniendo sanciones a las víctimas de la perversidad de un sistema que era pura opresión.

Entre los estudiantes, el trabajo de Ankara se vio, discutió y criticó, no tanto a causa del enfoque del tema —escandalosamente poco objetivo—, sino más bien porque quienes durante la filmación se habían interpuesto por casualidad entre la cámara y el objeto a documentar desesperaron al enterarse de que estaba circulando una cinta con su versión fílmica. De un día para el otro, la precaria isleta de edición con que contaba el Departamento de Extensión Cultural se convirtió en una suerte de local de videocopias. Ankara se encargó de hacer los duplicados que le solicitaban a cualquier hora por los pasillos del Colegio. Se sentía feliz de que su primera obra causara semejante adhesión por parte del público. La única decepción le llegó de parte de los preceptores que, como conjunto, no emitieron juicio alguno sobre su trabajo, aniquilando sus esperanzas de engendrar una polémica que removiera las bases mismas de la institución.

Esa primera experiencia fílmica entusiasmó a Ankara de tal manera que poco después de su exhibición en el ciclo organizado por el Departamento de Extensión Cultural *Video para/por todos*, ya pergeñaba un segundo corto documental: *El supermercado*. Se trataba de un trabajo que tenía por objetivo denunciar las relaciones carnales entre los locales barriales y la mafia china. Para eso, una vez que llegó el verano y con él, el tiempo libre, se instaló en una sillita de mimbre que le facilitó el verdulero para compartir su realidad. Munida de una cámara de video que su padre había comprado hacía años para grabar recuerdos familiares de importancia suprema, se dispuso a esperar que la mafia apareciera y la proveyera del material fílmico que andaba necesitando. Los días pasaron, sin embargo, y la temible organización no hizo acto de presencia, de manera que Ankara, todavía a la expectativa pero cada vez más

convencida de la dificultad de la tarea que se había propuesto, comenzó a filmar a las dos hermanas chinas que estaban al frente del supermercado, a José, el verdulero, con quien pasaba tardes enteras charlando de bueyes perdidos, a Darío, el carnicero, un muchacho paraguayo que entre pedido y pedido cebaba mate y escuchaba una radio en la que el castellano se mezclaba con el guaraní y, en general, a aquellos clientes y clientas que, al ver la cámara, se acercaban para enterarse a qué se debía su presencia, felicitarla por la iniciativa y decir alguna frase, reflexión, saludo o declaración de amor.

68

Ankara filmó hasta que se le acabaron los cassettes que había comprado para el proyecto, tras lo cual, explicándoles a los interesados que en ese momento daba comienzo el proceso de posproducción y que les avisaría cuando tuviera “la película” lista, abandonó la sillita que le habían destinado y volvió a su casa. La embargaba una sensación de aburrimiento profundo, como si nada de lo que había filmado tuviera interés, como si las horas pasadas en el supermercado no hubieran dado fruto alguno. Cayó en un pozo de inactividad durante algunos días, hasta que una mañana se decidió y llamó a su profesor de taller por teléfono. Luego de los saludos de rigor, le preguntó si existía un antídoto para el sentimiento de inutilidad que la perseguía desde que comprendiera que había tirado a la basura el tiempo invertido en lo de *El supermercadito* por culpa de su manía de entusiasmarse sola, sin fijarse si la realidad coincidía o no con sus deseos. Con la tranquilidad que regalan los años, su profesor la escuchó sin interrumpirla hasta que, viendo que si no tomaba la iniciativa Ankara no se callaría sola, la interrumpió, escuchame, ESCUCHAME, ANKARA, escuchame, mirá, me parece que lo mejor es, y la convenció de que organizara lo que había filmado a la Paul Auster, pensó en *Smoke* o en *Humos del vecino*, de manera de contar pequeñas historias cotidianas. Ankara consideró que su profesor era sencillamente brillante y acometió la reorganización del

material con brío. Al poco tiempo, sin embargo, descubrió que la cotidianidad del supermercado, que era en gran parte la suya propia, no le llamaba para nada la atención y, sin más trámite, abandonó *El supermercadito* para siempre. En su lugar, empezó otro proyecto que le parecía el colmo de lo interesante: *Las groupies porteñas y el submundo de los club de fans* (título provisorio).

La idea era buena (así le dijo su profesor de taller). Consistía en frecuentar a las chicas que se reunían los sábados por la mañana en la calle Florida a intercambiar fotos autografiadas, artículos, posters, etcétera, acompañarlas en las vigilias a la puerta de los diferentes hoteles cinco estrellas de la capital cuando a Ricky Martín, los Backstreet Boys o Enrique Iglesias se les ocurría pasar por Buenos Aires y, en fin, dar cuenta de un universo que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe. El objetivo era conocer a las chicas que se movían en esos círculos, sus sueños, aspiraciones, sus razones y problemas, complejos, conocerlas a ellas y entender qué les ofrecía el ejercicio de un fetichismo humano único.

A pesar de que Ankara puso manos a la obra en seguida, pasó un año sin que lograra mayores resultados, sobre todo porque el fin de la secundaria, el viaje de egresados, la así llamada “Vuelta olímpica”, las fiestas de fin de curso y el stress de decidir qué hacer a continuación le quitaron más tiempo del que había supuesto en sus veraniegas proyecciones iniciales. La novedad del ambiente universitario, su gente y costumbres extraordinariamente interesantes, por otra parte, fueron acorralando el proyecto cada vez más, hasta que lo convirtieron en algo del pasado. A cambio de su atención toda, el coral universitario –animal viviente a pesar de su aparente quietud– le permitió a Ankara participar de sus luchas (por la no reducción del presupuesto nacional destinado a la educación pública y gratuita), la llenó de fe en sí misma y en sus capacidades para entender el mundo de manera unívoca, la munió de una vocación por la crítica

(siempre que fuera constructiva) y, en fin, la proveyó de un lugar en el mundo.

La mañana de la bicicleta, aunque había pasado un año entero tomando diferentes clases en Puán 480, sede de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Ankara había decidido que se dedicaría a lo que hasta ese momento no había sido más que su violín de Ingres: el cine. Esta perspectiva la llenaba de felicidad, sobre todo porque en el transcurso del año que acababa de llegar a su fin muchas veces había presentado que no resistiría ocho cuatrimestres más de ese desorden enervante y estimulante y atrayente y odioso al mismo tiempo, que la envolvía cada vez que se acercaba a la esquina de Puán y José Bonifacio. Mientras avanzaba montada en la bicicleta hacia Boedo, Ankara sintió que había hecho lo correcto al seguir el consejo de su profesor de video y matricularse en una universidad privada, mucho más chica y por lo tanto mejor organizada que la UBA, más manejable para alguien que, como ella, esperaba obtener del estudio la clave de su vida.

70

Las clases comenzarían ni bien las vacaciones llegaran a su fin y esa mañana de verano Ankara se preguntaba, además de adónde la llevaría el azar objetivo, qué tipo de días le depararía el comienzo de abril. Como en los tiempos del taller de video, sentía unas ganas extraordinarias de hacer cosas, pero no sabía bien qué. La ansiedad que le provocaba el hecho de comenzar a estudiar cine “en serio”, como se dijo al agarrar por Maza, le impedía siquiera pensar en reeditar la experiencia de sus “documentalitos”, cuyo único mérito, consideraba ahora, consistía en atestiguar una búsqueda honesta, tal vez, pero impresentable por lo amateur. Más bien, se debatía entre unas ganas mortales de verse en el centro de la escena cultural porteña y un hondo sentimiento de imposibilidad provocado por lo que era, según sus propias palabras, “una carencia del capital simbólico imprescindible para elaborar una línea de fuga en el plano del arte”.

El placer de usar palabras exóticas para expresar algo que no era, en el fondo, más que un deseo de fama y fortuna viejo como el mundo había tomado por asalto a Ankara durante su período de alumna del CBC. La llenaba de orgullo sentir que estaba expandiendo su vocabulario y se arrobaba pensando que, pronto, estaría lista para enfrentarse a libros como *El capital* o *La interpretación de los sueños* sin necesidad de aclaraciones, notas o estudios preliminares. “Es como un segundo aprendizaje que ya no va a terminar más, va a seguir ad eternum hasta que lo sepa todo o se me acabe el tiempo sobre este bendito planeta”, pensó Ankara cuando, por esquivar a una anciana que circulaba tirando de un changuito derrengado, casi atropella a un nene enfundado en una camiseta de San Lorenzo por lo menos tres talles demasiado grande. Presa de los nervios (ya veía el titular de Crónica TV en enormes letras blancas sobre fondo rojo: CICLISTA INEXPERTA MATA A NIÑO EN EDAD ESCOLAR), se las arregló para esquivar al nene también, pero la complejidad de la maniobra fue tal que perdió el equilibrio y fue a estrolarse contra un puesto de flores que exhibía sus productos en macetas de diferentes colores, todas con un sinnúmero de estrías marrones, senderos diseñados por el agua para el suicidio del salto final. Por suerte para Ankara, en el momento del siniestro el encargado del puestito no se encontraba en su lugar de trabajo, sino unos veinte metros más allá. Conversaba con una verdulera callejera, de modo que no se apercebó ni del impacto ni del abollón resultante, especie de chichón monumental en la parte inferior de su cubículo de chapa verde.

La caída de esa mañana le confirmó a Ankara que había elegido bien. No en vano el accidente se había producido frente al supermercado Coto, como si una fuerza invisible la hubiera bajado de la bicicleta en el lugar exacto en el que durante su niñez, antes de que la obscenidad capitalista y el afán de lucro desenfrenado se apoderaran del barrio, el pequeño cine Alegría

ofrecía entretenimiento a chicos y grandes a cambio de algunos miles de australes. El azar objetivo funcionaba: esa caída no había tenido nada que ver con la casualidad y en cambio todo con la exteriorización subitánea de lo más profundo de su esencia personal.

72 El comienzo de las clases no hizo más que confirmarle esa certeza. Antes que las materias, antes que los profesores, antes que la temática o el método de trabajo, lo que la fascinó de la FUC fue el ambiente, esa simpatía desinhibida que parecía propia de todos los aspirantes a gente de cine, esa democracia en el trato que hacía posible que cualquiera fuera íntimo amigo de cualquiera. Ankara vio eso y supo que ése era el lugar donde debía estar. Como una pequeña luna morocha, pronto se descubrió orbitando alrededor de la facultad, pendiente de todo lo que sucedía, por nimio que fuera, en las dos cuadras del pasaje Giufra. Descubrió así que la gente más interesante de ese mundo aparecía cuando caía el sol, vampiros del café y de la atención de los recién ingresantes. Ankara iba a clase por la mañana, pero eso no impedía que entre el estudio, las conversaciones ocasionales y la verdadera pasión que desarrolló por el mate, la noche la encontrara todavía en Giufra, sentada en el cordón, dando vueltas por alguna de las sedes (había dos en cosa de veinte metros, una de una vereda y la otra de la contraria) o conversando con alguien con el mismo interés fuera conocido o desconocido, a ella le daba igual. Semejante inmersión en el mundillo de la FUC, drástica como pocas cosas en la vida de Ankara, dejó cantidad de huellas en su forma de ser, de las cuales su madre deploró sobre todo su adicción al cigarrillo porque desconocía las demás.

Desde las bondades intoxicantes de la marihuana a las de la amistad, Ankara lo aprendió todo en sus años universitarios. Fue un período de descubrimientos, en todo sentido y en todos los planos. Una tarde en que se encontraba en la cafetería, más observando el movimiento humano que se

desplegaba a su alrededor que leyendo lo que tenía sobre la mesa, llegó a la conclusión, por ejemplo, de que el desarrollo anatómico de su cuerpo la avergonzaba. Le chocaba el entusiasmo con que sus pechos se habían lanzado a la conquista del espacio, desafiando tanto su gusto por las mujeres sin formas como las leyes de la gravedad, al tiempo que la afligía la comprobación de que, con esfuerzo, mucha panza adentro y aguante de la respiración no superaba el metro sesenta. Además, su culo, secundado por la obstinada obediencia de sus muslos, había rechazado de plano la falta de formas del bajo fondo de una Charlotte Rampling, por ejemplo, y esto la afligía sobremanera. Existía tanta distancia entre su ideal de mujer y la fisicalidad que su madre le había dado en herencia, que casi sin darse cuenta comenzó a repudiar el protagonismo que significaba participar en clase, discutir a los gritos en el café o intentar llamar la atención de cualquier otra manera. Se parapetó, en cambio, en la anónima comodidad que la hosquedad, rebozante de mito y tradición, estaba dispuesta a prodigarle: una alumna excelente, pero callada, muy lectora y muy circunspecta también, muy buenas ideas, pero pocas ganas de llevarlas a la práctica. En la universidad, Ankara se volvió tímida.

Fue en las barriadas de los que llamaban la atención sólo de vez en cuando y siempre debido a su capacidad de rebote neuronal, que conoció a Romeo. Ella se había instalado ahí desde hacía tiempo, al contrario de él, que tenía un alquiler temporario mantenido con un esfuerzo sobrenatural de autocontrol. Se hicieron amigos enseguida, entre otras cosas porque coincidían en que sus nombres se merecían el uno al otro. “Somos hijos de madres fermentadas en el romanticismo baratieri de las traducciones Cátedra, las guías de viajes y *El estado del mundo*, qué vachaché”, le dijo Romeo cuando se conocieron y Ankara supo que con ese muchacho compartía mucho más que la enfermedad del cine.

Si no de uno amoroso, sí se trató de un flechazo amistoso. Fue una amistad a primera vista, sin medias tintas, absoluta desde el día en que se conocieron. Ankara varias veces se había fijado de lejos en ese muchacho que circulaba por la facultad con una remera de Superman tan gastada que la “S”, alguna vez espléndida y sólida en mitad del pecho, se había convertido en una especie de fresco mal cuidado, suma de pedacitos requebrajados, desteñidos por el sol, y unos vaqueros azules que acusaban años de uso, con un agujero en la pierna derecha, justo donde terminaba la tela del bolsillo. Lo que más la atraía de quien sus compañeros consideraban un hacedor de porros inigualable era una especie de tristeza en la mirada, suerte de desesperanza, certidumbre de que no había nada que hacer: a mí la vida me la sirve la soledad. Romeo llamaba la atención de Ankara, además, porque a pesar de que su simpatía por los paraísos artificiales y el alcohol era vox populi, de todas formas se las arreglaba para disputarle a ella, que nunca se abandonaba al placer de la intoxicación ilegal en horas de trabajo, la vanguardia de la masa estudiantil en materia de promedio. Eso la maravillaba y enojaba por partes iguales, como si lo que a ella le suponía un trabajo de locos, a él le saliera de manera natural, así nomás.

La presentación formal se dio un día de primavera en que Ankara se sentía incomprendida por el mundo. Esa mañana un conocido con conexiones en la Fundación Antorchas le había hecho la gauchada de llamarla por teléfono para informarle que su guión, escrito con el esfuerzo de tres semanas de un encierro a cal y canto, no había quedado entre los que se disputaban una estadía todo pago en el Banff Centre for the Arts, Canadá. La desilusión de Ankara fue inmensa. No se trataba sólo de que esto es así, si no tenés cuña no vale la pena ni tomarse el trabajo, ¿entendés, negrita? Además, empezaba a comprender que, a diferencia de lo que le había pasado en sus años de estudiante secundaria, para hacerse notar en medio de

la vistosa animalia universitaria no bastaban ni su disposición para el estudio, ni su promedio ni su catarata de ideas originalmente simpáticas. Ella, que siempre había sido una alumna sobresaliente, que había izado la bandera en innumerables ocasiones, que había llenado varios microcines con *Enemigo al acecho*, sentía ahora que todo le costaba una barbaridad. Que, de alguna manera, se había vuelto común y corriente, una más entre un montón pataleante, mírenme, acá estoy, soy un genio. Y además sentía que había tirado tres semanas de su vida a la basura.

Sin ganas de pasar el resto de la mañana en la soledad húmeda de su casa (casa propia, independiente, yo me mantengo con el sudor de mi frente), consciente de que tenía que concurrir a clases, caminó hasta San Juan y Entre Ríos, observó la cola de viejecitos que esperaban frente a la puerta del Banco Nación y, tras algunos segundos de trote desganado, alcanzó a subirse al 126 que estaba a metros de la esquina, desesperado por lanzarse hacia el Bajo antes de que el semáforo se pusiera en rojo. Se bajó en Perú y Estados Unidos mirando a su alrededor como si nunca antes hubiera estado ahí. La gente, las casas que se caían a pedazos, las remodeladas, el empedrado desigual de las calles, los pozos, la suciedad, sentía todo cerca y lejos a la vez. Lo aceptaba por costumbre, pero en el fondo le resultaba indiferente. Despacio, sintiéndose una media sucia tirada en un rincón oscuro, como si el tiempo, macabro, se obstinara en abundar debajo de la suela de sus botas, caminó hacia la facultad. Entró junto con su ayudante de Guión II, buenos días, subió hasta el primer piso, avanzó por el enrejado metálico hasta el aula correspondiente, entró y tomó asiento lo más lejos posible del pizarrón, es decir, junto a la puerta. Quince minutos tardó su desolación en convencerla de que para reponerse del golpe lo indicado era regalarse con un desayuno como la gente. Tratando de hacer el menor ruido posible, tomó cinco pesos

de su billetera, se los metió en el bolsillo del saco junto con un paquete de Camel apenas empezado, dejó todo lo demás sobre el banco, y enfiló hacia el bar.

Frente a un café con leche, tres medialunas de grasa y los Camel, repasó la brevedad fatal de la conversación telefónica de esa mañana mientras, una tras otra, ensopaba las facturas con tranquilidad mecánica para entregarlas a la oscuridad inapelable de su paladar. Se preguntaba cuál habría sido la causa del fracaso, tal vez la temática, insuficientemente contestataria, hoy en día escribir una historia de amor heterosexual es poco menos que pasar por idiota, cuando de pronto vio a la S demacrada avanzar esquivando sillas y mesas. Ankara la miró de reojo, se terminó el café con leche y, al tiempo que evaluaba la posibilidad de pedirse otro, sintió deseos de fumarse un cigarrillo. Pensó en las pocas ganas que tenía de concurrir a clases y en la frustración que le provocaba la nada en la que habían desembocado sus tres semanas de trabajo a destajo. Pensó en la nieve entrevista en sueños, en el viaje en avión y en su idea de un pueblito canadiense, momento en que llegó la S a su mesa y le pidió un pucho. Ankara, mirada de pescado en la pescadería, el mundo está contra mí, tomó uno para sí y le dio uno a él, al tiempo que le advertía que se había olvidado el encendedor en el bolso. Romeo, non ti preoccupare, por favor, faltaba más, le chifló al mozo para que les hiciera el favor, tras lo cual, en lugar de retirarse, que era lo que Ankara esperaba que hiciese, Vos estás cursando Arte Contemporáneo con Sánchez, ¿no?, tomó asiento frente a ella y quiso saber por qué andaba con esa cara, ánimo, che, juventud, divino tesoro, Terpsícore te ama.

La buena disposición y afabilidad de Me llamo Romeo, ¿y vos?, su sonrisa contagiosa, no tardaron en ahuyentar la agonía anímica en cuyos brazos Ankara tenía pensado lanzarse con energía furibunda. Charlaron un rato de generalidades y luego, sin más preámbulo que un “Estoy con una bronca”, Ankara se

lanzó a contarle su fracaso como aspirante a becas, porqué lo del guión la había dejado mal, que tenía la impresión de no estar a la altura de los demás, que el ingreso a la adultez le estaba resultando difícil, para no hablar de los constantes problemas de laburo, imposible adivinar si el mes que viene como o tengo que salir a pedir, que por primera vez se preguntaba si tenía algún talento o si se habría equivocado al elegir. Romeo la escuchó en silencio. Cada tanto, cuando la ceniza del cigarrillo que chupaba con delectación y ojitos entornados llegaba al filtro, pedía permiso y tomaba uno nuevo, que encendía con el que se le moría entre los dedos. De vez en cuando hacía alguna pregunta como para precisar o entender mejor, pregunta que en general transportaba a Ankara a algún episodio de su infancia o adolescencia, a algún conflicto no resuelto o sueño postergado. Los cigarrillos se habían terminado hacía un rato cuando Romeo, entre bromas e intimaciones a que no se dejara convencer por la solución fácil del desinflé depresivo, esto recién empieza, che, un poco más de nervio, caramba, quiso saber la hora. Era casi la una. Ankara, de mucho mejor talante que unas horas antes y con un poco de hambre, estaba por proponerle una caminata para aprovechar el cielo azul y la brisa templada, un par de panchos o alguna otra cosa rápida y barata, pero no tuvo tiempo. Como si acabara de recordar algo, antes de que ella pudiera reaccionar, Romeo ya había dejado su lugar y le estaba dando un beso en la mejilla. Perdón, me tengo que ir. Cita previa. De todos modos, lo pasé muy bien charlando con vos. No sé, si te parece, podríamos encontrarnos uno de estos días y hacer algo. Ir al cine o a tomar algo. Ankara, sí, por supuesto, sería un placer, lo miraba retroceder con desasosiego creciente, ¿y ahora qué hago?, ¿vuelvo a casa?, ¿me voy al cine?

Fue una suerte que, menos de sesenta minutos después, Romeo se encontrara de nuevo frente a ella. Ahora era él quien contaba acerca de sí. Su pasado tomó asiento junto a ellos dispuesto a contestar preguntas y despejar inquietudes,

contento de resultar de interés y halagado por la admiración que adivinaba en la cara de Ankara. Para ella, esas horas fueron puro placer. Miraba a Romeo embelesada, por primera vez coincidía con alguien en gustos, áreas de interés, visión de mundo. Sin darse cuenta, sin que le importara, ese día perdió todas las clases a las que hubiera debido asistir. Con litros de café y decenas de cigarrillos de por medio, festejó junto a Romeo el gozo de sentir, por primera vez, que todo era como debía ser. Fueron horas de una conversación entusiasmada que, al irse, dejaron una Ankara pletórica, llena de energía y de ganas de seguir charlando hasta no dar más. Pronto, la certeza de lo irreplicable la convenció de que si dejaba ir esa oportunidad no iba a tener otra así, de modo que, llegada la noche, invitó a Romeo a seguir la velada en su casa, ciento cincuenta metros cuadrados de puro PH conventillero donde también, si quería, podía pasar la noche: en la pieza de su hermana había una cama de más y, si no, también estaba el sillón-cama en el comedor. Romeo le agradeció la propuesta, pero prefirió pasar porque, según le dijo, “no quiero abusar”. De todas maneras, la acompañó caminando hasta su casa. Con la tranquilidad de quien encuentra algunas horas de vacación en pleno día de trabajo, charlando todavía un poco más y disfrutando del olor a río que una brisa mitad tibia mitad húmeda dejaba en las calles al recorrer la ciudad con su anuncio de lluvia primaveral para más tarde, deambularon por el centro, Corrientes, Callao, el Congreso, Entre Ríos. Se despidieron en la puerta del PH. Romeo le agradeció por lo bien que lo había pasado, le escribió su teléfono en la palma de la mano y se anotó el de ella en la suya. Quedaron en verse al día siguiente en la facultad. Ankara llevaría el guión que había presentado a la Fundación Antorchas para que Romeo lo leyera y le dijera qué le parecía. Durante un momento se miraron en silencio como si no hubieran sabido qué agregar, qué se suponía que tenían que hacer a continuación. Ankara sentía que estaban forzando una

separación innecesaria, ¿seguro no querés entrar?, ¿tenés ganas de un matecito?, hasta que Romeo, sonrisa de quiero pero no debo, no puedo, declinó la invitación, se reaseguró de que al día siguiente se verían en la facultad, le dio un beso en la mejilla, la abrazó, y luego, agitando la mano derecha en el aire, se alejó en dirección a la boca de subte más cercana. Ankara lo miró hasta que se lo tragó la oscuridad de la noche, sólo interrumpida por las luces de la estación de servicio ubicada en la esquina contraria, tras lo cual metió la llave en la cerradura de la puerta, abrió, caminó los diez pasos que la separaban de la puerta de su casa y hogar dulce hogar.

A pesar de que la idea de una independencia económico-habitacional se manifestó temprano en Ankara, años de estrategia y averiguaciones fueron necesarios para volverla realidad. La primera tentativa sería de mudanza tuvo lugar cuando su mejor amiga, Silvana, una ex compañera del Colegio, cansada de la incongruencia que entrañaba vivir en casa de sus padres y ser firme partidaria de las relaciones pasajeras, le propuso compartir departamento. Entusiasmada, Ankara se sumergió en el mundo de los alquileres y las idiosincrasias barriales, al tiempo que en su mano un Faber-Castell rojo se deformaba cada vez más a causa de las pequeñas mordidas ansiosas de joven mujer en busca de su destino.

Sacándole algunas horas al estudio de sus comienzos universitarios, Ankara se las arregló para visitar dos docenas de departamentos, dos habitaciones como mínimo, a veces tres, ubicados por lo general en la zona sur de la ciudad, a la sombra de los barrios amados y de los alquileres sin aspiraciones. En los meses que duró la búsqueda, nunca logró convencer a Silvana de que el que estaban visitando era el indicado, de que entre las dos llegaban a cuatrocientos pesos mensuales sin demasiadas complicaciones. El verano anterior, Ankara había

trabajado como segunda asistente de dirección en una película de Fernando Musa, *Fuga de cerebros*, y confiaba en que en el futuro la experiencia se repetiría. Entre eso y las clases particulares que daba (inglés y apoyo para los cursos de ingreso al Colegio Nacional de Buenos Aires y al Carlos Pellegrini), últimamente también se le había ocurrido que podía escribir críticas de cine para algún diario o revista, estaba convencida de que la independencia era posible. Su amiga, sin embargo, nunca lo vio tan claro. Para empezar, los lugares que a Ankara le parecían perfectos, a ella le resultaban “un poco alejados”, o sea: “deprimientes, ubicados en barrios feos, sucios, pobretones, a varios kilómetros de todo lo lindo e interesante que ofrece la ciudad”. Habiendo vivido toda su vida en Recoleta, hija de padres nacidos en Recoleta, amiga de amigos en su mayoría recoletos, no entendía porqué Ankara se obstinaba en buscar departamento por “ese” lado de la ciudad, cuando en la zona norte había tanto para elegir.

80

La nada acogió con los brazos abiertos la primera tentativa de independencia edilicia de Ankara que, al final, lo único que consiguió fue pelearse a muerte con Silvana, a quien llamó —entre otras cosas— “concheta inaguantable”, “extraviada” y “directamente pelotuda”. Esto, sin embargo, no impidió que meses después, cuando el azar puso a su alcance un PH baratísimo en San Cristóbal, cerca de San Juan y Entre Ríos (trescientos cincuenta pesos de alquiler por mes, más luz, agua, gas y teléfono), la llamara para proponerle que hicieran las paces y se mudaran juntas, reanudando una relación “que alguna vez fue bárbara, che, no lo podés negar”. Silvana le sugirió que se metiera el PH en el orto y a continuación le informó que su padre le había comprado un departamento en el quinto piso de un edificio en el corazón del barrio de Belgrano, lo más lejos posible de la marginalidad sospechosa que Ankara consideraba normal, de manera que, como veía, la cuestión no podía haberse solucionado mejor.

La falta de entusiasmo de Silvana por lo que Ankara consideraba una oportunidad única no la sorprendió, ésta siempre fue una horchata, se dijo al tiempo que colgaba el tubo del teléfono, y además ahora, claro, qué cerda, ya no necesita. Mordisqueándose las uñas, salió al balcón y se sentó sobre el alféizar de la ventana de su pieza a mirar la autopista 25 de Mayo. Sentía que si dejaba escapar esa oportunidad no iba a haber otra, pero al mismo tiempo dudaba, no sabía si el entusiasmo le alcanzaba para llenar ciento cincuenta metros cuadrados de esa media luz típica de los PH. No se trataba sólo de que iba a tener que producir la plata del alquiler todos los meses pasara lo que pasara (la cuota de la universidad y la prepa que iban a seguir pagando sus padres), además Ankara se preguntaba si no moriría de languidez y aburrimiento viviendo sola, en una casa tan grande.

La dueña del PH se llamaba Beatriz Lienhard-Fernández. Ankara la había conocido en la cafetería de la universidad. Se cayeron bien en seguida, siendo como eran dos ansias de triunfo en ciernes. Beatriz había heredado ese PH hacía un tiempo y visto que no tenía qué hacer con él quería alquilarlo como atelier, vivienda o depósito para asegurarse la cuota de la universidad y sacarse una preocupación de la cabeza. El alquiler era ridículamente bajo porque, cualquiera hubiera sido el esplendor del pasado, de momento la casa se encontraba en un estado desastrosamente desastrado. Por esta razón, Beatriz, haciendo gala de una honradez poco habitual, le aconsejó a Ankara que en su caso particular, te lo digo de onda, lo que le convenía era buscarse un lindo monoambiente por Boedo o Caballito, Flores incluso, porque esa casa es un dolor de cabeza, ya está vieja, ¿viste? La advertencia, desinteresada y servicial, no sofrenó el acelere de Ankara que, todavía más empacada que cuando Silvana le había escupido el asado por teléfono, se puso una fecha límite para la mudanza. Habló con el dueño del bar de la facultad, con quien tenía una relación de cuasi-amistad y,

luego de una ardua negociación, logró que le comprara todas sus mañanas (excepto la del domingo) por ochocientos pesos mensuales. Ocho horas de trabajo, de siete a quince, absolutamente imposible ser impuntual. Si en treinta días no encontraba una solución mejor, comenzaría a trabajar de moza para financiarse la libertad.

Antes de que el mes de plazo se esfumara, sin embargo, otra opción se dibujó en el horizonte. Para completa satisfacción de Ankara, que detestaba la idea de verse obligada a sacrificar sus mañanas —en general dedicadas al estudio— en nombre del cambio, una día sin querer dio con la solución ideal. Se encontraba bajo la ducha, cantando los grandes éxitos de Shakira con todo el sentimiento que su voz y las ráfagas de agua espumada le permitían, cuando de pronto su hermana menor le preguntó si le faltaba mucho. Tres años menor que Ankara, Julia acababa de comenzar la universidad en calidad de —al igual que ella— mantenida, visto que para sus padres lo primero era el estudio. Aprovechen ahora, que después tener una hora al día para leer se vuelve un lujo asiático, las instaba su madre, para quien la obstinación independentista de su hija mayor no dejaba de resultarle ridícula. Lejos de hacerle caso, esa mañana Ankara vio las cosas con una claridad meridiana: si convencía a su hermana de que se fuera con ella, con lo que ganaba dando clases particulares y trabajando en cine podía hacerse cargo de una mitad del alquiler y de las cuentas. La otra mitad quedaría a cargo de Julia, para que la pagara como mejor le pareciera. Podía, por ejemplo, invertir una parte de su mensualidad, nada más fácil, ¿qué opinás?

A su hermana la idea le pareció exótica. A diferencia de Ankara, pequeño Vesubio en erupción constante, Julia era una persona tranquila, para nada precoz, de manera que la posibilidad de una vivienda propia antes de los veinte no le resultó “medio idiota”, como a su madre, sino más bien inesperada. Además de tarda —y esto Ankara lo sabía—, su

hermana era de una falta de pragmatismo notable. Adicta desde su adolescencia más temprana a la lectura de los clásicos de la literatura universal, poco a poco se había ido convirtiendo en un ser apacible y solitario que atravesaba la vida con la cabeza constantemente en las nubes, pensando en quién sabe qué cosas. Ankara contaba con ese despiste natural para conseguir una respuesta afirmativa y así fue, en efecto. Entre bostezos, Julia le dijo que bueno de una manera tan sin esfuerzo que a Ankara le agarró un poco de cargo de conciencia, sentimiento obliterado, segundos más tarde, por la formidable descarga de adrenalina que comportaba la felicidad de haberse salido con la suya.

La mudanza tuvo lugar dos semanas más tarde. Sin contrato de por medio, el papeleo se redujo a un acuerdo de palabra. Ankara pagó los trescientos cincuenta pesos del primer mes y Beatriz le entregó un juego de llaves y le indicó dónde podía sacar copias. Luego, tras presentarle a Titina, que desde hacía veinticinco años vivía en la casa de al lado, a quien podía acudir en caso de emergencia, se despidió deseándole suerte. Fue entonces, momentos después de que Beatriz hubiera atravesado la puerta de calle para perderse en la luminosidad del mundo exterior, cuando Ankara comprendió que el atolondramiento propio de la batalla le había impedido notar que la casa que acababa de alquilar no tenía ni lavarropas ni teléfono ni alacenas ni botiquín ni mueble de la cocina ni, en general, mueble alguno. Consistía, más bien, en cuatro habitaciones distribuidas en dos plantas, un patio común, una pequeña cocina en forma de chorizo y un baño minúsculo en el que no entraban dos personas paradas, a no ser que una se metiera en el cuadrado de la ducha. El estado de todo era de una dejadez deprimente. La pintura colgaba de las paredes como cartón viejo, desnudando lo que se suponía que tenía que cubrir (el color verde marronáceo del cemento), al tiempo que pisos, techos y paredes sobrevivían a duras penas debajo

de una capa de suciedad capaz de shockear al más optimistamente emprendedor.

Lo primero que tenemos que hacer es limpiar, dijo Ankara como si no hubiera sido evidente. Las manos en la cintura, el pelo recogido en un rodete, miró a Julia, que descansaba en silencio reclinada contra la pared, miró la hora y miró el desorden del patio, en el que se encontraba todo lo que con un flete y la gentil ayuda de sus hermanos habían transportado a su nuevo hogar. En el caso de Julia, su biblioteca, su escritorio, su silla y un par de cajas con ropa. En el de ella, ropa, libros y revistas de cine, los cacharros indispensables para poner en funcionamiento la cocina, afeites varios para el baño, una radio, CDs y cassettes, una lámpara para usar a la noche antes de irse a dormir, dos osos de peluche que le habían regalado hacía tanto tiempo que ya no recordaba quién se los había dado ni porqué, dos sillones que sus padres querían sacarse de encima hacía años, una silla y un par de bolsas de “varios”, que ni ella sabía qué contenían. Además, en las que iban a ser sus habitaciones descansaban dos camas de dos plazas para armar con sus respectivos colchones, obsequio de sus padres, y un sillón cama marrón ajado por la edad que un amigo de Ankara le había cedido por un período indefinido.

84

Entre todo lo que se hacinaba a su alrededor, Ankara no vio ni un sólo artículo de limpieza. Decidió, por lo tanto, darse una vuelta por el Disco ubicado en las inmediaciones de Entre Ríos y Belgrano para adquirir lo más urgente y necesario. Se dejó llevar por el entusiasmo, sin embargo, y en la caja número ocho, con escoba, secador y trapos de piso, balde, trapos rejilla, Ballerinas, Cif para el baño y la cocina, lavandina, detergente, esponjas, virulanas, fósforos, Mr. Músculo, jabones, cepillo para el inodoro, plumero, papel higiénico, Raid y una palangana, no pudo más que asistir a la agonía y muerte de la última mensualidad que sus padres le pasarían para que estudiara sin preocupaciones. En el camino de vuelta, luego de algunas

cuentas mentales y sin que por eso la euforia que sentía se resintiera, se vio obligada a pedirle a Julia que se hiciera cargo de los gastos alimentarios de ambas hasta que terminara el mes. Además, necesitaba que le prestara unos pesos para tirar hasta el miércoles siguiente, día en que le tocaba ir a casa de Sandra, su alumna con aspiraciones de ingreso al Colegio Nacional de Buenos Aires en donde, luego de dos horas de repetición bovina de las reglas de acentuación, treinta pesos se materializarían en su billetera. Mientras haya para mí, va a haber para vos, fue la respuesta de Julia que, pasando de inmediato del dicho al hecho, hizo escala en el minimercado de la estación de servicio que quedaba a una cuadra de su recién estrenada residencia y compró dos gaseosas de litro y medio, un par de alfajores, una bolsa de galletas dulces Terrabusi y un paquete de galletas de soja para tener combustible durante la limpieza.

En la casa encontraron todo como lo habían dejado, a lo mejor un poco más sucio, como más lleno de polvo, ¿no?, observó Julia desapasionadamente al tiempo que abría la bolsa de Terrabusi. De pie entre las cosas que se amontonaban en el patio, las hermanas tomaron un tenteempié que sólo perdonó el paquete de galletas de soja, tras lo cual, despreocupadas del ritmo que el sol imponía en el mundo exterior, barrieron, baldearon, trapearon, refregaron y volvieron a barrer durante horas. Llevaron las cajas con libros al primer piso, subieron también el escritorio y las sillas, inaugurando así una sala de estudio o biblioteca, pusieron los cachivaches para cocinar en la cocina y dejaron las cajas con ropa en sus respectivas habitaciones. En la pieza que lindaba con la que sería de Ankara metieron el sillón-cama marrón y los dos que sus padres habían festejado perder de vista. Ubicándolos alrededor de una cajonera de madera que, acostada y con un mantel cubriendo su falta de cajones pasó a oficiar de mesa enana, consideraron que el comedor estaba en condiciones de entrar en funciones.

A eso de las diez y media de la noche, y para dar por terminada la mudanza, sólo faltaba quitar la tonelada de mugre que apolillaba sobre las baldosas del patio y armar las camas, dado que Julia ya se había ocupado de montar la biblioteca en la más amplia de las dos habitaciones del primer piso. Como el cansancio hacía rato se manifestaba en dolores de espalda y de piernas, Ankara decidió dejar la limpieza del piso y el armado de las camas para después, y le propuso a Julia que se dieran una ducha rápida y se fueran hasta el San Cristóbal a comer algo, recuperar fuerzas y luego seguir.

86

Así lo hicieron. Disfrutando de la sensación que les producía sentirse limpias luego de más de diez horas de trabajo corrido, se fueron caminando despacio por Entre Ríos y hablando de lo cansador que resultaba mudarse, del tiempo que les llevaría acostumbrarse al nuevo barrio, del contratiempo de no tener lavarropas y de cómo serían los vecinos. Tomaron asiento en una mesa junto al ventanal que daba a la calle y, tras un cabildeo de algunos segundos, se decidieron por una fugazzeta rellena y dos porciones de fainá para cada una. A pesar del hambre, comieron con lentitud porque les daba pereza volver al trabajo. De postre pidieron flan con dulce de leche y, ya sobre el comienzo de un nuevo día, brindaron por la nueva etapa, que sea feliz y fructífera, que sea lo que esperamos y mucho más.

Una hora y media después, muertas de sueño y agobiadas por dolores de articulaciones y músculos, ambas bregaban sobre la cubierta embravecida de un galeón atosigado por una tormenta eléctrica, preguntándose cómo no se les había ocurrido armar antes esas camas de mierda, ahora estamos fritas, es hacerlo o hacerlo porque si no dónde dormimos. El problema básico, sin embargo, no eran las camas en sí, sino el folleto adjunto, a todas luces indescifrable. ¡Si lo hubieran dejado en chino entendía más, che!, rezongaba Ankara rascándose el cuero cabelludo con un destornillador. Julia

miraba con cara de Buscadora de Oro, pero no llegaba a ningún lado. Entre las dos, ni siquiera lograban ponerse de acuerdo sobre cuál de los diferentes niveles representados en el diagrama 3D, con líneas punteadas, flechas y superficies que se querían transparentes, era el de la cama. Al final, luego de conciliábulos infructuosos, rascamientos neuróticos de ronchas inexistentes, tiramientos hacia abajo de cachetes y puntapiés ofuscados a las diferentes partes de las camas, Ankara se dio por vencida. Le pidió ayuda a Julia para correr “todas estas porquerías” hacia un costado y, una vez que el centro de su habitación estuvo despejado, instaló el colchón, lo cubrió rápidamente con dos sábanas tomadas al azar de entre sus cajas y, sin más trámite, se puso a roncar. Julia subió al primer piso e hizo lo mismo.

El problema lo solucionó, al día siguiente, su hermano. Pleno de conocimiento técnico-matemático se apersonó en el nuevo domicilio, miró un momento el planito que tanta amargura había causado la noche anterior. Al cabo de un minuto, destornillador en mano, martillo colgando del cinturón, una catarata de indicaciones y directivas emanó de su boca, engendrando en la pieza una actividad febril. Una hora más tarde, las camas dominaban, desde sus cincuenta centímetros de altura, el espacio de sus respectivas habitaciones, confiriéndoles una indudable identidad de “cuartos”.

Si a Ankara la independencia le dio, desde el principio, todo lo que había deseado y más, para Julia, en cambio, el PH pronto se convirtió en lugar non grato. Ignorante de las labores domésticas más básicas (¿cómo se lava la ropa a mano?, ¿cuál es la diferencia entre la entraña y el lomo?, ¿por qué corno la heladera no enfría?, ¿cómo se enciende el calefón?), acostumbrada a compartir una pieza de tres metros por dos con dos personas más, se sentía perdida en esa casa que juntaba polvo como los nenes coleccionan figuritas. Con tanto espacio

a disposición, tanta pared pelada, incluso cuando estaba con Ankara se sentía sola. No estaba cómoda ni siquiera cuando estudiaba, no lograba abstraerse. Más allá del papel, más allá de la voz que le contaba sobre los hermanos Schlegel, Novalis y *Enrique de Offerdingen*, quedaba siempre ese espacio vacío, esa fealdad árida del cemento, la oscuridad de ese hueco frío que se la había tragado.

88 Casi sin darse cuenta, Julia comenzó a pasar sus días afuera. Se quedaba en la facultad de la mañana a la noche y cuando no tenía que asistir a clase, iba lo mismo y pulverizaba hora tras hora leyendo en la biblioteca. Las tardes que no tenía ganas de estudiar recalaba en el departamento de sus padres y aprovechaba para ver a sus hermanos. Entre la conversación y las risas, las expediciones vespertinas al cine, las excursiones relámpago al videoclub de Independencia y La Plata, las milanesas de soja a la napolitana, y el calor del abigarramiento producido por cientos de libros apiñados en doble fila sobre estantes que iban del piso al techo, Julia comenzó a sentir, sin saber bien cómo, que su vida le quedaba lejos. No transcurría donde estaba ella, sino cinco kilómetros más allá, en los setenta y cinco metros cuadrados de un octavo piso del barrio de Boedo.

Su ausentismo crónico en el PH que ayudaba a alquilar tuvo múltiples consecuencias, la más importante de las cuales fue sin duda la mudanza de Romeo. No se trataba sólo de que en la casa hubiera lugar de sobra para los tres, además Ankara extrañaba las pequeñas conversaciones de cocina, ¿cómo te fue?, ¿qué tal todo?, mirando mientras tanto el agua de la olla, a ver cuándo hierve que tengo un hambre mortal, o los pedidos de ayuda intrascendentes, mañana acordame de que llame a Beatriz, que es su cumpleaños. Julia se iba por la mañana, antes de las ocho, y volvía a la noche, alrededor de las doce, ya comida. Entraba, saludaba, preguntaba qué tal y, sin escuchar la respuesta, se metía en la cama intentando quedarse

dormida lo más rápido posible. Por eso, para Ankara fue un golpe de suerte que Romeo se mudara con ellas. Ocurrió poco después de que se enterara de que no iba a ganarse la beca de la Fundación Antorchas. La mudanza fue fácil porque Romeo sólo llevó un bolsito con ropa y algunos libros. Ankara lo ayudó a que se instalara en la habitación que quedaba al lado de la suya, inaugurando, en ese sencillo acto, el primer día del resto de sus vidas. Julia no emitió comentario alguno acerca de la nueva presencia porque, primero, nadie se lo pidió y, segundo, porque de todas maneras, como no estaba nunca, apenas notó la diferencia.

Si la convivencia de Ankara y Romeo no desembocó de forma inmediata en una relación de pareja no se debió a que no encajaran, sino más bien a que por ese tiempo ambos se encontraban con la cabeza en otro lado. Romeo todavía no se había sacudido por completo la grisura que el alejamiento de su “primer gran amor” (estaba seguro de que iba a tener otros) había instalado en sus días. Ankara, por su parte, se encontraba envuelta en una relación secreta e ilegal con su ayudante de Guión II.

Todo había comenzado hacía un par de meses, una noche lluviosa. Ankara esperaba en la puerta de la facultad a que amainara un poco para lanzarse hacia la parada del colectivo porque, como todos los días de lluvia, no llevaba paraguas (tenía la manía de hacerle caso al informe meteorológico) y el agua caía con demasiado brío como para mandarse así nomás. El hambre y el cansancio, la perspectiva de llegar a su casa y tener que ponerse a cocinar hacían que su mirada, resignada, se perdiera en un punto impreciso del empedrado de la calle, estación final para las gotas que, elefánticas, se abatían llenas de alegría sobre la ciudad. Ensimismada como estaba, tardó un momento en notar el Fiat Uno blanco que, arrimado al cordón, le tocaba bocina para que se acercara. Era su ayudante de Guión II. Con una sonrisa simpática y servicial en los labios,

Felipe Talacker se ofrecía a llevarla, así vos no te mojás y yo me despierto un poco, que estoy que me caigo de sueño. Ankara aceptó complacida. Subió, cerró la puerta, Felipe puso primera y el cochecito comenzó a deslizarse hacia el Bajo.

Ambos estaban hambrientos. Ambos estaban cansados. Ambos querían llegar lo antes posible a sus casas. Ambos querían comer y acostarse. Felipe no quería hacerlo solo. Le avisó a Ankara que pasarían un momento por su departamento para buscar un paraguas, porque el garage quedaba a casi cuatro cuadras de su edificio y a la vuelta no quería empaparse, y antes de que ella tuviera tiempo de objetar nada, ambos se encontraban en el departamento en cuestión, Felipe cocinaba y había abierto una botella de vino, habían brindado por “el coraje de perseguir nuestros sueños”, Ankara todavía un poco en shock, ¿qué está pasando acá?, se encontraba en mitad del comedor con un vaso en la mano, la mirada en una foto familiar, imitación perfecta de una parada de colectivo.

90

Esa noche durmieron juntos. A Ankara, Felipe no le llamaba particularmente la atención, pero que él la “adorara” (sic), la seducía hasta ponerla cachonda. Por otro lado, como era su ayudante de Guión II, en todo el asunto había un matiz de ilegalidad que no dejaba de llamarle la atención. En la facultad nadie podía saber nada de ellos (o Felipe perdía su trabajo), tenían que hacer como que su relación no existía (o Felipe perdía su trabajo), por lo menos hasta que terminara el cuatrimestre (o Felipe perdía su trabajo), de manera que durante las clases o las pausas, si te he visto, no me acuerdo (o Felipe perdía su trabajo). Si al principio Ankara siguió las instrucciones de su novio al pie de la letra, con el tiempo, visto que nadie parecía interesarse por sus relaciones peligrosas, fue bajando la guardia. La observancia un poco così così que hacía de ciertas precauciones que consideraba innecesarias desató la furia de Felipe, que llenaba las noches que pasaban juntos con interminables discusiones acerca de si Ankara le había guiñado

un ojo en pleno patio o le había sonreído cuando estaban en extremos opuestos de la cafetería como si entre ellos hubiera habido “algo” (y bueno, che, ¿qué querés?, hay “algo”). Después de la furia aniquiladora que desplegaba en el fragor de las batallas, Felipe se convertía en un cachorro necesitado de amor, perdóname, lo que pasa es que es un tema delicado, tenemos que andar con cuidado porque si no después ¿quién te la paga?, y entonces Ankara sin saber bien porqué accedía a agachar la cabeza y a decirle que sí, que tenía razón, que no había pensado o no se había dado cuenta, voy a tratar de que no vuelva a pasar. Más que el delirio persecutorio, lo que a Ankara la maravillaba de Felipe era hasta qué punto parecía disfrutar de las aristas más extremas de una clandestinidad forzada, que ella cada vez encontraba más absurda. Él, en cambio, parecía cómodo, gustoso de interpretar el papel de 007: Licencia para garchar.

Ankara dio con el manual de uso de Felipe la semana que trabajó como asistente de dirección en el corto de Beatriz Lienhard-Fernández: *Tristán Dadá*. Desde que le alquilaba el PH se habían hecho amigas, de manera que cuando en el concurso interno de la universidad eligieron su guión para que lo filmara, Beatriz la convocó en seguida. Menuda, medio rubia, dientes en una constante persecución del más allá, Tamara Koch integraba el equipo de producción. Era menor que Ankara, pero no parecía, porque la manera que tenía de vestirse, de moverse, de hablar, de ser, respondía mucho mejor que la de Ankara al lugar común que se suele identificar con la adultez. Durante una semana, ambas trabajaron limitándose a un riguroso hola, ¿qué tal?, hasta que la noche del último día de filmación, con un poco de buena voluntad y cooperación general, yo llevo un vinito, yo me ocupo de las papas fritas, Beatriz puso su departamento e hizo una invitación general a todos los que quisieran festejar el final de cinco días de trabajo ad honorem, que sea la última vez y que en el futuro todos los

laburos sean pagos. Tanto Ankara como Tamara fueron a la fiesta. Instaladas una al lado de la otra en un futón azul que había en el comedor, empezaron hablando de la filmación, de la facultad y, vaso va, vaso viene, terminaron hablando de hombres. Hacia las dos de la mañana, ya medio ahogada por el alcohol, Tamara le confesó, en calidad de estricta reserva, que ella había sido novia de Talacker durante casi un año. Boleada como estaba, Ankara sólo atinó a atragantarse. Tamara, entonces, convirtió sus ojos en dos huevos fritos, así como me ves soy una bomba, y le contó que una ex novia, una pendeja que parece que también había sido alumna suya, se la pasaba dejándole mensajes de amor en el contestador, le mandaba unas cartitas perfumadas vomitivas que a él, obvio, le encantaban. En lugar de devolvérselas con un sello de metétela en el orto, pelotuda, las acariciaba, las leía y encima me decía a mí que había que tenerle lástima porque la muy boluda se había quedado enganchada con él. Qué gracia. ¡Ahora resulta que la infeliz ésa, menos mal que nunca me la encontré porque le rompía la jeta de una trompada, era la víctima! Por eso la cosa se terminó. Yo ya no lo aguantaba más ni a él, ni a ella, ni a la puta que los re mil parió, ¿captás? Ankara captaba perfectamente. Esa noche Felipe comenzó a ser pretérito imperfecto. No lo volvió a llamar, ni respondió tampoco sus llamados y cuando, como era lógico, él la alcanzó en la facultad, evidenciando un menosprecio notable —dicho sea de paso— por las reglas de discreción que él mismo había establecido (o perdía su trabajo), Ankara le informó que estaba hasta la coronilla de él y de las peleas absurdas y que no le parecía que tuviera caso seguir en una relación que no valía el esfuerzo que exigía. Acto seguido, se cambió de práctico para ponerse a salvo de la revancha que el desengaño amoroso podía llevar a cabo en el campo numérico, interrumpiendo con un cuatro la seguidilla de nueves y diez que se hacinaban en su libreta.

A pesar de la crudeza con que Ankara expresó su punto de vista, durante un tiempo Felipe trató de recomponer lo que alguna vez habían tenido, llegando incluso a confesarle, en un ataque de sinceridad, que a pesar de que habían pasado “muchas otras” por su vida, ninguna se comparaba con ella. A Ankara, más que el saberse parte de una lista que sólo él conocía en toda su extensión, lo que le molestaba era la sospecha de haber tenido relaciones con un corruptor de menores, un pervertido obsesionado con sus impresionables aluminitas de cine. Por teléfono, mail, chat o en persona, una y otra vez, le repitió que lo suyo era cosa del pasado, que por favor no volviera a buscarla ni la llamara ni tratara de verla, se acabó, che, ahora que cada uno siga con su vida como antes. Felipe aceptó lo inexplicable de esa negativa tan repentina como rotunda, se conformó (“Habrà encontrado otra, nena”, según Romeo) y sus relaciones pasaron a ser un saludo cortés detrás del cual se agazapaban cantidades enormes de indiferencia.

93

Soltera una vez más, con todo su tiempo libre a disposición, Ankara comenzó a buscar un trabajo que pudiera combinarse con el del cine, que le caía de tanto en tanto, y con las clases particulares. Quería algo que pagara con regularidad, aunque fuera poco, porque desde hacía algún tiempo su hermana —que vivía más en el departamento paterno que ahí con ellos— se hacía cargo de casi la mitad de los gastos de la casa. No era sólo que semejante situación le remordiera la conciencia, además, si Julia se cansaba y mandaba todo al carajo, ¿cómo iban a hacer? Ella pagaba su parte del alquiler y las cuentas, el problema era Romeo, que de momento no aportaba casi nada porque, ya repuesto de la amargura causada por el pedido de desalojo que su primer gran amor le había instalado en el corazón, estaba saliendo con una petisa llamativa en la que se gastaba todo lo que ganaba porque a estas minas hay que tratarlas como corresponde, che, ¿qué querés?, ¿que la lleve a cenar al Mc Donald’s?

Como la escritura se le daba con bastante facilidad (al entrar a la facultad había adoptado la sana costumbre de escribir dos horas por día pasara lo que pasara), y como una amiga de su madre trabajaba en la revista dominical de *Clarín*, escribió cinco articulitos acerca de cinco películas que estaban en cartel y con eso debajo del brazo se apersonó en Tacuarí 1842, barrio de Constitución. La amiga de su madre fue muy amable. Con la naturalidad de quien está acostumbrada a hacerlo todo el tiempo, le dijo que la revista no publicaba ese tipo de cosas y la mandó al suplemento Espectáculos para que ofreciera lo que había escrito ahí. Le indicó la ubicación de las mesas del suplemento, mandó muchos saludos para su madre, decile que me llame, y le informó que tenía que seguir trabajando. Ankara aprovechó la pequeña travesía para apreciar el ambiente de la redacción, habitación enorme e innumerablemente subdividida por cajoneras y biombos, en la que se amontonaban sin un orden aparente escritorios, papeles, computadoras y, sobre todo, gente. Por todos lados se exhibían versiones modificadas de fotos verdaderas con intenciones de cargada al compañero redactor, fotógrafo o diagramador, avisos sindicales o promociones y descuentos. Los dueños del lugar eran los teléfonos. Cantidades inconcebibles, hasta dos o tres en un mismo escritorio, reclamaban a los gritos que se les prestara atención. Grupitos de personas que observaban, café en mano, Crónica TV en los televisores del techo, al tiempo que comentaban el último vandalismo con cara de mala sangre, señores con carritos de metal que avanzaban repartiendo paquetes entre las mesas con precisión y maestría. Un organismo palpitante, en fin, que se movía al ritmo de las noticias del día.

En Espectáculos la acogida dejó bastante que desear. Mirándola con cara de tomate podrido, un pelado no identificado le dijo que ya tenían todos los críticos de cine que necesitaban y, esforzándose por resultar todo lo desagradable

que podía llegar a ser, le informó que no se molestara en dejar copias de nada porque nadie se tomaría el trabajo de leerlas. El balance de esa primera expedición a tierra de salvajes no fue del todo positiva, pero sí imborrable. A Ankara, lo que había alcanzado a ver de la redacción le había gustado: mucho papel, mucho movimiento, mucha gente conversando, riendo, escribiendo frente a las computadoras o mirando Crónica TV, mucho diálogo, mucho pucho y mate, en fin, mucha convivencia forzada, pero fructífera. Tuvo ganas de formar parte de ese círculo de iniciados que se dedicaba a construir la realidad de a cachos y, dada la buena disposición de la amiga de su madre, se convenció de que el lugar para intentar el ingreso era la revista. El asedio a Tacuarí 1842 no dio comienzo de manera inmediata, sin embargo, porque en la universidad la época de exámenes se anunciaba en el horizonte y Ankara esas cosas se las tomaba en serio. Alguna que otra noche salía con Romeo o con sus amigas, pero esos esparcimientos aislados eran dosis homeopáticas de parranda para remediar un decaimiento momentáneo del ritmo de estudio y no voluntad de dar por finalizada su temporada de eremita retraída. Durante una de esas noches, excursus de cine Metro y Güerrín, a Romeo se le ocurrió que si tan enganchada había quedado con *Clarín*, lo que tenía que hacer era escribir una nota acerca de la FUC en época de exámenes. De título le ponés “Histeria colectiva” o algo parecido, y me entrevistás a mí, que puedo contarte cuáles son las posiciones del Kama Sutra que permiten absorber el conocimiento en bloque mientras uno está en pleno acto. Ankara puso los ojos en blanco y movió su mano derecha de arriba hacia abajo en gesto de pffffff, pero no desechó la idea. Una semana más tarde, dando vueltas por el supermercado que quedaba a dos cuadras de su casa, se topó con una hilera de cassettes TDK en oferta. Miró a derecha, miró a izquierda, se puso una mano debajo del mentón en actitud de pensadora de Rodin, dudó, hizo cuentas, evaluó los

pros y contras, y finalmente agarró cinco. A partir de ese día, cada vez que veía a alguien de la facultad sacaba un grabadorcito Sony que le habían regalado en una promoción de Rexona y lo atosigaba con preguntas. Algunos mostraban cierta reticencia respecto del uso que se haría de su testimonio y se negaban a responder (¿quién te conoce, cretino?, se quejaba Ankara con Romeo), otros se inflamaban despotricando contra cátedras y profesores, otros expresaban puntos de vista atendibles, pero poco originales, otros la miraban con cara de axolotl. Bop.

Con el material que juntó, escribió un artículo de diez páginas sobre los temores, expectativas y esperanzas del cuerpo estudiantil de la FUC. Comenzaba así:

96

Una es la angustia, una la solución. Como todo lo inevitable, como la vejez o la falta de trabajo, sólo los capaces de enfrentarlos una y otra vez pueden considerarse satisfechos, más allá del resultado que arroje cada encontronazo. Todas las facultades los tienen, todas las carreras se basan en ellos. Pesadilla de millones de estudiantes a lo largo y ancho del mundo, los exámenes finales constituyen, en este momento del año, la preocupación principal de aquellos que se debaten para no perder terreno en la despiadada carrera del promedio de excelencia. Esta es la historia de algunos de ellos.

A la amiga de su madre el tono del artículo le gustó. Encontraba que se correspondía a la perfección con la pomposidad intrascendente del resto de la revista, de manera que, frente a una Ankara que no podía dejar de mordisquearse las uñas a causa de la tensión que le provocaba encontrarse en la puerta del horno, no te quemes, no te quemes, agarró las páginas de la nota con un ganchito y le dijo que se la dejara, que le venía bien para el número que estaban armando en ese momento. Le pidió también que le dejara su teléfono y su e-

mail porque, si en efecto la incluía, tendría que darse de alta en la oficina de personal para que le aceptaran la factura. Ankara, intoxicada como estaba con las mieles de la victoria, tenía a Freddy Mercury instalado entre el temporal derecho y el izquierdo, de manera que sin escuchar decía a todo que sí. Un mes después, “El stress de estudiar” aparecía en la *Viva*, circundada por grandes fotos de muchachos en compás de espera o con cejas de incertidumbre. Le habían cambiado el título (“Matar o morir es la ley de esta selva”) y volado la mitad del texto, pero así y todo fue un alegrón fenomenal para Ankara que, luego de darse al festejo durante un día y una noche completos, volvió a la realidad para comprender con amargura que hasta que no tuviera facturas propias no podría sacar ningún provecho monetario de su primera colaboración periodística. Al parecer, la amiga de su madre le había avisado el día mismo que le había llevado la nota que bajo ningún concepto le aceptaría una factura de otra persona, pero se ve que cuando me lo dijo yo tenía la cabeza en otro lado, se autojustificaba Ankara, al tiempo que reflexionaba en voz alta acerca de los problemas de acostumbrarse a trabajar en negro y picaba las cebollas que Romeo le iba pasando ya peladas. Eran alrededor de las siete de la tarde y el esmero con que estaban preparando la cena obedecía a que esa noche iría a comer Leila, que se moría de ganas de conocerla a Ankara, no sé porqué, decía Romeo. ¿Por qué va a ser?, se inflamaba Ankara revoleando en el aire el cuchillo con que reducía las cebollas a una pasta blanca, porque no te cree que lo nuestro es sancto y no puede más de los celos, nene. La curiosidad que la índole de su relación con Romeo despertaba en el corazón de Leila le adulaba el amor propio, pero así y todo Ankara no tenía ninguna gana de conocerla. Sobre todo porque empezaba a darse cuenta de que, en caso de altercado, ella no estaría de ninguna manera dispuesta a prescindir de la compañía de quien se había convertido en uno de los pilares de su vida.

Una abuela con tendencia al resbalón imprevisto le ahorró a Ankara el asco que le hubiera provocado saber que del otro lado de la pared Romeo lamía con pericia el cuerpazo de quien para ella no era más que una estudiante mantenida (cuando pensaba en esto ponía cara de vómito). La muchacha tuvo que irse a mitad de la cena para auxiliar a su abuela y tranquilizar a su madre, presa pataleante de un ataque de histeria, tiene una catarata de sangre en la cabeza, nena, vos no sabés, no la puedo mirar, arriba de la ceja, un corte de veinte centímetros, qué horror. Luego de acompañarla hasta el radiotaxi, Romeo volvió y le dijo a Ankara que no quería quedarse adentro, tengo ganas de salir, ¿vamos a dar una vuelta por Corrientes? Sentados en el Premier frente a una cerveza y un whisky sin hielo, la mala sangre que le provocaba no poder cobrar lo de *Clarín* volvió a acechar a Ankara, hasta que Romeo la conminó a que dejara el asunto en sus manos, cansado de escucharla farfullar acerca de la horchatez de la amiga de su madre, que no quería aceptarle la factura de algún conocido.

A partir de la mañana siguiente, Romeo dedicó algunos días al estudio del asunto. Consultó a amigos y conocidos, hizo algunos llamados, se metió por internet al sitio de la Dirección General Impositiva (DGI), todo para, al final, llegar a la conclusión de que la única manera de cobrar lo de *Clarín* era la legal: inscribirse en el monotributo, pagar los impuestos correspondientes y mandarse a hacer un talonario de facturas. ¡Ah, bueno, gracias! ¡Fantástico! ¡Qué lógico! ¡Es muy lógico! O sea que yo me busco otro trabajo porque los que tengo no me alcanzan para llegar a fin de mes, pero para que me paguen tengo que pagar medio alquiler más todos los meses, trabaje o no, me paguen o no, todo para poder tener esas facturitas de mala muerte. Qué bien. Bueno, ahora me quedo tranquila, casi pensé que si empezaba a colaborar en *Clarín* iba a poder darme al lujo de permitirme ir al cine de vez en cuando, fijate qué ida estaba.

Sin embargo, a pesar de lo que despoticó y pataleó y gritó y insultó (éste no es un error, estoy chequeando su nivel de atención, simplemente), Ankara juntó la plata de la primera cuota de la categoría que le correspondía en el monotributo, la cuota para burguepobres, como decía con cara de resignación, la pagó y con el comprobante que le dieron mandó a hacer un talonario de doscientas facturas (original blanco, copia rosada). Al mes siguiente, volvió a la DGI y se dio de baja, de manera de no tener que volver a pagar los impuestos. Así, tuvo facturas para tirar al techo —que de tanto en tanto también usaban sus amigos y vecinos— y todo el mundo en paz.

En contra de los consejos de Romeo, que veía con malos ojos cómo sus actividades periodísticas se iban quedando con el tiempo que antes dedicaba a escribir guiones, trabajar (ad honorem) en los cortos de la FUC, dar clases particulares o estudiar, Ankara fue dejando que la dinámica de la redacción la absorbiera por completo. Pasados unos meses de su primera colaboración, el ritmo de sus días lo dictaban más las necesidades de la revista, que las universitarias. Al tiempo que dedicaba a escribir sobre el estreno de *Nueve reinas* o las opiniones de un Eliseo Subiela en retirada, sumaba las tres o cuatro horas diarias que pasaba en la redacción buscando datos y organizando el “Zapping”, páginas que cerraban la revista con un rejunte de datos curiosos, eventos culturales, novedades de videoclub y direcciones de restaurantes y discotecas. Sección de un ovejismo negro notable, antes de que apareciera Ankara nadie quería tomarla a su cargo, de manera que pasaba de mano en mano acompañada de excusas del tipo “Ocupate vos, por favor te pido, porque yo en este momento estoy ocupado”.

Monetariamente, ésa fue una época dorada para Ankara. Pudo dejar de dar clases particulares, seguir estudiando e incluso logró ahorrar un poco. Además, en la redacción del diario conoció cantidad de gente interesante, como ser, por ejemplo, la editora de la página de Ciencia y Salud, mujer

risueña y buenhumorada que, a pesar de tener todos hijos universitarios (la menor acababa de empezar Bellas Artes), cuando se quedaba trabajando hasta demasiado tarde se amargaba porque “no puedo ver a mis nenes”. La representancia de hombres jóvenes, por otra parte, tampoco estaba nada mal. De entre el grupo de fotógrafos, periodistas e infografistas que se juntaban a diario en Tacuarí 1842, todos con iniciativa, todos llenos de opiniones y puntos de vista, todos reventando aduleza por los poros, Ankara se fijó en Diego Bleicher, un diagramador joven que sobresalía por su pelo largo, su arito vikingo en la oreja izquierda, sus ojazos marrones y su manera de no decir más que “Buenas” y “Hasta mañana”, parquedad resultante de una timidez atormentadora. Bien parecido, tranquilo e inteligente, pronto llamó la atención de Ankara que, cuando le dejaban espacio, abran cancha y anchura pa’ que pase esta hermosura, iba al frente con la determinación de quien desconoce la posibilidad del rechazo. El interés que Diego le despertaba se traducía en sutiles estrategias como comentar, con cara de pavota: “Uy, che, no me había dado cuenta, hoy es miércoles, habría que aprovechar el cine a mitad de precio” o “Qué cansancio, las ganas que tengo de ir a tomar algo a Corrientes”. Las respuestas por lo común monosilábicas de Bleicher nunca le permitieron, una lástima, el golpe maestro: “¿Y por qué no aprovechamos y vamos a la salida del laburo?”.

100

Hacía semanas que Ankara masticaba la amargura del fracaso cuando una tarde temprano, alrededor de las tres, coincidió con Diego en la piccita de las máquinas de café. Fue un encuentro azaroso, ella había ido con antojo de un chocolate caliente azucarado y no se dio cuenta de la presencia de él hasta que no hubo extraído el brebaje de la panza de la máquina. Sonrisas, encogimientos de hombros, sorbitos embarazados, al final Ankara le preguntó qué tal y él quiso saber si hacía mucho que trabajaba en la revista.

Poco después fueron a ver una película de Chabrol al Metro y terminaron intimando en el PH, para gran desagrado de Romeo, que a la mañana siguiente esperó a que “Gardel” se fuera para perseguir a Ankara por toda la casa quejándose de que sus jadeos no lo habían dejado dormir. La repugnancia que le provocaba Diego era, en realidad, un sentimiento recíproco, a tal punto que al diagramador le bastó esa primera visita para sucumbir bajo el peso de unos celos a su parecer más que lógicos. La competencia tácita que se estableció entre uno y otro sacaba a Ankara de quicio, no porque le molestara que el fundamento último de la pica fuera la posesión de su persona (esto más bien la halagaba), sino porque la manía de sospechar traiciones inexistentes les agriaba el carácter, volviéndolos prosaicos y desagradables. De talante fiel por naturaleza, monógama convencida, Ankara no entendía las inquietudes de su novio porque las encontraba injustificadas y no daba crédito a las de Romeo porque eran absurdas. De los dos, él era —por mucho— el peor, visto que se las daba de amante traicionado sin haberse tomado nunca el trabajo de treparse por las lianas de su balcón de doncella a la espera.

IOI

La erupción del Copahue se dio un sábado que Ankara volvió tarde porque era el cumpleaños de su hermano y se habían juntado y festejado y charlado y bailado y cantado horriblemente desafinado y comido como chanchos empanaditas de copetín, torta, papas fritas, palitos salados, sandwiches de miga y pollo a la parrilla con revuelto de arvejas. En un momento, cerca de las dos de la mañana, Julia se quedó dormida sentada en una silla y tuvieron que llevarla entre todos a la habitación del fondo, donde la depositaron en una de las camas extras que había, recuerdo de cuando todavía vivían ahí. Hacia las tres, cuando el festejo degeneró en una seguidilla de bostezos, levantamiento de mesa y recordatorios de lo que había que hacer al día siguiente, Ankara, amante fervorosa de su cama de dos plazas, se tomó un taxi y volvió

a su casa. Tratando de hacer el menor ruido posible, metió la llave en la cerradura, pero le bastó abrir la puerta para darse cuenta de que sus precauciones habían sido innecesarias. Romeo estaba despierto, tomaba cerveza y leía, siguiendo con un movimiento casi imperceptible de cabeza la música un poco triste que salía de la radio. Casi no alcanzó a saludarlo que él se paró, dejó el libro sobre el sillón y, furibundo, le comunicó que “Gardel” la había llamado un millón de veces entre las seis de la tarde y las doce de la noche, que no había manera de hacerle entender que ella todavía no había vuelto, que si le hubiera dejado dicho adónde estaba hubiera sido mucho más simple redirigirlo, así lo dejaba a él, que no tenía nada que ver, un poco en paz. La rabia le hacía temblar los labios y las aletas de la nariz, y le llenaba los ojos de venitas coloradas, deformándole la cara. Inmóvil, Ankara lo miraba estupefacta. Al verlo desenchajado se desenchajó ella, podrida de que la celara sin razón. Escuchame, che, si tanto te molesta que esté con otro, si tanto asco te causa ver cómo me agarra por la cintura y me da besos en la boca y me acaricia el cuello, ¿por qué no me decís que me querés, que querés que nos juntemos, que formemos una pareja? Ah, no, claro, el señor quiere el oro y el moro, yo me acuesto con todas las que se me cruzan por delante, mi novia es la Pelirroja Bamboleante porque me da status y ¿después me hacés a mí la escena de marido traicionado? ¡Pero andate a cagar!, ¿me oís? ¡Ya me tenés hasta la coronilla con tus imbecilidades! ¿Te gusto? ¿Me querés? ¡DECIMELO! ¡Y si no, callate la boca y dejame vivir en paz! Inmóvil, Ankara respiró haciendo ruido con la nariz. Se miraban fijo, los ojos de uno en los ojos del otro. No, mejor controlarse, mejor no explotar, mejor dejar que el volcán se apague y todo vuelva a la normalidad. Al fin y al cabo, ¿es o no es mi mejor amigo, el único que me conoce de verdad? Es. Entonces, tranquilizarse. Romeo encendió un cigarrillo a la espera de una respuesta. Ankara se restregó los

ojos, lo miró de arriba abajo y anunció que ella se iba a dormir porque estaba muerta de sueño.

Convencida de que convivir era justamente eso, dejar pasar, saber olvidar, Ankara decidió no pedir explicaciones por el exabrupto. Tampoco se devanó los sesos pensando si lo que Romeo había tratado de decirle era que quería que se convirtieran en una pareja con todas las de la ley porque se imaginó que, si ése era el caso, se lo diría como correspondía, con una declaración de amor verdadera y no así, disfrazada de bronquitis insignificante. Además, para eso tenía que empezar por finiquitar su relación con Leila, porque donde manda capitán no manda marinero, y si la quería a ella, la otra tenía que desaparecer. No pudo darle demasiadas vueltas al asunto, de todas maneras, porque unos días después la echaron de *Clarín* y del disgusto se agarró una mononucleosis que la tuvo dos semanas en cama. Según la explicación confidencial de la amiga de su madre que, por supuesto, la invitaba a seguir colaborando free-lance, “alguien de arriba” había preguntado porqué se le pagaba un sueldo fijo a ella, si del “Zapping” podía encargarse el jefe de la sección, que percibía un sueldo cinco veces mayor, y lo único que hacía era la ameba junto a la ventana. Silencio total. Nadie que la defendiera, que elogiara su trabajo y la conveniencia de conservarla, aunque más no fuera en otra tarea, otra sección, otra labor. Ni una voz de apoyo, ni un qué atropello, che, tenemos que reaccionar, hagamos algo. Nada, ni siquiera una protesta declamativa, falsa, excusa para quedar bien. Todos siguieron haciendo lo suyo como si nada. Ankara vació los que habían sido sus cajones en una caja de cartón con flores violetas sobre fondo blanco. Despegó las fotos que había fijado con cinta Scotch a los lados de la que ahora era su ex computadora, borró las frases que había escrito con marcador indeleble (no tanto, después de todo) en el que dejaba de ser su escritorio y una vez que todo estuvo como cuando había

llegado, se retiró haciendo mutis, sin mirar ni saludar a nadie, odio eterno para todos esos cobardes de mierda.

Ankara se tomó el despido como una afrenta personal y no volvió a pisar el diario. De rebote, en un ataque de furia contra la institución y lo que ella consideraba pura cobardía de parte de sus empleados, llamó a Diego y le dijo que no lo quería volver a ver, tras lo cual se agarró la mononucleosis que la tuvo dos semanas en cama. Durante su convalecencia, Romeo se ocupó de todo. Le cocinó calditos livianos, arroces con queso rallado y sopas de verduras, le tomó la fiebre doscientas veces por día y le aconsejó cuándo darse una ducha de agua tibia tirando a fría (no tenían tina). También se hizo cargo de las compras y el pago de las cuentas. Su solicitud llegó al punto de que una tarde, incluso, se fue con Leila —con la que había programado una salida hacía días— hasta la productora a cobrar lo que le debían a Ankara por el comercial de Seven Up en el que había trabajado allá lejos y hace tiempo. Desde ese entonces esperaba que le avisaran cuando pagaban, de manera que cuando Valentín la llamó, vení hoy porque mañana tal vez ya no quede un mango, dejó la cama de un salto y comenzó a vestirse, a pesar del mal gusto que tenía en la boca, a pesar del mareo, a pesar de que sentía que sus piernas, sin fuerza, eran incapaces de sostenerla. Fue lo que pasó: las rodillas se le aflojaron y terminó en el piso, con la camisa que se estaba poniendo a medio abotonar. Romeo escuchó el ruido y fue a ver qué pasaba, Ankara, ¿qué hacés ahí tirada?, la subió a la cama, la tapó y le preguntó qué se creía que estaba haciendo, si el médico había dicho que hasta que el virus no se fuera tenía que hacer reposo.

A Romeo y su novia encontrar la productora les llevó un rato considerable porque la orientación de ambos dejaba bastante que desear y “Había una vez producciones” estaba ubicada en el corazón de la zona amorfa, barrio en el que las manzanas no son cuadradas y las calles no se cruzan en línea

recta: Palermo. Al fin, luego de mucho preguntar y consultar y pararse a ver y dar pataditas nerviosas y bufar, dieron con el edificio indicado. Tocaron timbre, subieron y, ya en el cuarto piso, les abrió la puerta el propio Valentín que, a pesar de ser uno de los dueños del emprendimiento, disfrutaba del “contacto con la gente”, como él mismo se encargaba de aclararle a todos los que ponían un pie en su empresa. Su metro noventa y cinco tal vez algo robusto, pero impactante y atractivo, una sonrisa ancha de dientes pequeños y la caballerosidad afectada de quien se considera frente a un suceso extraordinario, en seguida captaron la atención de Leila, que siguió con suma atención la enumeración de los orgullos de Valentín: su trabajo, sus habilidades culinarias, su tres ambientes ubicado a doscientos metros de plaza Serrano, lleno de muebles design, lavaplatos automático, equipo de música última generación y televisor ídem, su Peugeot 206 descapotable y, sobre todo, su plata, la que tenía, la que hacía cada mes, la que pensaba tener para cuando cumpliera 45, la que había hecho de muchacho. Paradigma del self-made man –tal como se autodefinía frente a los desconocidos–, hijo de padre ganadero y hermano de productor agrícola, había llegado a Buenos Aires procedente de Entre Ríos siendo todavía un adolescente. Sin más estudios que el secundario, a fuerza de no darse por vencido, gracias al amigo de un amigo de un amigo, comenzó a trabajar como eléctrico para una productora que filmaba las versiones nacionales de comerciales extranjeros. El ambiente de la publicidad le gustó en seguida: mucha plata dando vuelta, mucha ambición, mujeres por todos lados, en fin, la posibilidad de ganar mucho y, de paso, divertirse sin cargos de conciencia. El sueño de la productora propia le tomó diez años de apuestas y fracasos, dolores de cabeza y devoramiento de uñas, una manía que seguía teniendo todavía ahora que era un hombre feliz. Vos te vas a reír, pero así como la ves, “Había una vez producciones” es un referente en el mundo de la

pequeña y mediana empresa, las Pymes, que le dicen, Valentín pavo real exhibiendo la hermosura de su plumaje frente a una Leila interesadísima. Estar a la altura de la plata que comenzó a ganar una vez que la productora agarró por el buen camino le había llevado algunos años más. Primero era un tiro al aire, vos viste cómo son esas cosas —¡Los ojitos que me pone! La tengo muerta—. Por suerte, con la edad mejoré. Je, je. Leila, halagada por el odio que leía en la cara de la secretaria a causa de la corte desafortunada de la que era objeto por parte del jefe, se dejaba mirar, medir, pesar, pregustar con los ojos, mientras de tanto en tanto cambiaba la posición de sus rulos o sacaba con la uña del índice una basurita imaginaria de la mini de jean que le tapaba nada más que quince centímetros de muslo.

106

La debilidad de Valentín por las pelirrojas determinó, entre otras cosas, que Ankara cobrara más de lo que le habían prometido. La felicidad de ese inesperado golpe de suerte fue todavía más feliz porque llegaba en un momento en que Ankara se encontraba sin trabajo, sin ganas de volver a dar clases particulares y, de todas maneras, también sin alumnos. Una vez repuesta de la mononucleosis, invitó a Romeo a comer afuera para festejar la equivocación patronal y el resto de la plata, así como lo cobró, lo metió entre las páginas de *Cine argentino. Industria y clasicismo. 1933-1956*, libro que, según Romeo, no servía para otra cosa, menos mal que lo hicieron grande, porque si no, ni de alcanzía. Esa misma debilidad también determinó que el noviazgo de Romeo llegara a su fin más de hecho que de derecho. Leila dejó de tener tiempo para él y ya no lo llamó, ni le mandó mails ni quiso verlo ni salir con él ni nada de nada. Romeo no lamentó en exceso la ruptura. Hacía algún tiempo le había caído del cielo una suplencia en el Centro de Investigación Cinematográfica porque la titular de Historia del cine argentino —amiga suya— se había convertido en un globo aerostático con posibilidad de niño en cualquier momento. Entre la energía que invertía en preparar las clases

y la que gastaba transmitiéndoselas a sus alumnos de primer año, las fuerzas que le quedaban prefería dedicarlas a la lectura y no a sentirse desgraciado por una relación que antes de Valentín ya dejaba que desear. No fue ésa, sin embargo, la última vez que Romeo tuvo noticias de la que había sido su novia. Para asombro de él y odio total de Ankara, que nunca la había tragado, una noche en que se entregaban al placer de la sobremesa, sonó el teléfono y del otro lado, quién si no, Romeo, tu ex. La conversación duró alrededor de diez minutos y cuando el requerido telefónico volvió a la mesa, una felicidad inesperada se le dibujaba en la sonrisa, que sostenía un pucho encendido con alguna dificultad. Mientras se sentaba, le pidió a Ankara que le sirviera un poco de vino y tras exhalar el humo del cigarrillo hacia el techo, suspiró y dijo: “Qué mina, che, una diosa”.

Al parecer, Valentín era un tipo emprendedor, corajudo, súper positivo, un tipo Don't worry, be Valentín. En el último tiempo había hecho una serie de averiguaciones, había preguntado por acá y por allá, y había llegado a la conclusión de que era el momento de tirarse a la piletta. Como en “Había una vez producciones” los equipos los tenían, la cuestión era encontrar el asesoramiento adecuado y tener un poco de suerte. O sea, quiere hacer una película, Ankara, y Leila lo convenció de que me pagara cuatrocientos pesos por mes à moi même para que le escriba el guión, ¿no es genial? Hasta Ankara tuvo que reconocer que la propuesta era de una felicidad pocas veces vista. Para Romeo el arreglo era pura ganancia porque no sólo le iban a pagar un sueldo mensual, además después iba a tener algo terminado para mostrar, algo que lo presentara, que lo resumiera: Yo soy capaz de hacer esto. Por otra parte, podía trabajar cuándo, dónde y cómo quisiera, sin más presiones que las propias, dado que Valentín adhería a un sistema de entregas periódicas pactadas de común acuerdo. No, no había vuelta que darle, era fantástico, era una intoxicación espiritual que duró un

pago y treinta días. Al mes siguiente Valentín, sin más trámite que la suspensión de la cita mensual, decidió prescindir de los servicios de un Romeo todavía entusiasmado con la idea de que hasta iba a poder comprarse libros nuevos, vírgenes de lectura y con ese olor nauseabundo tan sexy que tienen cuando el librero los saca del estante.

108 Aunque Romeo no solía ser de los tomátele con soda, quévachaché, una vez recibida la mala noticia encendió un cigarrillo y se dirigió a la cocina (de la que había salido para atender la llamada fatídica) a prepararse un mate. Mientras esperaba que el agua hirviera, trató de ubicar a Ankara para contarle la novedad y deprimirse un poco juntos, pero no la encontró en ninguno de los teléfonos conocidos, de manera que llenó el termo de agua caliente y subió al comedor para abandonarse a una reflexión que, sospechaba, implicaría horas de un minucioso examen visual de las manchas de humedad del techo. A pesar de que la oportunidad parecía inmejorable para una larga introspección, el ánimo contemplativo le duró poco. Al tercer mate ya había decidido que, mejor, se iba al videoclub a alquilarse un par de películas para no darle más vueltas al asunto, estas cuestiones son así, a veces funcionan y a veces no. No tenía ninguna gana de ponerse a pensar en el porqué de los acontecimientos ni en nada que se le pareciera. Sin dejar de chupar la bombilla, buscó las llaves y algo de plata. Dejó el mate junto al teléfono y salió a comprar vino y las verduras necesarias para hacer una tarta, previo paso por el videoclub. Acababa de terminar de cocinar y se encontraba conectando la televisión para ver una de las películas que había alquilado, cuando entró Ankara bufando un odio infinito para los hijos de mala madre que la habían hecho trabajar ocho horas, más una y media de ida y otra de vuelta, todo al divino botón, porque después de mucha discusión y considerandos le informaron que no tenían presupuesto para remunerarle los servicios prestados. Estaba furiosa. Se quejó y despotricó contra todo el

mundo hasta que la lengua no le dio más, tras lo cual se instaló junto a Romeo delante del televisor, determinada a que no se hablara más de estas porquerías laborales porque ya estoy harta, estoy hasta acá, hasta la coronilla. Sostenida a base de bufidos y miradas torvas, esta negativa le quitó a Romeo la posibilidad de hablar él también de sus penas, cosa que lo puso de un mal humor notable contra quien de pronto se le apareció como el pináculo del egoísmo. Ankara, embalada como estaba, sólo se dio cuenta de su mal humor bastante después, cuando Romeo le contó lo de Valentín en una frase (ahora el que no quería hablar era él), para terminar acusándolo de desconsiderada, consentida y reina del autotenerse pena. La discusión no se alargó demasiado porque Ankara se ofendió en seguida y se retiró del campo de batalla con un decidido movimiento de barbilla, si te ponés así, te dejo pagando, ¿eh?, te corto el rostro, movimiento que imitó el resto de sus extremidades lanzándose escaleras abajo, hacia su habitación, donde todos se recluyeron a cal y canto.

109

La mufa que se agarraron ambos como consecuencia de, en definitiva, el desastre laboral que es este país, che, según Ankara, tardó un tiempo en arreglarse porque tanto ella como Romeo se consideraban la parte ofendida, siendo vox populi que el restablecimiento de las relaciones bilaterales le compete pura y exclusivamente al ofensor. Durante unos días, la negativa de ambos a dar el brazo a torcer convirtió la atmósfera del PH en un cúmulo rarefacto de frases hechas y observaciones de compromiso, ¿hace sol?, no sé, todavía no salí, hasta que una noche Romeo apareció con una botella de vino, fue a buscar a Ankara a su habitación y, acá no pasó nada, la invitó a brindar por *Obsesión*, la mejor revista de cine y crítica cinematográfica que conocería Buenos Aires jamás. La idea había sido de un grupo de alumnos con ganas de algo más que tomar apuntes. Romeo, Antonio DiVico, Beatriz Lienhard-Fernández y otros, Felipe Talacker, por ejemplo, empezaron juntándose en la

cafetería de la facultad a charlar sobre bueyes perdidos y terminaron coincidiendo en la falta que hacía una revista como la gente dedicada al séptimo arte. Independiente, con algo más que críticas basadas en el me gusta, no me gusta, revista con aspiraciones, orgullosa del lenguaje específico, las disquisiciones propias del *métier* y las observaciones técnicas, *Obsesión* nació para ser no sólo contenido, sino también forma: objeto estético en sí misma.

Sorprendida por lo entusiasmado que veía a Romeo, tan alicaído de un tiempo a esa parte, Ankara festejó la noticia sobre todo porque constituía un tema de conversación inagotable en tiempos de escasez. Sin embargo, se cuidó de sumarse a la iniciativa: a Talacker no quería verlo ni en figuritas, ya bastante había tenido con el período en que habían sido novios. Además, hacía unos días se había enterado de que en dos meses cerraba la inscripción para participar en la cuarta edición del Festival Internacional de Escuelas de Cine, que iba a tener lugar en la FUC, y ella quería presentar algo en video, fuera como fuera.

IIO

Amante de Woody Allen y de la *petite histoire*, influida por los haikus y los microcuentos, su idea era filmar un almuerzo. Tres personas, pongamos, se sientan a una mesa y de pronto, lo que en un principio parece pura rutina, se requebraja y deja entrever lo insospechado, desde la verdadera relación que los une hasta el porqué se encuentran ahí. Dado lo estático de la situación, la felicidad del corto dependía de la sabiduría e inteligencia con que la información oculta fuera poniéndose sobre la mesa. Y también, claro, de la información misma, que tenía que ser a la vez importante y creíble, a la vez inesperada y esperable, concebible. Eso por un lado. Por el otro, convencida de que la distancia que se había instalado entre ella y Romeo era en una parte importante culpa de Valentín, quería filmar consecuencias. No la piedra que cae en el agua tranquila, sino las ondas concéntricas que, cuando ya no hay piedra, continúan

abarcando cada vez más espacio hasta dominar la totalidad de la superficie. Si bien protagonistas del corto, los tres personajes del almuerzo no serían, sin embargo, los protagonistas de la historia a contar, sino más bien su comparsa, meros figurantes afectados de manera tangencial por lo sucedido en otro momento, en otro lugar, a otros.

A partir de estos lineamientos generales, Ankara se enfrentó a la necesidad de una definición genérica. Los tres personajes que se juntan a almorzar un mediodía cualquiera podían resultar los inopinados espectadores de un suceso de cualquier orden, desde un delito (policial) a un rotundo fracaso laboral (drama). Si luego de una profunda reflexión Ankara decidió convertirlos en personajes secundarios de una historia de amor no fue sólo porque considerara que le resultaría más fácil escribir sobre un flechazo que sobre un robo. Además, le pareció que podía trabajar con (o, más bien, en contra de) el código narrativo que cientos de películas a lo largo de años y años habían instaurado como transcripción cinematográfica de lo que ella consideraba, como decía Cortázar, un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en mitad del patio. En su corto, el amor nada tendría que ver con mentirosos besos arrebatados o declaraciones bochornosas o corridas al aeropuerto. Sería, en cambio, una oportunidad para la reflexión, la excusa para una evaluación general del sentido de la vida.

Llena de bríos y energía creadora, Ankara empezó a trabajar en el guión de inmediato. Se levantaba temprano, se bañaba, ponía agua a hervir ya fuera que le apeteciera un mate o un café con leche, tomaba tres galletitas de agua, las untaba con mermelada de durazno y las ponía en un plato. Con todo eso subía al primer piso. Abría su cartuchera, sacaba montones de lápices de colores y una birome negra, y escribiendo, comiendo, tomando, tachando, subrayando, coloreando, la mañana llegaba a su fin. Hacia el mediodía, Romeo aparecía en el vano de la

puerta recién bañado y con ganas de mate. La calabaza entonces iba y venía durante un rato, mientras Romeo comentaba las dificultades del número de *Obsesión* que estaban preparando o alguna anécdota de sus clases y Ankara le contaba lo que acababa de pensar respecto del almuerzo que quería filmar o de sus personajes para que él le dijera qué le parecía, si se sostenía o lo encontraba inverosímil. Estas puestas en común pronto devolvieron la amistad a lo que había sido alguna vez porque, ocupados con las dificultades propias de sus respectivas actividades, ambos olvidaron cuan ofendidos estaban por el egoísmo del otro y se permitieron disfrutar del placer que les producía comprobar, una y otra vez, que coincidían en opiniones y puntos de vista.

II2 Exprimiéndoselo línea a línea del cerebro, el guión creció en número de páginas, se perfiló y modificó hasta que Ankara consideró, un poco porque ya no le quedaba más tiempo y otro poco porque así lo creía, que estaba listo. Hizo una reunión de urgencia con Romeo, que a la sazón era su jefe de producción, y coincidieron en que la única manera de formar el equipo de filmación a tiempo (quedaban menos de tres semanas para la fecha de cierre de la convocatoria) era apelar a la iniciativa, entusiasmo y acostumbamiento al trabajo ad honorem de los muchachos de la FUC. Con un marcador negro y letra grande y clara, Romeo escribió en sendas hojas A4:

Convocatoria 1: Se busca gente con inquietudes para integrar el equipo de filmación del corto *Modos de asedio* (video) a ser filmado en un fin de semana (2 días), fecha a convenir. Remuneración: sandwich de milanesa, Mirinda y la posibilidad de ganar experiencia. Los interesados llamar al 043.321.78.69, preguntar por Ankara o Romeo.

Convocatoria 2: Se buscan dos actores y una actriz para filmar en un fin de semana (2 días) el corto *Modos de asedio* (video), fecha a convenir. Remuneración: una vez editado, se entregará una copia del corto a quien lo solicite. Los interesados, llamar al 043.321.78.69, preguntar por Ankara o Romeo.

Sacaron treinta fotocopias de cada hoja y las pegaron por toda la FUC, en especial en los baños, la cafetería y los patios. A pesar de que quedaba poco tiempo y de que, incluso reuniendo un equipo como la gente, era necesario dar con actores macanudos, que le hicieran justicia al guión, Ankara no podía evitar ilusionarse. Mientras esperaba el torrente de llamados sentado junto al teléfono, corrigiendo el guión o mirando pensativa las paredes, su imaginación le otorgaba una y otra vez los mil quinientos pesos del primer premio por decisión unánime del jurado o, mejor todavía, la rodeaba de gente interesante con ganas de conocerla a ella, autora del mejor corto, lejos, de todos los presentados. Gente que quería saber qué pensaba la hasta ese momento desconocida muchacha que había instalado a la FUC por encima de la FEMIS de Francia, de la Konrad Wolf de Alemania, de The Sam Spiegel School For Film and Video de Israel, de la Hamburger Filmwerkstatt, de la Kunsthochschule für Medien Köln, del ESCAC de Barcelona, de la Escuela de Artes Visuales de Madrid, del Centro de Estudios Cinematográficos de Cataluña, de la Syracuse University de Estados Unidos, de la Loyola Marimount University de Estados Unidos, de la Temple University de Estados Unidos, de la Westminster University de Inglaterra, de The London International Film School, de la Scuola Nazionale di Cinema di Roma, para nombrar sólo algunas. Ankara pensaba en eso y sentía que fama y fortuna la esperaban a la vuelta de la esquina. ¿Me cambiará el éxito?, se preguntaba mordisqueando una birrome azul mientras observaba la paz con que el teléfono reposaba sobre la mesa.

Se respondía que eso dependía de ella y que, en todo caso, éxito o no éxito, antes de ocuparse de lleno de su carrera profesional se prometía terminar la facultad, porque si no, che, no se puede, pasan las generaciones y seguimos siempre igual de universitarios incompletos que siempre. Ni por un momento se le pasó por la cabeza la posibilidad cierta de no llegar con los tiempos o de, incluso llegando, no resultar galardonada. Para ella era evidente que, si no el primero, el segundo, alguna mención o distinción ad hoc iba a obtener y eso, por humilde que fuera, era curriculum. El guión que había escrito era bueno (se lo había dicho Romeo, que era un lector exigente) y con un poco de suerte, el corto también lo sería.

II4

La tranquilidad en medio de la cual transcurrieron los días que siguieron al de la publicación de las convocatorias en carteleras, paredes, pizarrones y baños, tranquilidad resultante de la falta total de llamados, sumada a la oscilación de Ankara entre una pasividad absoluta producto de la fe que tenía en su próximo estrellato y una histeria angustiosa consecuencia de que consideraba insuperable cualquier obstáculo que apareciera en el camino, hizo reaccionar a Romeo, que se rindió a la evidencia de la inutilidad de los carteles y se lanzó a importunar a amigos y conocidos con la oportunidad única que significaba poder participar en la filmación de un corto con un nombre como *Modos de asedio*.

Al cabo de unos días el método personalista dio resultado y el equipo se encontró más o menos formado de la siguiente manera: Ankara (dirección), Beatriz Lienhard-Fernández (asistente de dirección), Romeo (jefe de producción), Tamara Koch (asistente de producción), Antonio DiVico (cámara), Nicolás “Fermat’s last theorem” Riemmann (eléctrico) y Laura Rabadejo (maquillaje y vestuario). Al contrario de lo que habían supuesto en un primer momento, dar con los actores no fue complicado porque, amigos de los integrantes del equipo, cuando aparecieron los unos, también aparecieron los otros.

La filmación tuvo lugar el primer fin de semana que siguió a la constitución del equipo, en el patio del PH que Ankara le alquilaba a Beatriz. Julia, enterada de que ese sábado y domingo habría una agitación frenética en la casa, el poco tiempo que tenían no dejaba espacio para cometer errores y eso ponía a todo el mundo nervioso, arrimó el hombro y se encargó de hacer las milanesas —al horno porque era más sano— para los sandwiches prometidos, mantener la Mirinda fría, hervir agua para mate, té, café, cortar pan y, en fin, las mil y una ocupaciones que es necesario afrontar cuando se está al frente de un catering. Aparte de eso, también preparó el almuerzo que los actores comerían en la realidad del corto que, para no complicarse la vida, estuvo compuesto por milanesas y puré de papas. Mientras que el patio alternaba momentos de gran movimiento con otros de quietud, la cocina se mantuvo todo el tiempo a tope, de manera que al final de la primera jornada Julia estuvo entre los más agotados por una dinámica de trabajo que, como decía Romeo, era à bout de souffle. Ankara era la única que, a las once de la noche, luego de catorce horas de trabajo, no parecía cansada. La adrenalina de saberse haciendo algo, el nerviosismo de pensar que, si le pifiaba, no tendría una segunda oportunidad, sacaban sus mejores cualidades a flote. Así fue cómo a pesar del desastre actoral con que se encontró a la mañana, directivas y explicaciones de por medio, logró sacarles algo decente a los muchachos, algo que no diera vergüenza, algo bien con lo que se consideró satisfecha porque, después de todo, lo hacían de favor y casi ni les había dado tiempo para estudiarse los parlamentos.

Para cuando llegó la noche del sábado, el almuerzo ya lo habían filmado y sólo faltaban acercamientos, primeros planos, pequeños paneos para usar de puente entre escena y escena o entre toma y toma. A eso se juntaron el domingo, que fue un día mucho más tranquilo, sin el frenesí de la jornada precedente. Julia volvió a instalarse en la cocina, esta vez un

poco a regañadientes porque sabía lo que le esperaba y ya estaba podrida de cocinar milanesas. Los demás se amucharon en el patio a hacer su trabajo y, en general, todo volvió a funcionar como el día anterior, pero en medio de una distensión mayor. Hacia las nueve de la noche, para gran alegría de los involucrados la filmación llegó a su fin, brindis con agua de la canilla y Tang de naranja, aplausos y chiflerío entusiasta. Ankara invitó a quienes pudieran a quedarse a cenar, para lo cual pidió seis docenas de empanadas por teléfono al San Cristóbal y a Julia que le hiciera la gauchada de cruzarse a la estación de servicio y comprara diez Quilmes de litro. Una vez que llegó el mistique, lo ubicaron al alcance de todos en la mesa que habían usado para filmar el almuerzo, arrimaron algunas sillas y, con Joaquín Sabina de fondo, comieron, charlaron, bromearon y, en general, se divirtieron hasta que comida y bebida se acabaron, Joaquín comenzó a repetirse y las diferentes ocupaciones del lunes por la mañana aparecieron en el vano de la puerta, chau, che, suerte con esto, si ganás el premio avisame, que yo soy de otro ambiente y no me entero, sí, claro, gracias por todo, un beso, nos hablamos.

La posproducción del corto fue un tanto caótica a causa, sobre todo, del apuro y la falta de medios. A una semana del cierre de la convocatoria, Ankara arregló con el responsable de la isla de edición que había en la FUC para que le avisara en qué momentos estaba libre la máquina y así poder darle a *Modos de asedio* su forma definitiva. Pidió prestado un pager y cada vez que Pedro Ocampo le comunicaba un paréntesis de hora y media en el organigrama, Ankara se ponía rígida como si acabara de meter los dedos en un enchufe, dejaba lo que fuera que estuviera haciendo y salía corriendo hacia el cuartucho de la isla, tratando de recordar dónde había dejado la edición la vez anterior.

*Modos de asedio* estuvo terminado el mismo día en que cerraba la convocatoria y fue entregado por una Ankara

exultante, que no paraba de hablar ni de pegarle codazos amistosos a Romeo que, a su lado, parecía algo adusto. De haberle preguntado, se hubiera enterado de que su falta de entusiasmo obedecía a que en su opinión el corto, a causa de la falta de tiempo, evidenciaba trazos de una desprolijidad que poca justicia le hacía a un guión que valía la pena. Lejos de las cavilaciones de su jefe de producción, Ankara sentía que había ganado una batalla que la mayoría hubiera reputado imposible y era incapaz de dar crédito a nada que no fuera su propio entusiasmo. Invitó a Romeo a festejar con una cena en Güerrín, donde brindaron por el triunfo del corto y por el auspicioso futuro de su directora, a quien –según ella misma– se le abrirían cientos de puertas, una vez que hubiera ganado los mil quinientos pesos del primer premio. De nada sirvió que Romeo tratara de apaciguarla, de devolverla un poco a la realidad, ojo, che, mirá que acá como en todas partes hay cuñas, intereses, convendría ser prudente. Ankara estaba convencida de que iba a ganar el primer premio y contenta de haber llegado a tiempo, de haber(se) probado que cuando algo se le metía entre ceja y ceja no había contratiempo capaz de pararla, de haber demostrado, no soy soberbia, es que la falsa modestia me pudre, que era una fuerza de la naturaleza.

Semanas más tarde, el día en que se publicó la lista de los cortos que ingresaban a la sección competitiva del Festival y Romeo, en la FUC por cuestiones relacionadas con el número de *Obsesión* que tenía entre manos, la llamó para avisarle que *Modos de asedio* no había quedado, Ankara le pidió que no le hiciera ese tipo de bromas de mal gusto porque el horno no estaba para bollos. Como por teléfono no hubo manera de convencerla, Romeo le propuso que fuera a verlo con sus propios ojos, de manera que Ankara se tomó el 126, llegó con una sonrisa de che, sos tremendo, y cuando comprobó que su corto en efecto no figuraba entre los que seguían en carrera, el shock fue de tal magnitud que sintió un golpe en mitad del

pecho, tuvo dificultades para respirar y perdió el conocimiento.

Esa noche, en un intento por levantarle el ánimo, Romeo se esmeró en la cocina. Preparó zapallitos rellenos, albóndigas de berenjena, ensalada de espinaca y queso, y de postre, banana con dulce de leche. La destinataria de semejante atención culinaria poca cuenta se dio del trabajo que implicaba hacer todo eso en el hornito de morondanga (blanco, del cincuenta, made in Argentina) que tenían. Tragó dos zapallitos rellenos en silencio, miró las albóndigas con languidez, probó una, dos, tres, sorbito de agua, pinchó un poco de espinaca, se levantó, dio algunos pasos, y vomitó todo a metros de la escalera.

Después de limpiar el piso conteniendo la respiración y tratando de pensar en otra cosa, Romeo consideró que lo que Ankara tenía que hacer era irse a dormir para recuperar fuerzas. Como la vio medio zombie, no paraba de repetir pucha, qué asco, pero no se movía de donde la había ubicado él para poder pasar el trapo, la ayudó a bajar las escaleras, la acompañó a su habitación, le abrió la cama y le puso en la cabecera una botella de agua por si le daba sed durante la noche. Al ver que Ankara procedía a desvestirse sin preocuparse de que él estuviera todavía ahí, se apresuró a deseárselo las buenas noches y subió a terminar de comer, sintiéndose un poco culpable sin saber exactamente porqué.

A pesar de la fe que Romeo tenía en el carácter extraordinario de las alteraciones digestivas de Ankara, los días siguientes se encargaron de demostrarle que habían llegado para quedarse. Lo más exasperante de la dolencia, además del olor repugnante que empezó a haber en el baño, era que no se la podía predecir. Había veces en que la cosa empezaba tempranísimo, ni bien Ankara abría un ojo. Tomaba medio vasito de agua, paf, para afuera, intentaba comer una fruta, paf, para afuera. Para esos casos, Romeo compró una palangana roja, que ubicaron junto a la cama, así Ankara no tenía que salir

corriendo al baño. Eso sí, había que limpiarla ni bien terminaba el acceso de tos porque el olor a bilis y jugos gástricos no había quien lo aguantara, menos que menos Ankara, que se impresionaba y seguía, paf, para afuera. Otras veces, en cambio, se levantaba mejor, se bañaba y con un poco de náuseas pasaba el desayuno (café con leche y galletitas de agua con una capita de mermelada de durazno), parecía que la cosa andaba bien, hasta que hacia el mediodía todo lo que había comido, paf, para afuera. Otras, en fin, lograba incluso almorzar y tomar la merienda, pero llegaba la noche, Romeo comenzaba a cocinar y ella, perdón, iba al baño y paf, para afuera.

Al principio Romeo pensó en una bulimia, pero pronto descartó esa posibilidad porque Ankara, más que darse atracones y correr al baño, casi no comía y, de hecho, la mayoría de las veces vomitaba con el estómago vacío, pura saliva y un líquido verde asqueroso, amargo como la mierda, que la hacía decir dos o tres groserías antes de volver a la cama. Como en general no lograba comer más que una vez al día, además de intoxicada y molesta, se sentía débil. Por esta razón, dejó de lado cualquier actividad que no fuera ir al supermercado, no porque le hiciera ilusión probar alguna cosa en particular, sino porque era su manera de agradecerle a Romeo, que ya bastante trabajo se tomaba cocinando mañana, tarde y noche para los dos, la paciencia increíble que le tenía. La aversión que le daba dejar el PH hizo que sólo aceptara ir al médico la mañana en que Romeo le preguntó a media voz si no estaría embarazada. A Ankara la idea le pareció absurda, no tanto porque lo fuera de hecho, sino porque en ningún momento se había planteado la posibilidad de ser madre. Sentada en la cama, con las piernas debajo de sábanas y frazadas, hizo memoria en silencio y recordó que su último período le había llegado con la regularidad habitual, pero —era verdad— había sido inusualmente corto. Tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía, Ankara aceptó ir al médico, sólo para darte el

gusto, que conste, pero sola. Romeo interpretó ese súbito deseo de independencia como una muestra de deferencia, declaración muda de que no quería resultarle una carga, y era cierto, en parte. En parte, obedecía a que a Ankara le daba vergüenza discutir su calendario amoroso delante de él y a que, de llegar a confirmarse la tragedia, no quería tener a ningún conocido alrededor para poder derrumbarse hasta las lágrimas y los mocos, hasta volverse irreconocible.

120 Susana Brüllmann-Kaufmann, joven, pelo castaño claro, ojos verdes, sonrisa apacible, dueña de una tranquilidad que a Ankara la enervó desde el primer momento, fue la ginecóloga que la atendió en la guardia de la Clínica Suizo-Argentina. La hizo pasar y tomar asiento, le sonrió y luego de un silencio que a Ankara le pareció interminable, le preguntó cuál era el problema. Ankara, sin dudar, le contestó que creía que estaba embarazada. La doctora escuchó el recuento de síntomas y molestias asintiendo apenas con la cabeza y, cuando Ankara terminó, le preguntó si se había hecho un test rápido, una rayita no pasa nada, dos, agarrate, Catalina. Ankara se encogió de hombros, sintiéndose el colmo de lo ridículo. No se le había ocurrido. La doctora Brüllmann-Kaufmann, sonrisa benévola en los labios, le dijo que no tenía importancia, lo hacemos ahora. El procedimiento era sencillo. Tenía que hacer pis en un tarrito esterilizado (pero descartar el primer chorrito) y sumergir el extremo inferior de un bastoncito plástico del tamaño aproximado de un dedo durante cinco segundos en el contenido del vaso. Luego tenía que sacarlo, encajarlo en un huequito que traía la caja del test para que quedara vertical y esperar diez minutos. Si donde estaba el reactivo, en la mitad del bastoncito, se dibujaban dos rayas violetáceas, por más que una de las dos fuera muy sutil, estaba embarazada. A Ankara el reactivo, luego de diez minutos, le dibujó una raya. Una sola raya de un violeta gordo, seguro de sí mismo y de que lo que ella tenía era otra cosa. Temblando a causa de los nervios, el

resto de mi vida depende de una raya, Ankara vomitó lo que había desayunado en el mismo inodoro que acababa de usar para llevar a cabo el test. Enterada del resultado, la ginecóloga la derivó a un gastroenterólogo y en calidad de representante del sentido común le aconsejó que tratara de tranquilizarse e hiciera todo el reposo que sus obligaciones laborales le permitieran. Con la maternidad fuera de cuadro, Ankara suspiró aliviada, saludó a la doctora con un apretón de manos y dejó la Clínica Suizo-Argentina rumbo a su casa. Obvió la visita al gastroenterólogo porque se sentía cansada, como si la presión hubiera sido bajísima, y quería llegar lo más rápido posible para acostarse y quedarse dormida.

Por ese tiempo, Ankara, que se pasaba días enteros en la cama, empezó a pensar en el suicidio de manera recurrente. No sentía la necesidad de salir a Entre Ríos y tirarse debajo de los autos, pero la inflexibilidad del malestar, su persistencia a toda prueba, la sumía en una desesperación impotente de la que sólo emergía gracias a una congoja bañada en lágrimas, deseos de dejar de sufrir, de desaparecer, llanto desconsolado que buscaba el cese de la existencia de manera inofensiva, como consuelo para tanto malestar inmerecido. Porque incluso cuando no vomitaba se sentía mal y nunca tenía fuerzas para nada. Recorrer las cuadras que la separaban del supermercado, por ejemplo, la agotaba de tal manera que tenía que pasar el resto del día dormitando hecha un ovillo en su cama. Si seguía yendo a pesar de que el tiempo pasaba y su estado de salud no mejoraba era nada más que para aliviarle un poco las cosas a Romeo que, no se explicaba porqué, aceptaba llevar la peor parte del asunto sin una queja. Él cocinaba, se encargaba de sacar el olor acre que quedaba en el baño después de cada vómito, le preguntaba cómo se sentía y si no quería salir a dar una vuelta para tomar aire, la tranquilizaba diciéndole que era lógico que le sangrara un poco la nariz luego de vomitar, por el esfuerzo, lo mismo que esos temblores que le agarraban sobre

todo en las piernas, le aconsejaba que escupiera el exceso de saliva, pero que por nada del mundo apretara la mandíbula para evitar los vómitos porque se le iban a caer los dientes y le iba a quedar una boca de bruja de cuento infantil, que para lo único que te va a servir va a ser para dar chupes, che, y los dos se reían, Romeo más fuerte y Ankara como pequeños hipidos ahogados, no porque el comentario fuera en verdad cómico, sino porque había pasado tanto tiempo desde la última risa que ya no recordaban cuándo había sido. Incapaz de salir a buscar trabajo, con tres semanas de retraso en el pago del alquiler y Julia que, de novia, no aparecía jamás por el PH como para pedirle un préstamo, luego de darle vueltas y vueltas al asunto y de charlarlo con Romeo, cuyo aporte mensual no alcanzaba a cubrir el total de lo adeudado, Ankara decidió llamar por teléfono a su madre y pedirle un reestablecimiento momentáneo de la mensualidad que alguna vez había recibido en calidad de hija en edad estudiantil. La repugnancia que le provocaba dar marcha atrás en una decisión que había mantenido contra viento y marea durante cantidad de tiempo fue mitigada por la solicitud sin aspavientos propia de su madre que, preocupada porque su madre —la abuela de Ankara— se rompió una costilla nadie sabe cómo, le dijo que ni bien viera al pater familiae le iba a comentar el asunto para luego pasar sin escalas a lo de siempre, ¿vos cómo andás?, y en seguida: ¿viste que parece que Julia conoció a un muchacho?

Ese mes, *Obsesión* dejó de aparecer. No era rentable. Demasiado trabajo y ninguna repercusión, como se dijo en la última reunión de directorio con cara de que la culpa era de los demás. Hicieron el balance final y cada uno de los integrantes del equipo cobró, por única vez, unos pesos extras, provenientes de la diferencia entre la venta de publicidad del último número, las ventas al público y su costo de producción. Con eso, Romeo se hizo cargo del alquiler y las cuentas del PH. Al mes siguiente, Ankara empezó a recibir plata de su

familia y las cosas se regularizaron un poco. Alegando que sería más sencillo para ella porque así podía sacarse una preocupación de la cabeza, le pasó la mensualidad íntegra a Romeo para que él viera cómo utilizarla. Total es lo mismo, le aseguré sentada contra el respaldo de su cama. Con esto pagamos el alquiler y algunas cuentas, y con lo que ganás vos compramos la comida y si sobra algo podemos comprar libros o ir al cine. Romeo aceptó, pero sólo hasta que ella estuviera bien de nuevo. Porque los vómitos continuaban, Ankara estaba cada vez más flaca y lo único que hacía era leer y dormir. En base a los relatos maternos sobre molestias gestacionales, se autorrecetó Reliverán, pastillas que, si bien le permitían comer, no le quitaban las náuseas que se enseñoreaban de sus días, todo el tiempo con la desagradable sensación de que iba a vomitar, pero todavía no, de manera que no le quedaba otra opción que quedarse en la cama viendo cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando. Además de su estado de salud, su única preocupación sería era que Romeo se pudriera de verla mal, se olvidara de los tiempos en que había estado bien, decidiera que ya había sido suficiente y se fuera. De hecho, ante la desorientación que le provocaba ese mal venido de la nada, la presencia de Romeo era lo único que la ayudaba a atravesar los días, confiando en que vas a ver que mañana te vas a sentir mejor. Por lo tanto, cuando él estaba en su habitación trataba de estar tranquila, bien, sonreía todo lo posible, aunque a veces se diera cuenta de que más que una sonrisa su boca dibujaba una mueca extraña, un poco grotesca, al fin y al cabo se sentía mal, no había nada que hacerle, incluso la buena voluntad tiene un límite.

Hasta que una mañana, Romeo entró a su habitación, qué temprano, pensé que ayer te habías acostado tardísimo, se desnudó, se metió en su cama y, ya casi encima de ella, le dijo: “Así no podemos seguir, che. Dejémosnos de pavadas.” Pasaban dos minutos de las ocho y media, Ankara lo sabía

porque hacía rato que estaba despierta y, cansada de escudriñar el techo, observaba cómo avanzaba el segundero de plástico dentro del espacio circular de su reloj despertador. A las 08:32 a. m., entonces, a pesar del shock, de la sensación de debilidad, de la aprensión que le producía vivir algo que había soñado de manera constante desde que se habían conocido, Ankara estuvo a la altura de la situación. No sólo no vomitó al oler los perfumes recónditos que Romeo le ofreció entregándose sin medias tintas a su curiosidad de exploradora, además disfrutó de una manera que pensaba imposible. Ambos llegaron a la felicidad varias veces —si bien nunca al mismo tiempo— y cuando Romeo, exhausto, la noche anterior se había acostado a cualquier hora, se quedó dormido a su lado, Ankara sintió un vacío paradisíaco que por unos momentos le hizo olvidar la normalidad de las náuseas que sentiría más tarde en la ducha.

124

Recién por la noche, Romeo se demoraba en el baño hojeando *Las maravillas de la India*, todo un día se había ido en caricias de alcoba y paseos de la mano, Ankara recordó que no habían usado preservativos (ninguna de las veces) y que ella hacía por lo menos medio año que había dejado de tomar píldoras anticonceptivas porque le ponían los nervios de punta. No sintió una aprehensión inmediata, sino más bien la sensación de que el peligro la rodeaba, pero no lograba asustarla. Estaba tranquila y no tenía ninguna gana de sacar a colación un tema que, incluso si no generaba controversias, iba a arruinar la paz idílica en que había transcurrido ese día. Pospuso la consulta para la mañana siguiente y luego para la otra y la otra. Mientras tanto, se abandonó a la sensación de quietud que le producía que Romeo durmiera a su lado, la felicidad de poder tocarlo o embobarse mirándolo durante horas enternas.

Dos meses pasaron antes de que reaccionaran frente a lo que estaban viviendo. Sesenta y un días de caminatas, conversaciones, cenas, almuerzos y viajes a un Tigre que no

quedaba en la provincia de Buenos Aires, sino en una pompa de jabón sin tiempo ni espacio, donde todo era puro presente y la única posibilidad parecía el disfrute. Vivían la certeza de haber encontrado el aleph de la calle Brasil entre los pechos de una y los brazos del otro. Incluso los vómitos de Ankara, que se continuaron todavía durante algunas semanas, se convirtieron en parte de la armonía que regía sus días, una molestia que sobrellevaban con paciencia y que, en definitiva, los unía todavía más al empujarlos a un fantaseo de mediodías plenos de apetito y gusto compartido por la carne asada o la ensalada de espinaca con queso rallado. Después, la vida volvió a irrumpir en el PH. Romeo estaba cansado del trabajo que había conseguido por intermedio del amigo de un amigo, no porque fuera agotador —se pasaba ocho horas de su día sentado detrás de un escritorio leyendo a piacere—, sino porque sentía que tenía que retomar el rumbo que en algún momento, de alguna manera que no sabía bien cuál era, había perdido. Su férreo designio juvenil de hacer películas se había chocado con la realidad y se había domesticado, convirtiéndolo en un profesor joven de cuanta materia necesitara docente, con una especial predilección por las historia del cine argentino. Demostrando una capacidad de trabajo que a Ankara la dejó boquiabierta, Romeo se decidió a hacer algo al respecto y encaró la confección de su primer “guión en serio”. Se centró en la incapacidad de comunicación entre padres e hijos, una vez que estos dejan de ser infantes y quieren algo que la voluntad de ayuda y sobreprotección paternas no pueden darles. Ankara, mientras tanto, se estrenó de ama de casa y se dedicó a buscar un trabajo que le permitiera prescindir de la mensualidad que le pasaba su padre. Si bien su desempeño en las tareas del hogar distaba de ser ejemplar, poco a poco su deambular por entre las góndolas del supermercadito ubicado a un par de cuadras de su casa se hizo más y más lento. Con el tiempo se descubrió privilegiando cierta marca de detergente porque estaba hecho a

base de un componente que no agredía tanto la piel o comprando productos específicos para lavar el baño y los pisos de baldosas, ocupándose de que el inodoro tuviera siempre una pastilla de perfume (pino era su fragancia preferida) o preocupada por que la heladera estuviera limpia porque si uno no se fija, en dos minutos se convierte en una porquería. Además, consiguió trabajo de vendedora en la librería de la entrada del Centro Cultural Recoleta, por donde Romeo la pasó a buscar una noche a la hora de cierre para llevarla a Güerrín porque Julia los invitaba a cenar para despedirse. A Ankara la noticia no la sorprendió porque Romeo se la había comentado hacía meses, cuando la partida todavía no era más que un proyecto. Entonces le había parecido una locura, algo desaconsejable desde todo punto de vista. Pero luego, el tiempo y largas conversaciones con Romeo la habían llevado a aceptar la voluntad de su hermana sin emitir reparos, consejos o recriminaciones al respecto. Sí la ponía un poco triste el hecho de que dejarían de verse por completo. Julia ya no volvería ni siquiera de manera esporádica al PH que, de pronto, parecía demasiado amplio, demasiado vacío para una pareja. En todo caso, el que a Julia se la viera feliz de arrojarle en brazos del cambio le parecía una muy buena señal, total, si se equivoca, siempre se puede volver.

Comieron fugazzeta rellena con jamón y brindaron una y otra vez por el futuro, la felicidad, el amor y la salud. Se rieron con las anécdotas burocráticas que Julia desempolvó especialmente para la ocasión, recordaron tiempos idos para siempre e hipotetizaron acerca de los que estaban por llegar. Se disfrutaron, en fin, por última vez, tratando de grabarse en el cerebro cada movimiento, cada matiz de la voz, cada sonrisa cómplice en un intento de, para unos, guardar con la mayor nitidez posible lo que pronto sería un recuerdo, y para la otra, absorber eso que consideraba su ciudad, su lugar, su manera de ser para llevárselo consigo y no sentirse tan extraña del otro

lado del océano. Se despidieron ya bien entrada la madrugada. Aprovechando la permisividad poética de las modalidades porteñas, Julia no dijo “chau, che”, sino “hasta luego, che” (“ta luego, che”) y se abrazó primero con Romeo y luego con Ankara. Después, un saludo con la mano, a la distancia, Julia se fue rumbo a Boedo, a la casa de sus padres, donde ya tenía las valijas hechas, Ankara y Romeo enfilaron hacia San Cristóbal, de la mano y un poco ausentes, pateando tapitas de gaseosas y pedazos de baldosas para entretenerse y no darse cuenta de que eso era un poco el final de una época.

Durante algunos días, la partida de Julia dejó a Ankara cabizbaja y meditabunda. Más allá del impacto que le causaba ser consciente de que ya no se verían más, la afectaba considerarse imposibilitada de una migración similar. Víctima de un *studius interruptus* no deseado acaecido cuando le faltaban apenas cuatro materias y la tesis para licenciarse, todavía no había terminado la facultad. Ankara consideraba que eso la anclaba en Buenos Aires y deseaba el título como se desea la casa propia: de manera ferviente, pero algo vaga, como si fuera obvio que llegar a poseerla sería un milagro. A Romeo las inquietudes de Ankara le parecían lógicas. Encontraba saludable su deseo de ser “algo más que una universitaria incompleta” cada vez que sucumbía al sentimiento de inutilidad que la embargaba cuando comparaba su situación laboral e intelectual con sus sueños de estrellato adolescente. Trataba de ayudarla en lo que podía, aprovechaba su experiencia de “licenciado en tiempo y forma”, como decía Ankara, para aconsejarle sobre cátedras y bibliografía, pero lo cierto era que entre el trabajo en la librería, las responsabilidades del hogar y la aspiración de pasar con Romeo las pocas horas libres en las que coincidían, en seguida quedó claro que el sueño de terminar la carrera no era más que eso. Además, y aunque de momento se arreglaban sin mayores dificultades, la angustia de un futuro en el que no llegaran a fin de mes estaba siempre

presente, razón por la cual ambos agarraban cuanto trabajito extra, por nimio que fuera, aparecía en el horizonte, para ahorrar o darse algún lujo: un fin de semana en Colonia, una biblioteca como la gente, un par de anteojos nuevos para los ojos cansados de Romeo. Fue porque tenían la ilusión de mudarse a un departamento más chico, pero más luminoso y en mejores condiciones, sin goteras ni paredes electrificadas, que Ankara comenzó a trabajar free-lance para una fundación sin fines de lucro, cuyo objetivo era promover el arte latinoamericano en Latinoamérica: mostrar en Argentina lo que estaban haciendo en Bolivia, mostrar en Perú lo que hacía furor en Uruguay, mostrar en Chile el arte de vanguardia paraguayo, y así. El primer trabajo que Ankara hizo para Somos Latinoamérica se lo pasó una compañera de la librería que se había comprometido a desgrabar treinta horas de entrevistas en dos semanas, cosa que, comprendió inmediatamente, para ella era imposible. Ankara aceptó gustosa hacerse cargo de la mitad del trabajo por la mitad de la paga y al final resultó tan efectiva que de los veinte cassettes desgrabó doce. Como a la librería no podía faltar, trabajaba en las desgrabaciones sobre todo por la mañana, antes de irse para el Centro Cultural Recoleta, porque a la tarde llegaba muy cansada como para ponerse a tipear y además, luego de todo un día de trabajo, quería estar con Romeo. Con lo que ganó, le regaló al susodicho un archivador casi tan alto como ella para que pudiera ordenar las cantidades interminables de recortes que, relacionados con el guión que estaba escribiendo o promesas de guiones futuros, se acumulaban por todos lados a la espera de algún estante extra.

Luego de esa primera experiencia, Katrin Steffen, una uruguaya –hija de padre suizo– que estaba al frente del departamento encargado de los catálogos de las diferentes exposiciones, la llamó para preguntarle si le interesaba ocuparse de la corrección de pruebas del que acompañaría la exposición dedicada a artistas colombianos contemporáneos para el cual

había hecho las desgrabaciones. Ankara aceptó de inmediato. Se trataba de una cantidad de trabajo brutal, visto que el catálogo tenía cuatrocientas trece páginas y que Ankara sólo disponía de sus horas libres. Viéndola al borde de una descompensación anímico-físico-espiritual, Romeo no tardó en ofrecerle su ayuda, que Ankara aceptó agradecida, de manera que los momentos que se reservaban para ellos pronto se transformaron en veladas de café y birome roja, música suave de fondo y una interminable lectura renglón por renglón.

Fueron semanas agotadoras para ambos, pero valieron la pena, no sólo porque de la noche a la mañana dispusieron de una cantidad de dinero que les permitió, entre otras cosas, cambiar la heladera viejísima, sino porque luego de ese catálogo Katrin le ofreció a Ankara entrar a formar parte estable de su staff. Las horas de trabajo eran un poco menos que en la librería (los sábados y domingos los tenía libres), el sueldo era mejor y a Ankara la entusiasmaba mucho más ocuparse de traducciones, desgrabaciones o búsquedas bibliográficas, que vender libros. A veces, incluso, se encargaba de entrevistar a artistas latinoamericanos de paso por Buenos Aires, de llevarlos a algún lado o mostrarles la ciudad. Como consecuencia, tanto ella como Romeo entraron en contacto con un mundo que no habían sospechado, lleno de hombres y mujeres con ideas contundentes, dispuestos a hacer cosas a como diera lugar, conscientes de su lugar en el mundo, de sus deseos y necesidades, de sus convicciones. Con el tiempo, el PH se volvió un lugar de pasaje obligado para los visitantes, sobre todo porque Ankara le hacía propaganda de tal manera, en mi casa, espacio es lo que sobra, mi novio es un dios en la cocina, que parecía poco menos que una locura preferir ir a otro lado. Trasladar las veladas de algún bar céntrico a su hogar en San Cristóbal le permitía ver a Romeo a diario, incluso en los períodos en que debía desempeñarse como guía turística, durante los cuales sus horarios de trabajo se desvirtuaban por

completo. Los invitados, por su parte, siempre se iban satisfechos de su casa porque Romeo, amén de poseer una curiosidad sin límites y de ser un gran conversador, podía tomar durante horas sin más consecuencias que cierta urgencia de pasar al baño.

La inserción de Ankara en *Somos Latinoamérica* la alejó de manera definitiva del mundo del cine. No volvió a pisar la FUC y tampoco a escribir guiones, si bien se hacía el tiempo de leer todo lo que escribía Romeo para darle su opinión de mujer enamorada.

Una mañana en que, todavía medio dormida, se encontraba preparando el desayuno, sintió de pronto que la boca se le llenaba de saliva. Presa de la sorpresa, vomitó moco, bilis y saliva en la pileta de la cocina. Esta vez, las rayas fueron dos. Paralelas y gruesas, decididamente sí.

# Modos de asedio

---

*El arte de vivir con fe, sin saber con fe en qué.*

12:35



Yo lo que necesito es información, pensó Valentín al tiempo que zigzagueaba rumbo a la cocina tratando de no llevarse por delante ninguna copa, vaso, botella, plato o cenicero sucio. Como no estaba acostumbrado a tomar, la cabeza se le partía de dolor. Sentía que un taladro pugnaba por perforarle el temporal derecho y de nada servía que se apretara la zona afectada con índice y medio o que los moviera en pequeños círculos en un gesto que podría haberse tomado por un intento de concentración profunda. Indiferente al objetivo de semejantes disposiciones, el dolor continuaba, como si hubiera tenido un curso a contramano en el cerebro.

Molesto por el desorden, molesto porque todo parecía ir mal, entró en la cocina, buscó a tientas en las alacenas que estaban encima de la pileta, llenó de agua un vaso que parecía limpio y se preparó un sobrecito de Uvasal. Se lo tomó de un trago y satisfecho por la tranquilidad de conciencia que le otorgaba saberse como siempre expedito en la solución de problemas —no importaba que el Uvasal remediara desentendimientos gastrointestinales—, se desvistió delante del lavarropas, metió en el tambor todo lo que llevaba puesto, fue hasta el baño y se sentó en el inodoro a pensar. La situación revestía cierta gravedad. Tenía la casa hecha un chiquero en día hábil, tenía la vida hecha una porquería en día hábil también y la única solución que se le ocurría era recurrir a una persona con la cual se había portado mal a propósito, a causa de unos celos idiotas, retroactivos, que nadie entendía y menos de todos él. Pero bueno, así es la vida, se dijo Valentín, sintiendo una gran empatía por la situación que le tocaba atravesar.

Como no podía dejar de ir a trabajar, pero calculaba que podía tomarse algunas horas, suspiró pensando que tenía que apurarse. Ya era media mañana pasada y él todavía estaba en veremes. Como primera medida salió del baño y fue en busca de su billetera, que descansaba medio despatarrada sobre la mesita de luz. Ensalivándose el índice pasó una por una las

hojas de la pequeña agenda telefónica que siempre guardaba en su interior hasta llegar a la CH. De reojo vio los estragos que Giordano había hecho la noche anterior. Valentín chasqueó la lengua en un gesto de desagrado. Hay que ser, che. Primero me rayó toda la B para ver si funcionaba la birome y después me inutilizó completamente la C con esta cosa de Pablo Gil. ¿Quién carajos es Pablo Gil? No tiene respeto por nada, dos páginas enteras perdidas por esta porquería:

134

Me quería obligar  
 al amor burgués (con preservativo)  
 preventivo y limpio.  
 Como si reto la miré  
 mi suave mano pornográfica  
 rozole los labios, húmedos  
 y con ademán irreverente  
 callando  
 injurié el día  
 su seguridad, ¿la de quién?  
 de arriba abajo quién soy  
 y de dónde vengo.  
     Grito ahogado por  
     falta de tiempo.  
     Versitos malolientes.

Me voy a tener que comprar otra agenda. Me compro otra y le pido a Soledad que me pase los números. Total, tiempo tiene porque con la excusa ésa de que ella es súper eficiente, cada vez se está yendo más temprano, la turra. Voy a tener que hablarle. Al fin y al cabo, si el laburo no le gusta, que se vaya, pensó Valentín mientras marcaba el número que tenía escrito junto al nombre (¿o era su apodo?) “Chíchara”. En dos minutos arregló que antes de ir a la productora pasara por su

departamento y pusiera un poco de orden. No era que hubiera un gran trabajo de limpieza, se trataba más bien de barrer, lavar los platos y enderezar todo lo que encontrara torcido. Le dio la dirección, le dijo que la llave se la pidiera al portero, que él iba a dejar dicho que ella iba a pasar. Colgó, miró un momento hacia el balcón, iba a tener que pagárselas como horas extras, pero por lo menos se sacaba el problema de encima. Se rascó el ombligo con el índice derecho y, sintiendo que ya empezaba a salir de la desagradable situación en la que se encontraba, enfiló hacia la ducha.

Cuando Lili había empezado a quejarse de que Valentín se pasaba el día entero en la productora, de que apenas se veían, él se había hecho el boludo. No te pongas pesada, che, le había dicho medio en serio medio en broma, el laburo es el laburo. Lo cierto era que Valentín, si bien disfrutaba de la perspectiva de saber que al volver a su departamento Lili lo estaría esperando, al mismo tiempo sentía una especie de asfixia consecuencia de haber trocado, de manera natural, casi sin darse cuenta, sus periódicos zafarranchos con amigos por una cotidianidad que, mucho más apacible, por momentos le parecía rutinaria. No era que con Lili no saliera o que salir con ella no fuera entretenido. Lo era, pero de otra forma, más tranquila, más dentro de los parámetros de lo normal. Con ella, la adrenalina de ir a ciento ochenta kilómetros por hora por Libertador, de ser grosero porque sí, porque esta noche estoy eufórico, carajo, no era posible. Su presencia lo cohibía, el desenfado no se le daba de manera natural, tenía que esforzarse, empujarlo, y entonces la cosa ya no le gustaba, se sentía incómodo. La vida de juntado, menos mal que por lo menos no estamos casados, si no, ahí sí que me mataba, pensó Valentín estirándose para alcanzar un toallón amarillo, lo llenaba de una inquietud culpable que nacía de su incapacidad para saber si junto a Lili era o no feliz. Con ella se sentía tranquilo, bien, pero la felicidad, ¿era eso?

Desde que estaban juntos, Valentín no había sentido la necesidad de otras mujeres. Lili lo satisfacía con plenitud en todos los planos, se preocupaba por él, era amorosa y una bomba en la cama. Pero, así y todo, el tiempo pasaba y Valentín no podía evitar pensar que tal vez se estaba conformando con poco, que la felicidad no era ese mar de aguas sin olas sino un océano embravecido y que él, por cómodo, no quería darse cuenta. Y sin embargo, al mismo tiempo, estar con Lili le gustaba, sobre todo cuando ambos lograban llegar a la noche de buen ánimo y cenaban comentándose los avatares de la jornada. Charla introductoria para la que seguiría al postre, ya en la cama, preparándose para ver una película en la televisión o un video alquilado a propósito, ambos sabían que todo era una excusa para terminar enredados en un combate cuerpo a cuerpo que les deparaba la cantidad exacta de placer y cansancio como para atravesar la noche envueltos en un sueño apacible, perfecto.

136

Una vez que se secó, Valentín se envolvió el toallón alrededor de la cintura y salió del baño rumbo a su habitación. Allí se puso toda ropa limpia. Boxers Calvin Klein blancos, pantalón y camisa Hugo Boss en combinación de grises, zapatos Polo Ralph Lauren negros, medias oscuras inidentificables, probablemente envió de su madre desde Entre Ríos. Se comprobó y aprobó en el espejo del armario, volvió al baño a peinarse y ponerse desodorante –inexplicablemente Pino Colbert–, fue hasta el comedor, tomó la billetera de al lado del teléfono, la campera de cuero –Timberland, marrón– de la percha de pie que había junto a la puerta de entrada y salió cerrando con llave. Al pasar por la planta baja, tocó la puerta del portero, le avisó que iría Chíchara a limpiar su departamento y le pidió que por favor le diera la llave que quedaba en la portería para casos de emergencia, cuidando, eso sí, de que se la devolviera una vez terminado el trabajo. El portero le aseguró que así lo haría.

Valentín le agradeció, lo saludó y salió del edificio en dirección a la cochera donde guardaba su Peugeot 206.

Se dirigía a casa de Giordano porque necesitaba información y él era, en calidad de ex novio de su novia (¿ex novia?), el único que podía saber lo que a Valentín le quitaba el sueño: antes de que apareciera ese gordo desagradable y le arruinara la fiesta y la vida con su pretensión de blanquear una situación que Valentín no había siquiera sospechado, ¿estaba al corriente él, Giordano, de la infidelidad de Lilí? ¿Era el gordo el primero o habían habido otros? Se daba cuenta, sin embargo, de que Giordano bien podía no recibirlo o recibirlo para la mierda, no sólo porque la noche anterior se había acostado tardísimo y estaría con sueño, o durmiendo, sino porque además quedaba pendiente el desagradable asunto de la trastada que le había hecho por celos, porque le reventaba que hubiera tenido a Lilí antes que él, porque no soportaba esa seguridad que le inspiraban sus capacidades, porque quería demostrarle a él, y también a Lilí, que Valentín Ringkler no era ningún nene de teta. Con las llaves del Peugeot en la mano, detenido a media cuadra de su casa, Valentín decidió que mejor tomaría un taxi. Giordano vivía en San Cristóbal, lejos de la paquetería de Recoleta, su barrio adoptivo. No quería arriesgarse. Lo único que faltaba era que por dejar el auto en la calle se lo afanaran (o se lo chocaran o rayaran o le quitaran el stereo o las ruedas). Saber al Peugeot en peligro lo pondría nervioso, más todavía de lo que ya estaba por tener que ir a mendigarle un par de frases a una persona a la que le había hecho la guachada de darle trabajo un mes y despedirlo al siguiente sin explicación, sin nada, para que se devanara los sesos pensando qué había hecho mal. Para humillarlo, para quebrarle las defensas y dejarlo un poco hecho bosta, atascado en la incomprensión y la duda como en una boca de tormenta tapada en plena tormenta de Santa Rosa.

Como todavía no había desayunado, y aunque era tarde, Valentín caminó hasta Pueyrredón y Las Heras, en donde entró a La Alameda a tomarse un cortado con medialunas. En el puesto de diarios que quedaba frente a la puerta compró el *Clarín*. Durante veinte minutos leyó por encima los titulares del día y sólo se abstraigo cuando llegó a la parte de deportes. Se informó sobre tecnicismos varios de la última actuación de River, el cuadro destinatario de su fervor de hinchas, se maravilló ante la victoria de Gastón Gaudio en Roland Garros que, siendo el número cuarenta y cuatro del mundo había batido a Guillermo Coria, número tres, quedándose con el millón de dólares y la gloria de ser el segundo argentino de la historia en ganar el Abierto de Francia. Pidió la cuenta, pagó y se fue. Eran alrededor de las doce.

138

Media hora más tarde, Valentín se encontraba en Pavón y Entre Ríos. A unos metros, unas cincuenta personas cortaban la avenida, apostadas frente a una dependencia del Gobierno de la Ciudad. La mayoría eran mujeres con chicos chicos, aunque había también hombres y muchachos, en general los encargados de sostener las banderas y de hacer sonar los bombos, de momento silenciosos. Muchos de los manifestantes estaban sentados, la mirada ausente y cara de aburrimiento, otros charlaban entre ellos, algunos comían pan, alguna fruta. En conjunto parecían encontrarse en un compás de espera y a primera vista el motivo de la protesta no era evidente. Desde su esquina, Valentín le dedicó una mirada rápida al grupo y automáticamente se felicitó por haber dejado el auto en la cochera. Le llevó un minuto orientarse y ya se disponía a recorrer los metros que lo separaban de la puerta de Giordano cuando a su lado se materializó una mole que a él, que era alto, le llevaba alrededor de una cabeza, cubierta con una camisa sucia sin botones, terminada en un nudo bastante más arriba del ombligo que resaltaba la silueta de dos senos redondísimos, desobedientes de las leyes de gravedad. Debajo,

una tanga negra que se veía vieja, y al final de dos piernas musculosas y largas, un par de plataformas muy usadas de un material transparente. Hola, papi, ¿quierés que hagamos algo?, voz grave, pero así y todo de gata en celo, adornada con mucho mmmhhh antes y después. Valentín petrificado, no gracias, te agradezco, observando esa cara maciza y ajada por el cansancio, manoseada por la suciedad y la miseria. Bueno, entonces hasta la próxima, dulce, la voz gruesa ya se alejaba, cruzando Entre Ríos en dirección a Solís, los automovilistas detenidos ante el semáforo rojo se hacían los desentendidos, algún taxista tocaba bocina, chau, hermosa, y ella que sacudía sus rulos rubios un poco grasientos por el uso, masajéandose con la mano derecha el cuero cabelludo, igual que en la propaganda de Wellapon, atravesaba la estación de servicio a puro movimiento de pelvis y seguía por Pavón hasta perderse en la lejanía arbolada. Mamma mía, qué barrio, murmuró Valentín poniéndose en marcha. Estaba a poco menos de una cuadra del 1583 de Entre Ríos, su objetivo. En el trayecto pasó por delante de un negocio clausurado, de una casa tomada y de una concesionaria que sólo tenía a la venta un Renault 12 negro y cuyo letrero, resto de épocas pasadas, rezaba Cochería en grandes letras verdes. Luego, una puerta cancel y a continuación, la correspondiente al 1583, de un metal abollado y malamente pintado de blanco, estaba entreabierta. Valentín se detuvo junto al escalón de baldosas rojizas, prólogo de una oscuridad que se internaba en un corredor al final del cual se entreveía una puerta roja. Sacó su billetera y consultó por enésima vez la dirección de Giordano en la agendita. Tras la comprobación, devolvió la billetera al bolsillo del pantalón y empujó la puerta que, con el gozne inferior roto, cedió emitiendo un chillido agudo. Avanzó por el corredor. Fueron ocho pasos hasta la puerta. A la derecha, el pasillo dibujaba una S y seguía, ya sin baldosas, unos treinta metros para el fondo. Cualquier cantidad de arañas y de moscas atrapadas en sus redes se balanceaban en las cercanías

de la puerta roja. Concentrándose para no sucumbir al asco que le producía encontrarse en medio de tanta suciedad, Valentín luchó unos momentos con la penumbra para encontrar el timbre. Fracasó. No había. Llamó a la puerta. Tres golpes decididos, separados, secos. Contuvo la respiración para escuchar mejor el rumor del interior de la casa. Nada. Mierda, ahora lo único que falta es que este tarado no esté. Otros tres golpes. Soy un boludo. Tendría que haber llamado antes por teléfono, pensó Valentín acercando la oreja a la puerta, cuidando de no tocarla. En eso estaba cuando de pronto un grito penetrante, agudísimo, lo sobresaltó haciéndolo retroceder hasta la pared que franqueaba la puerta por la izquierda.

—¡ESTREEEEEEESHAAAAA!

Tres segundos de silencio.

140

—¡ESTREEEEEEESHAAAAA!

Tres segundos de silencio.

—¡ESTREEEEEEESHAAAAA!

Era un grito estridente, perforador de tímpanos, agudo como el berrinche de una agujereadora en pleno ataque de celos. Luchando por parecer natural, Valentín recorrió con cautela la S que dibujaba el pasillo y se asomó a su segundo tramo, en mitad del cual vio a una mujer que, con unas calzas floreadas y la remera de San Lorenzo, cantidad de pulseras y una enorme cruz de plástico en mitad del pecho, hablaba —ahora en un tono más coherente— con su perro salchicha mientras le ataba la correa al collar para salir a dar una vuelta. Pero, che, esto es un circo, murmuró Valentín desandando el camino recorrido. Una vez más frente a la puerta roja, volvió a golpear tres veces sin ninguna convicción, listo para emprender la retirada. Pero entonces, en el interior se escucharon ruidos, risas, alguien que se tropezaba, cuchicheaba, volvía a reírse y terminaba preguntando:

—¿Quién es?

—¿Giordano? Soy yo, Valentín, Valentín Ringkler.

La puerta se abrió para dejar paso a un Giordano que con la mano que no se encontraba sobre el pomo sostenía una sábana rosa a nivel de la cintura para cubrir su evidente desnudez. Tenía el pelo revuelto y un poco de ojeras, pero se lo veía sonriente, parecía feliz.

—Disculpá que haya caído sin avisar, Giordano, si te incomodo, decímelo y me voy, no hay problema. ¿Estás ocupado? ¿Es un mal momento?

—No, qué mal momento. Entrá, entrá. Es un BUEN momento —y levantando la voz para que lo oyeran desde la habitación que estaba frente a la cocina—, ¿verdad Ankara?

La respuesta se demoró un momento.

—¿Cómo?

—¿Verdad que es un BUEN momento?

—Sí, verdad —respondió Ankara desde la pieza ahogando un principio de risa.

141

La tranquilidad con que Giordano compartía su intimidad puso incómodo a Valentín que, de pronto, sintió la necesidad de averiguar lo que había ido a averiguar e irse de una buena vez.

—Mirá, Giordano, lamento molestar, veo que estabas, que estaban...

—No, no molestás, cuando golpeaste a la puerta justo nos estábamos por ir a bañar —con su sábana rosa, Giordano parecía un senador romano. Se la había anudado en la cintura y aprovechaba para desperezarse con los brazos estirados hacia el techo—. Eso sí, si no hubiera sido por “estrisha”, no te hubiéramos escuchado.

—Qué barbaridad, la voz de esa mujer —se apresuró a comentar Valentín, contento de poder aportar algo casual a la conversación—. ¿Es siempre así?

—Siempre. Acá no hay necesidad de despertador porque ocho menos cuatro... ¡estriiiiiishaaaa! —gritó Giordano

esforzándose por imitar la agudeza del chillido— sale para llevar a la hija a la escuela y de paso, despierta a medio barrio.

—Che, más bajo, a ver si te escucha —pidió Ankara desde la pieza.

—Y bueh —siguió Giordano rascándose el cuero cabelludo—, las ventajas de vivir en un ex conventillo.

—¿Qué ex conventillo ni ex conventillo? —preguntó la voz de Ankara—. ¿No estabas vos la otra vez, cuando Julia dijo que esto había sido una imprenta importantísima en 1920? ¿Cómo dijo que se llamaba? El Todopoderoso, El Invencible, algo así.

—¿Y ella cómo sabe? —preguntó Giordano acercándose a la puerta de la habitación.

—Lo habrá leído en algún lado. Viste cómo es Julia, que con tal de no estar acá, se la pasa en esa biblioteca que queda por Corrientes y el Bajo, todo el día lee que te lee. Lo habrá encontrado en algún libro.

142

—Hablando de eso, hay algo que tengo que decirte ... —Giordano dudaba—. Perdón, Ringkler, ¿vos te quedás a almorzar?

Valentín había tomado asiento en el tercer escalón de la escalera interior y esperaba con paciencia que se acordaran de él.

—Y, no sé, yo vine porque necesito hacerte una pregunta, Giordano.

—Giordano, Giordano, cortala, che. Si sabés que no me gusta que me llamen por mi apellido. Ya te lo dije ayer a la noche —Giordano sonreía con los brazos en jarra—. Es verdad que vos, claro, estabas un poco ido.

—Justamente de ayer quería... —comenzó Valentín.

—¿Por qué no te gusta? —inquirió Ankara entre risitas—, ¿no querés que te confundan con el peluquero?

—No, nena, no me gusta porque es el apellido de mi viejo y yo, a mi viejo, como todos sabemos, no lo quiero ver ni en figuritas. ¿Para qué tengo dos nombres de pila, si no? —y

dirigiéndose a Valentín—, llámame Carlos o Romeo, como más te guste.

Valentín consultó su reloj y calculó que, visto que ya eran cerca de la una, lo más sencillo era quedarse a comer y después irse directo de ahí a la productora. Pero, claro, se daba cuenta de que corría el riesgo de que Carlos Romeo estuviera hasta las cuatro de la tarde para bañarse y cocinar algo.

—Mirá, Gior... eh... Carlos, no sé, yo estoy un poco apurado, ¿entendés?

—Entonces, perfecto —dijo Carlos Romeo saltando de alegría—. Vení, acompañame. Ésta es la cocina, ¿ves? ¿Qué te gustaría comer? ¿Carne?, ¿pasta? Hay de todo. Vos elegí lo que quieras y lo hacés, que mientras nosotros nos bañamos y vestimos, así no perdemos tiempo y vos te podés ir lo antes posible. ¿Qué te parece?

—Romeo, no seas turro, che —le dijo Ankara desde la habitación.

143

—Alumna Ankara Aargau, silencio —la conminó Carlos Romeo en pose de maestro Ciruela, con una mano en la cintura y la otra hacia adelante, apuntando con firmeza hacia un punto indeterminado—. Si a Ringkler le gusta cocinar, ¿no es cierto, Ringkler?

Valentín suspiró resignado. Ya había llegado hasta ahí, bien podía seguir un poco más.

—Sí, por mí está bien, pero eso sí —avisó levantando las manos a la altura de sus orejas—, yo me voy a las dos, a más tardar. No puedo demorarme porque tengo mucho laburo pendiente.

—A las dos vas a estar en la calle, Ringkler, palabra de honor. Ahora, ponete cómodo. Dame la campera que te la cuelgo en... —Carlos Romeo se detuvo un momento en la prenda que Valentín le tendía—. Pero, che, ¿qué estuviste limpiando con este trapo? Lleno de telarañas y de bichos muertos, qué asco.

—No puede ser —Valentín manoteó la campera para comprobar él mismo—, ¿a ver?

En efecto, al cuero de la espalda se habían adherido parte de las telarañas que, al llegar, había visto balancearse con suavidad en la pared izquierda del pasillo.

—No te preocupes, no es nada —se apresuró a decir Carlos Romeo al ver el espanto en los ojos de Valentín, que sentía como un comienzo de náusea en la garganta—. Con un trapo húmedo se saca en seguida. A ver, ¿dónde está el trapo? —se preguntó a sí mismo escudriñando la cocina—. Acá. Dame la campera.

144

Valentín obedeció con timidez. Carlos Romeo la extendió sobre su rodilla derecha, que mantuvo en el aire durante la operación de limpieza, y procedió a quitar toda la porquería con el trapo rejilla apenas humedecido. Terminó enseguida. Enjuagó el trapo con agua caliente, lo devolvió a la orilla de la pileta, tomó la campera por los hombros y la extendió junto a la luz para observarla mejor, consideró que estaba bien y se la llevó al primer piso, donde la colgó sobre el respaldo de una silla.

—Bueno, ya está. Yo me voy a bañar. Si necesitás o no encontrás algo, preguntale a Ankara, que ella te dice.

La cocina era un rectángulo estrechísimo. A la derecha se hacinaban heladera, lavarropas y calefón, todo notablemente antiguo y usado, junto con una serie de cachivaches varios, como palangana, balde de plástico, escoba, secador y varios trapos de piso, algunos todavía mojados. Frente a la puerta, un horno reliquia histórica, del cincuenta o anterior, y junto a él, la mesada de metal, debajo de la cual se abría una zona a medio construir en la que convivían los caños de la pileta, los tubos de desagote del lavarropas, un cajón verde de La Serenísima con lavandina y otros productos de limpieza, y una especie de estante de madera que, apoyado sobre cuatro ménsulas de metal que hacían las veces de patas, albergaba ollas, platos, vasos, cubiertos y demás artículos de la vajilla. Por encima de la

mesada, justo sobre la piletta, había una pequeña ventana enrejada del lado de afuera, que daba al pasillo en el que se habían parado perro salchicha y acompañante hacía un rato. Al lado de ella, un estante corto y ancho sostenía un microondas prehistórico. Perpendicular a él y un poco más alto, sobre la pared que constituía el fondo de la cocina y la separaba del baño, otro estante reunía distintas especias, yerba, arroz, polenta, fideos secos, galletas, porotos, azúcar, sal. Los aceites y, en general, todo lo que no entraba en otro lado, se encontraban arriba de la heladera. La distancia que había entre la mesada y la pared que del otro lado constituía el pequeño pasillo que desembocaba en el baño era tan estrecha que si Valentín se ponía de perfil a la ventanita casi quedaba atascado entre una y otra.

Maravillado por la estrechez de esa cocina que, de haber sido suya, le hubiera puesto los pelos de punta, se arremangó la camisa y decidió hacer fideos con salsa de bróccoli: fácil, rápido y rico. Puso a hervir agua en la única olla que encontró de un tamaño suficiente como para cocer tres cuartos kilos de pasta y le agregó sal. Luego, tras la comprobación de que no había sartén, tomó una olla más pequeña, le cubrió el fondo con aceite de maíz y se dedicó a cortar cebolla. La mezcló con el aceite y la puso sobre el fuego, mientras cortaba una planta de bróccoli mediana. Una vez que la cebolla empezó a dorarse, le agregó el bróccoli, algo de sal, orégano y alguna otra especia dictada por la inspiración, mientras revolvía para que no se quemara. Ni bien el agua hirvió, calculó a ojo setecientos cincuenta gramos de fideos y los metió en la olla. Agregó un tomate a la salsa y, tras revolver durante algunos minutos, apagó el fuego para que reposara durante un instante. Exprimió unos limones e hizo un litro y medio de limonada, que fue a parar a una botella de agua mineral que encontró vacía en la puerta de la heladera. Satisfecho con el resultado de una degustación a punta de cuchara, le pidió permiso a Carlos

Romeo, que estaba terminando de vestirse, y subió al piso de arriba para inspeccionar el espacio e informarse de cuáles eran las características del comedor. No le sorprendió para nada comprobar que el espacio que los dueños de casa usaban a ese efecto estaba constituido por una cama en la que nadaba a la deriva, envuelto en una frazada roja, un colchón demasiado pequeño para colmar el armazón de madera y dos sillones (uno a punto de desfondarse) con almohadones a rayas de colores sobre fondo negro ubicados alrededor de algo que parecía una mesa petisa pero era, en realidad, una cajonera tirada de costado.

—¡Ankara, apurate, que la comida ya está! —se oyó la voz de Carlos Romeo saliendo de la cocina—. ¡Mmhhh, qué rico! Con el hambre que tengo. Mmhh, limonada, qué bien, riquísima.

146 Valentín bajó y se aproximó a la cocina.

—¿Te gusta?

—Está exquisito. No sabía que cocinabas tan bien. Si hubiera sabido te invitaba más seguido, che —dijo Carlos Romeo riendo, mientras tomaba tres platos del estante de abajo de la mesada—. ¿Los subo o preferís servirlos acá?

—No, mejor sirvo acá, así no hay que andar dando vueltas con las ollas.

—Sí, claro, tenés razón —coincidió Carlos Romeo antes de volverse hacia Ankara, que acababa de salir del baño con una toalla alrededor de las axilas y otra en el pelo—. Apurate, che, que si no se enfría.

—Empiecen ustedes. Yo en seguida voy.

Así lo hicieron. Valentín subió el plato de él y el de Carlos Romeo —el de Ankara quedó en la cocina protegido por un bol para ensalada dado vuelta—, Carlos Romeo se ocupó de hacer lo propio con cubiertos, vasos y limonada, y en dos minutos estuvieron almorzando en el primer piso, acompañados por la voz de León Gieco. Fue entonces que

Valentín, sin más preámbulos, tras un trago de limonada, hizo la pregunta que lo había llevado hasta ahí:

—Escuchame, Gior..., Carlos, perdón, ¿vos sabías que Lili me estaba metiendo los cuernos? Quiero decir, ¿vos sabés desde cuándo Lili se ve con este tipo, este Tüffenwies?

Sin dejar de masticar, una mueca de incredulidad se dibujó en la boca de Carlos Romeo. Tragó, tomó un poco de limonada.

—Sos un caso, Ringkler. Debés ser la única persona de la Tierra capaz de decirle “Lili” a un minón como Leila. ¿Si yo sabía que te metía los cuernos? Pfffff, saber, no, no sabía, hace mil años que no hablamos, desde que te conoció a vos, más o menos. Pero qué sé yo, la Orelli no pasa desapercibida. A esta altura, eso deberías saberlo. Leila es una mina que no soporta quedarse quieta, ¿entendés?

—Pero, cuando estaba con vos, ¿también te metía los cuernos?

147

—Lo nuestro era diferente, Ringkler, no éramos una pareja, nunca vivimos juntos. ¿Cómo podría explicarte? Era una relación basada en la libertad. Cuando teníamos ganas, salíamos, la pasábamos bien y después, basta, cada uno a casita. Ahora bien, si lo que vos querés saber es si ella se acostó con otros hombres durante el período en que también se acostaba conmigo, sí, con muchos. Che, a propósito, esto te salió riquísimo —agregó Carlos Romeo, chupeteando sonoramente su tenedor.

—Romeo, sos impresentable —suspiró Ankara desde la puerta.

Traía su plato en la izquierda y una palangana roja en la derecha.

—Hace un tiempo que Ankara tiene alguna dificultad para retener lo que come —le explicó Carlos Romeo a la mirada interrogativa de Valentín—. Si llega a vomitar, no te preocupes, no tiene nada que ver con tus habilidades culinarias.

—¿Este *Clarín* es tuyo, Valentín? —preguntó Ankara tomándolo de la silla en la que Carlos Romeo había colgado su campera—. ¿Puedo?

—Sí, claro —le contestó Valentín, visiblemente turbado por lo que Carlos Romeo le acababa de decir—. Pero entonces vos no sabés si en el tiempo que estuvo conmigo Tüffenwies fue el único o no, ¿no? —retomó, jugando distraído con los fideos que descansaban en su plato.

—Mirá, yo lo único que sé es lo que me dijo Leila ayer a la noche, antes de que nos fuéramos a tomar aire para que vos te calmaras —le confesó Carlos Romeo haciéndole lugar a Ankara para que se sentara junto a él sobre el colchoncito.

—¿Que es...?

—Yo creo que lo mejor sería que te lo dijera ella misma, ¿no? Total, debe estar en lo de los viejos, la llamás y...

148

—¡Cortala, Giordano! —Valentín empezaba a perder la paciencia—. ¡Basta de misterio, che! Decime qué te dijo y no te preocupés, que de una forma u otra, yo igual la voy a llamar.

—Bueno, bueno, yo decía porque, qué sé yo, no quiero ser fuente de malentendidos —se excusó Carlos Romeo haciéndole todavía más lugar a Ankara, que había desplegado el *Clarín* junto a ella en la cama y lo leía sin interesarse en la conversación—. Ayer, cuando apareció el muchacho y se armó todo el quilombo, Leila me dijo que vos sos la primera persona a la que quiere de verdad, pero que aún así no puede evitar ser ella misma, o sea, ¿no?, bueno, creo que es bastante claro. Ella me dijo así: que te quería, pero que no le salía ser de otra manera.

Valentín emitió un suspiro descorazonado.

—O sea que hubo otros.

Antes de poder hacer nada al respecto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Se sentía mareado e incómodo, acalorado, obligado a exhibir una debilidad insospechada frente a desconocidos. Mal, se sentía mal, con un vacío incolmable en

mitad del pecho y la necesidad de dejarse llevar y volver evidente que él también era handle with care, copa de cristal que podía mellarse de manera irrecuperable. El silencio que se produjo luego de la toma de conciencia de Valentín llamó la atención de Ankara que, levantando la vista del diario, quiso saber qué pasaba. Nada, todo bien, le respondió Valentín restregándose con violencia los ojos para que el brillo que les confería la humedad tuviera una causa mecánica.

—Me voy —dijo a continuación, levantándose del sillón que había ocupado hasta ese momento—. Chau —saludó, al tiempo que tomaba su campera de la silla.

No esperó a que los dueños de casa respondieran a su saludo o se ofrecieran a acompañarlo hasta la puerta. Bajó las escaleras con estrépito, cruzó el patio, atravesó la puerta roja, que cerró sin hacer ruido, se apuró en el corredor, empujó la puerta blanca con brutalidad (al punto de que ésta dibujó un arco de óxido en las baldosas del piso) y se encontró con el solcito de un comienzo de tarde agradable, los autos que circulaban por Entre Ríos, gente, en fin, la calle.

149

—Pero, ¿qué pasó?, ¿qué le dijiste? —quiso saber Ankara, todavía con el plato lleno de fideos con salsa de bróccoli, suspendiendo la lectura del “Suplemento Deportivo” de *Clarín*, que la tenía interesadísima.

—Nada, lo que te dije esta mañana: Leila le metió los cuernos a Ringkler con un tipo que se llama José no sé cuánto, Tübinguen, o algo así. Este tipo apareció ayer en la fiesta, se fue todo a la mierda, y ahora Ringkler quiere saber si es la primera vez o hubo otros —le resumió Carlos Romeo terminándose la limonada que tenía en el vaso.

—¡Obvio que hubo otros! —exclamó Ankara enrollando un montoncito de fideos con su tenedor—. ¿Qué se puede esperar de una mina como la Pelirroja Maldita?

—Bueno, che, no seas injusta. Que a vos te caiga como una patada al hígado no significa que haya habido otros sí o sí —

objetó Carlos Romeo levantándose para ir a buscar algo de postre—. ¿Vos vas a querer algo cuando termines? ¿Una manzana, una banana, uvas?

—No, gracias, yo estoy bien. Eso sí, lo que no entiendo es qué fuiste a hacer vos ayer a la noche a la fiesta de cumpleaños de tu ex novia, sabiendo la guachada que te hizo este tipo. Yo no lo trago, no lo tolero —gritó Ankara para que Carlos Romeo la escuchara desde la cocina.

—Pobre Ringkler —se rió él poniendo una manzana debajo de un chorro de agua fría—. No parece un mal tipo. Lo del guión me lo debe haber hecho en un ataque de celos.

—“No parece un mal tipo, no parece un mal tipo”. Perdoname, pero la experiencia demuestra lo contrario —dijo Ankara llenándose la boca de fideos—. Un tipo que convence a la ex novia de otro, presente novia de él, para que te llame y te engrupa ofreciéndote un trabajo que no existe para que vos te ilusiones durante un mes y después te quieras matar como consecuencia del despido, no me parece muy buena persona, la verdad.

—Y bueno, ¡pobre! —Carlos Romeo subió la escalera de a dos escalones por vez, recorrió estudio y comedor, y se instaló en el sillón que hasta hacía un momento había ocupado Ringkler.

—¿Qué “pobre”, Romeo?, ¿cómo “pobre”? ¡Ojalá que lo pise un auto, “pobre”! —exclamó Ankara briosa.

—Bueno, bueno, veo que hoy andamos bien de ánimos, bien de fuerzas... Hay que festejar, che.

—La verdad, la verdad —coincidió Ankara y señalando con el índice la página del *Clarín* que estaba leyendo—: Sobre todo porque se me acaba de ocurrir una idea buenísima para escribir un guión. ¿Antonio DiVico no es de Venado Tuerto?

—Creo que sí, ¿por?

—Gaudio, el tenista, acaba de salir campeón de Roland Garros. Él era el no sé cuánto del mundo, se la pasaba

perdiendo, andaba deprimido, con problemas de autoestima, qué sé yo, y de pronto le gana a Guillermo Coria, que es de Venado Tuerto, y el número tres del mundo. ¿No es genial?

—...

—¡Romeo! ¡Es como David y Goliath! ¡Ganó el que nadie apostaba medio peso! Es bárbaro, eso es lo que es.

Carlos Romeo le dio un mordisco a su manzana con cara de que trataba de imaginarse cuáles eran las posibilidades de la historia.

—Y por si eso fuera poco, tenemos a Antonio, que nos podría explicar, por ejemplo, cuál puede haber sido la reacción de Venado frente a la derrota del candidato local, ¿entendés? —Ankara se detuvo un momento para tomar aire—. ¿Vos leíste *La asesina de Lady D*?

—No.

—Puh, tenés que leerlo. Es genial. Lo escribió un correntino, Alejandro López, se llama. Es una especie de Puig moderno, reventadamente bien escrito —a Ankara el recuerdo de lo placentero de la lectura la hacía reírse bajito—. Bueno, yo te lo paso, lo tengo abajo. Vos lo lees y después empezamos a escribir un guión sobre este tema, en ese tono. ¿Qué te parece?

Contento de que Ankara no sintiera náuseas, de que estuviera entusiasmada y quisiera volver a escribir, Carlos Romeo le dijo que sí, que le parecía bien.

—¿Y vos cómo te enteraste de la existencia de este López? —le preguntó dándole otro mordisco a la manzana.

—Me lo pasó Julia. Ella fue la que insistió para que lo leyera.

—Hablando de Julia, che —la interrumpió Carlos Romeo—. Llamó esta mañana y me encargó que te dijera una cosa.

Girando el tenedor en medio de la parva de fideos que todavía le quedaba en el plato, Ankara puso cara de soy toda oídos. Su primera reacción cuando Carlos Romeo le informó que Julia ya no iba a vivir con ellos fue preocuparse por cómo

iban a hacer para pagar su parte de alquiler y cuentas. Su segunda reacción fue preguntar si se iba a mudar con el muchacho que había conocido hacía un tiempo en la biblioteca de 25 de Mayo, aunque a ella le parecía un poco precipitado, si casi ni se conocen, che. Su tercera reacción al enterarse de que, en efecto, se iba a vivir con ese muchacho que, de hecho, vivía en Suiza, fue abrir los ojos como huevos fritos, al tiempo que perdía el control de su mandíbula, que cedía, dejando entrever restos de fideos y bróccoli sobre su lengua.

—Pero, pero, perdón, ¿cómo?, entonces se va del país, se va se va.

—Sí. Llamó para avisar que acaba de iniciar los trámites para la visa. Ni bien se la den, compra un pasaje de ida y se va.

152 Ankara no podía dar crédito a lo que oía. Sin darse cuenta repetía pero es una locura en un tono apenas audible. Con cara de cordero degollado quiso saber porqué su hermana menor pensaba adquirir un pasaje de ida sola y no uno de ida y vuelta. Carlos Romeo se encogió de hombros. Supongo que porque es más barato. O porque no piensa volver. Ankara, una mano en la frente como midiéndose la fiebre, la otra en la panza, aprovechó el silencio que se hizo a continuación para vomitar lo que acababa de comer. Pálida, miraba para todos lados como tratando de comprender —sin éxito— lo que sucedía. El plan de Julia le parecía una locura. ¿Y si se iba a Europa y el chabón la plantaba en el aeropuerto? ¿Y si descubría que en realidad no lo soportaba? Podía ser, incluso, que estuviera casado o tuviera hijos o fuera todo parte de un chanchullo para llevarse sudamericanas pavotas a Europa y convertirlas en prostitutas.

—¿Te das cuenta, Romeo? ¿Te das cuenta de lo tremendo de la situación?

Carlos Romeo le dijo que no exagerara y se fue al baño a vaciar la palangana. A la vuelta, se encontró a Ankara en la

misma posición en que la había dejado, balanceándose adelante y atrás con la mirada perdida en el techo.

—¿Sacarías el CD, Romeo, por favor? León Gieco me pone triste.

—¿Qué querés escuchar?

Ankara se encogió de hombros, por lo que Carlos Romeo prendió la radio y sintonizó AM 530, “La primera de la izquierda, la voz de las Madres”, radio de las madres. Luego tomó a Ankara por la cintura, la ayudó a bajar las escaleras y la condujo a su habitación. Le aconsejó que descansara un rato mientras él lavaba los platos y llamaba a Conócete a ti mismo para avisar que no iba a poder ir a trabajar por razones de fuerza mayor: amanecí con cuarenta grados de fiebre, se me parte la cabeza, me duele la garganta y no paro de vomitar. A pesar de que trató con más ahinco del habitual, Ankara no logró tranquilizarse. Sentía que no podía quedarse de brazos cruzados frente a la inminencia de la tragedia, debía hacer algo, hablar con Julia, persuadirla de no hacer lo que ella calificaba de “una locura”. Carlos Romeo no compartía sus aprehensiones, porque Julia, tonta no es, ¿no te parece?, si ella dice que este muchacho es el amor de su vida, por algo será, ¿no? Ankara objetaba que Julia era inocente, no tenía experiencia y que así, claro, era fácil que se confundiera.

153

—Incluso si el pibe es buena persona y no tiene mala intención —dijo Ankara poniendo cara de que esas cosas también existían—, no sé, me parece demasiado arriesgado, demasiado incierto como plan, ¿entendés?

—Todo en la vida es incierto, Ankara —replicó Carlos Romeo sentándose a su lado—. Miranos a nosotros dos. ¿La semana pasada vos te imaginabas que siete días después íbamos a estar donde estamos hoy?

Ankara sonrió ante una perspectiva que le provocaba mucho placer.

—¿Y dónde estamos hoy?

Carlos Romeo se encogió de hombros.

—No sé. En un lugar incierto, pero interesante —se tomó un minuto para pensar bien lo que quería decir y agregó—: no sé vos, pero yo estoy contento de haber hecho lo que hice esta mañana. Me saqué un peso de encima, siento que a partir de ahora todo va a ser diferente.

# Entrevista

---

A CARGO DE ROCCO CARBONE

Buenos **Aires**  
Febrero **2007**



Con *Modos de asedio* y *Nuevas Cenizas* El 8vo. loco lanza una nueva colección. De narrativa. 69/ Argentina es Latinoamérica. El número como símbolo de la disposición tipográfica y la leyenda porque junto con un texto argentino se propone editar uno latinoamericano. Regla que con su primera entrega se complace en obliterar. Dos argentinos: y sí.

Dos: con *Modos de asedio* y *Nuevas Cenizas* El 8vo. loco busca alcanzarte –lector– a dos autores clandestinos, por su doble condición de secretos y ocultos (hasta ahora), y por su circunstancia de ‘hacer ilícitamente’. Literatura. Novelas, en este caso.

Tres: El 8vo. loco cuida sus querencias y entonces arropa estas dos novelas con sendas entrevistas. Diálogo con los autores –Ana Ojeda y Mariano Fiszman– con vistas a que nos ofrezcan un panorama más amplio respecto de aquello que pueden proporcionar sus historias. Y ya que el espacio y el universo que abarca una entrevista son generalmente limitados, en este caso El 8vo. loco no hará una excepción. Formulará pocas preguntas, dejando al entrevistado la posibilidad de alterar el orden, plantearse interrogantes a su vez o entreverar las respuestas. Y van:

157

1. *Para empezar: el “mito de origen”. En qué clima empezaste a escribir. Tenés algún recuerdo, alguna anécdota. O, más generalmente, ¿podés mencionar una situación concreta? Y del cuándo al cómo: contestando a qué impulso empezaste a hacerlo.*

Empecé a escribir la primera vez que dejé Buenos Aires. De pronto, me vi con mucho tiempo libre entre las manos y prácticamente nada que hacer. Yo soy una persona tremendamente aquerenciada: los viajes se me dan mal, no por falta de curiosidad, sino porque me cuesta mucho adoptar costumbres y formas culturales ajenas. Si no estoy en Buenos Aires, en seguida me siento incómoda, como si observara lo que sucede dentro de un local, pero sentada en la vereda. A la interperie. Me siento impotente, incapaz, no sé por qué.

Cuando me fui no tenía mucha idea de qué era lo que iba a hacer. Simplemente saqué un pasaje, llené una valija y me fui. Me acuerdo que en seguida después de llegar, nevó día y noche en continuado durante una semana. Recién ahí empecé a comprender lo que significaba estar lejos. Era la primera vez que veía la nieve. La toqué, la junté, la barrí, la probé y, finalmente, la olvidé. Había más, siempre más. Vivir afuera (para citar a Fogwill) me produjo una honda melancolía, un sentimiento de pérdida. Sentía no que participaba de dos mundos distintos, sino que no participaba de ninguno de los dos. No fui capaz de integrarme a la sociedad que me recibía y esto me generaba rechazo por ella y angustia porque, a la vez, quería entender su visión de mundo, quería participar de sus códigos para matizar por lo menos un poco la sensación de extrañeza, de encontrarme fuera de lugar.

158

En ese clima, empecé a escribir *Modos de asedio*, que surgió como respuesta a una pregunta bastante sencilla. ¿Qué era lo que extrañaba yo de Buenos Aires? No eran las personas, no eran las cosas, no era mi familia, no era mi casa. Extrañaba Corrientes por la noche. Extrañaba la suciedad de las calles, los subtes en las horas pico, el sol del mediodía, la brisa de un día de primavera. El olor del río. El considerar lógicas las respuestas de la gente. Las librerías. Los cines. Las gauchadas. La curiosidad boba de los transeúntes. La picardía porteña. La gente. Cantidades enormes de gente por la calle. Güerrín. Los Macocos. El tamaño. Extrañaba el tamaño de una ciudad que no termina nunca. La imposibilidad de recorrerla a pie. El inmenso falo blanco –origen de la prepotencia patotera que tanto se nos critica a los porteños– que, desde la altura, regula la disposición de las calles. La noción de barrio. Las ganas, la costumbre de reír para ocultar el llanto.

¿Qué era, al fin de cuentas, la ciudad para mí? Empecé tratando de responder esta pregunta y terminé escribiendo esta novela.

2. *Del mito a la formación. De las influencias quiero hablar. ¿A qué otros autores y, concretamente, a qué libros referís tu literatura? No te estoy pidiendo una sarta de nombres que lleguen a resultar frenéticos o intimidatorios, sino tu postura frente a esos textos: desde dónde los lees, de qué manera los incluís en tus tramas, cómo te contaminás de ellos, de qué modo —si son textos extranjeros— los descontextualizás para contextualizarlos en tu literatura. ¿De qué elementos de otros textos suele apropiarse tu literatura?*

Leer es una actividad que disfruto muchísimo. Mucho más que escribir, si no fuera porque luego siempre me asalta un sentimiento de culpa provocado por la pasividad que implica. Con esto no quiero decir que al leer las neuronas de quien lo hace no se pongan en movimiento, pero sí que tiene algo de inmovilidad glotona. A mí, un buen libro y un chocolate me producen el mismo tipo de placer. Como leo mucho —me considero una lectora curiosa, desprejuiciada y voraz—, si no me pongo límites termino en una especie de admiración estática. Quiero decir: la lectura, por lo general, no me sirve de motor de la escritura, sino al contrario. No me inhibe, pero me atrapa y tengo que hacer un esfuerzo para dejar de lado lo que estoy leyendo y decir: bueno, ahora a escribir.

Para mí, la lectura es una especie de búsqueda del tesoro. Todo el tiempo estoy a la caza de algo nuevo, algo que me llame la atención, que me deje con la boca abierta. Te diría que siempre leo con ganas de que me sorprendan. Si esto no sucede, lo más probable es que deje el libro por la mitad.

Desde hace unos años, leo sobre todo literatura argentina. Por un lado, me interesa conocer qué hubo antes de mí en el plano literario, pero también busco en la ficción las huellas de un país que no viví, pero del cual recibí los despojos, de alguna manera. Creo que el arte es una forma —entre tantas otras— de conocer la realidad y de generar conciencia acerca de problemáticas que, *a priori*, nos resultan ajenas.

También me interesa la literatura latinoamericana. Recuerdo, por ejemplo, cuando leí *La guaracha del Macho Camacho*. Quedé estupefacta. Tuve que volver a leerla un par de veces para entender no sólo qué pasaba, sino cómo hacía Sánchez para hacer avanzar una historia sobre la base de la repetición léxica, el machaqueo insoportable de, por ejemplo: “Y las dos veces que me he perdido el show de Iris Chacón en la televisión me han comentado que Iris Chacón ha mapeado, ha barrido, ha acabado. Y las dos veces que me he perdido el show de Iris Chacón en la televisión me han comentado que a Iris Chacón le pusieron la cámara en la barriga y esa mujer parece que se iba a romper de tanto que se meneaba, como si fuera una batidora eléctrica, como si fuera una batidora eléctrica con un ataque de nervios”. Por supuesto, cuando doy con cosas que me gustan, inmediatamente las adopto. O sea, me contamina completamente y con un gusto infinito. Las robo, las imito, las copio, las homenajeo, que es lo mismo que decir: las uso, las trato de incluir en lo que escribo. Luego, las lecturas sucesivas, la escritura misma, me va haciendo depurar y, en la mayoría de los casos, al final no se nota que soy una chorra.

**3.** *¿Modos de asedio es tu primer libro? ¿Escribiste y publicaste otros? ¿Cómo, cuándo? Y pienso en el género: ¿privilegiás la novela o practicás otros géneros literarios? ¿Cuáles, por qué?*

*Modos de asedio* es mi primera novela. Antes escribí otras que hoy, por suerte, ni tengo ni recuerdo. Como tiendo a ser verborrágica, el cuento es un género que me resulta imposible. La novela no, porque es como una cacerola enorme en la que entra de todo. Te podés dar el lujo de empezar con humor y terminar con una pálida, de meter personajes, de sacarlos, de hacerlos desaparecer y luego retomarlos, de incluir en su interior poesías, relatos, de no mantener la unidad de tiempo, de lugar, en fin, la libertad es prácticamente absoluta.

4. *¿Cómo empieza a forjarse Modos de asedio? Y como aspecto correlativo: detrás de tu Modos de asedio sé que está el asedio a un premio literario. Deslizo esta pregunta no como para que me cuentes del premio en sí —el hecho de haberlo ganado o la trascendencia del jurado que lo otorgó no le añaden ni le quitan méritos particulares a tu novela— sino de la seriedad cultural que fomenta este gobierno.*

Como te contaba, *Modos de asedio* fue mi respuesta a un sentimiento de carencia, de pérdida de algo que no sabía muy bien qué era. Además de eso, quería incluir un elemento típico de los cuentos: el final con golpe de cola. Eso que hace que sobre el final, cuando todo parece encajar perfectamente, de pronto se corra una de las piezas y salgan a la luz las verdaderas relaciones que existen entre los personajes. Y nos demos cuenta de que, en realidad, hasta ese momento habíamos tomado la apariencia por realidad.

Lo que me interesaba particularmente de la vuelta de tuerca final es que reproduce algo que en la vida cotidiana nos pasa todo el tiempo. Esa sensación de sorpresa que genera (o tendría que generar) la lectura es la misma que sentimos cuando nos enteramos de que Fulana descubrió que Mengano le era infiel o que el teléfono no se descompuso solo, sino que fue el vecino quien lo desconectó para colgarse él de la línea, etc. Vivimos rodeados de estos asombros estupefactos. A mí me interesaba meterlos en la novela porque es el precio que pagamos por nuestra ansia de conocer siempre un poco más. En este sentido, todos, hasta los analfabetos, son lectores entrenadísimos. Frases hechas como: “no es trigo limpio”, “es un pan de Dios” tienen que ver con esto, con la capacidad que tiene cualquiera de leer por detrás de lo aparente.

Respecto de lo del premio. En efecto, *Modos de asedio* ganó, a finales de 2005, el segundo premio de novela corta otorgado por lo que en ese momento era la Casa del Escritor (dependiente del Gobierno de la Ciudad). El galardón consistía en dos mil pesos que, allá lejos y hace tiempo, pensé en invertir

en su publicación. Te la hago corta: la semana pasada me llamaron de la Dirección General del Libro y Promoción de la Lectura, que es el órgano que se fagocitó, digamos, la Casa del Escritor, para decirme que en dos meses, más o menos, puede ser que cobre. A esta altura, ya ni me preocupó. Lo que sí me parece es que este gobierno está muy obsesionado con la apariencia (fijate que desde hace meses y meses, prácticamente todas las plazas y las escuelas de la ciudad tienen un cartel que anuncia las remodelaciones que, supuestamente, se están llevando a cabo), pero descuida el fondo. Quiero decir, y volviendo al premio: a los días de que se hizo la ceremonia de entrega, ya figurábamos los tres premiados en la página del Gobierno de la Ciudad. Con eso, ellos dieron por terminado el asunto. Lo importante era tener presencia mediática, aparecer como gestores de una parte de la movida cultural actual. Luego, si los premios se pagan o no, si los libros llegan a las librerías o no, ésa es otra historia.

162

**5.** *En cuanto a tu labor literaria, una serie de preguntas. Me gustaría que las articularas. Se dice que todo escritor tiene sus monomanías, ideas fijas, sueños recurrentes. De obsesiones hablo. ¿Cuáles son aquellas que definen tus temas o que son constantes en tus libros? ¿Escribís regularmente o por rachas? ¿Cómo trabajás? Planes, intuiciones súbitas y escritura, servilletas de bar. Hacés esquemas que respetás. O que se alteran durante la escritura. ¿Mientras armás una obra, lees a alguien para inspirarte o preferís concentrarte en tu faena? Después de haber terminado un texto, ¿qué relación establecés con él? Hablar, acariciar, insultar. ¿Lo das a alguien para que lo critique y lo corrija?*

Dado que hasta el momento sólo tengo un libro no puedo hablar, todavía, de recurrencias. No obstante lo cual, te diría que mi obsesión son las relaciones humanas, si es que esto recorta algo el campo de lo posible como para formular una respuesta. Lo que quiero decir es que soy incapaz de incursionar en el género fantástico como lo hace Marcelo

Cohen o de crear algo dentro del campo de la ciencia ficción. Lo mío es, creo, una especie de costumbrismo que, a medida de que pasa el tiempo, se vuelve menos realista y más experimental. Ahora, por ejemplo, estoy empezando a escribir una novela que se llama *Falso contacto* y en la que quiero meter mano de manera franca en la parte formal de la escritura, o sea, en cómo narrar la historia lineal de dos familias inmigrantes en Buenos Aires, sin apelar a un realismo con aires de decimonónico. Voy un poco lento porque últimamente trabajo de manera mucho más sincopada que de costumbre. Entre las horas de puterío durante las cuales hay que alquilarse para poder vivir y las energías inagotables de mi hijo (que se combinan, por otra parte, con una capacidad nunca vista para la generación de situaciones con peligro de muerte), casi no tengo tiempo para dedicarle a la escritura.

En general, antes de empezar siempre hago esquemas. Trato de pensar la historia que quiero contar como un todo, como a vuelo de pájaro, desde arriba. Primero trabajo con la estructura general y desde ahí voy bajando hasta llegar a los capítulos o partes o secciones o fragmentos. Luego, veo de qué manera voy a escribir eso que quiero contar, es decir, qué herramientas lingüísticas, discursivas, tengo a disposición, tratando de no repetir algo que ya hice porque en ese caso me aburro en seguida. Hago listas de personajes, de nombres, de fechas de nacimiento, de lugares, etc. Una vez que tengo todo más o menos esbozado, me lanzo a escribir y me olvido de todo lo que hice hasta ese momento, de manera que al final el resultado no se parece en nada al plan original.

Una vez que consiero que algo está terminado, que ya no lo voy a tocar, cambiar ni corregir más, lo abandono completamente. Deja de interesarme. No me queda ni siquiera el orgullo de haberlo hecho. Es como si fuera de otro. *Modos de asedio*, por ejemplo, ya ni me acuerdo qué es lo que cuenta.

Para mí, escribir es como cualquier otra actividad. Cuando estoy en eso, no prendo velas y convoco a los espíritus. Es lo mismo que cuando corrijo los libros de otros o hago alguna traducción. Leer, leo siempre, constantemente, no pienso la actividad de la lectura en relación con la escritura. No leo ni para inspirarme ni para no hacerlo. Son dos cosas diferentes que, a lo sumo, se tocan en algunos puntos.

6. *Hacia las enemistades. La pregunta que paso a formular, a lo Arlt, invita a hablar mal de los colegas. ¿Cuáles son los sectores de vanguardia, aquellos conservadores y los representantes de la tradición literaria en el ámbito de la literatura argentina actual?*

164

Aunque no suelo pensar el campo literario actual en esos términos (sería demasiado complejo por la falta de distancia temporal), creo dos cosas al respecto. La primera: hoy en día, gran parte de la “joven generación” de escritores está constituida por tipos que exceden por varios cuerpos, en general, los cuarenta: Kohan, Gamberro, Link, Pauls, Fresán para nombrar los primeros que me vienen a la cabeza. Por encima de ellos, nuevamente Borges y Arlt, convertidos en un panteón tripartito: Saer, Piglia y Aira. Por debajo, los “noveles”, desconocidos. El “francotirador” inubicable de este esquema, para utilizar una expresión arltiana que le va bien, es Viñas que, pese a su obra monumental, es un escritor poco leído. Y no hay que olvidar tampoco a Fogwill, con una habilidad enorme para manipular su exposición pública y construir una imagen de escritor que guía, en gran medida y desde el exterior, la lectura de sus obras (cosa que también se puede decir de Viñas, por otro lado).

De la “joven generación”, los que a mí me interesan son Fernanda García Lao (*Muerta de hambre*), Alejandro López (*La asesina de Lady Di*).

La segunda: creo que si se quiere construir un mapa de apuestas vanguardistas –para decirles de alguna manera–

actuales, más útil que el esquema generacional (que es, por otra parte, bastante pobre porque parte del supuesto —erróneo— de que todos maduramos a la misma velocidad y, por lo tanto, a edades similares desarrollamos búsquedas e intereses parecidos) habría que intentar una agrupación por tipo de editorial. Lo más interesante de la literatura argentina contemporánea, hoy en día pasa por editoriales pequeñas, independientes, con una difusión modesta o directamente nula y una distribución que en muchos casos cojea.

7. *Esta pregunta la conecto con la penúltima y la ensancho: del lector hablemos sin complicidad ni condescendencia. Antes de la pregunta, un recuerdo. Roberto "Tito" Cossa en la Encuesta a la literatura argentina contemporánea (CEAL, 1982) dice que su lector ideal es una persona sensible. Pero pronto retruca: "más 'ideal' aún si paga la entrada". Del teatro a la narrativa y salvando la distancia de los géneros: ¿tu lector "ideal" es el que compra tu novela (o la roba en la calle Corrientes)? En definitiva: ¿a qué tipo de lector quiere interpelar tu literatura?*

165

Al que la lea. No tengo mayores aspiraciones al respecto. Si, llegando a la página veinticinco, el lector prefiere usar este bonito volumen para nivelar la mesa, hasta me siento útil.

8. *Buscando ese mango que te haga morfar. Vivir de la literatura es una quimera, sobre todo en un país como la Argentina en donde la figura del "escritor profesional" es un raro privilegio. ¿Es posible llevar a cabo una "carrera literaria" en Buenos Aires, concretamente, ya que sos porteña? ¿Cuáles son los impedimentos que encontrás o encontraste? Y correlativamente: ¿qué actividades llevás a cabo para seguir sobre el nivel de flotación?*

El problema de la Argentina a este respecto es que me parece que funciona sobre la base de una paradoja irresoluble porque para llegar a ser un "escritor profesional", primeramente hay que dejar de ser escritor. El caso de

Andahazi es clarísimo, en este sentido. Creo que una carrera literaria es posible, siempre y cuando la hagas ingresar en franjas horarias no centrales de tu vida. Yo trabajo de redactora, traductora, correctora, transcriptora y demas *tora* que tengan que ver con la *escritura*. Con lo que gano, ayudo a pagar el alquiler y las cuentas, y una vez que eso ya me lo saqué de la cabeza, me dedico a escribir. No me quejo porque, finalmente, creo que es ese malabarismo, ese nudo en la garganta, esa sensación de fin del mundo constante, de catástrofe y se acabó, fuimos, lo que extraño cuando no estoy acá.

9. *Y una más: una última pregunta, de índole biográfica, pero al revés: ¿quién es el personaje principal de tu novela?*

166 Creo que hay dos tipos de escritores. Los que son críticos esclarecidos de sus propias obras (Saer o Piglia, por ejemplo) y los que no. Yo pertenezco al segundo grupo. ¿Quién es el personaje principal de *Modos de asedio*? Quién sabe. Podrías ser vos.



---

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN GRÁFICA LAF S.R.L. MONTEAGUDO 741, SAN MARTÍN, PROVINCIA DE BUENOS AIRES, EN EL MES DE ABRIL DE 2007.

69

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN GRÁFICA LAF S.R.L. MONTEAGUDO 741, SAN MARTÍN, PROVINCIA DE BUENOS AIRES, EN EL MES DE ABRIL DE 2007.

